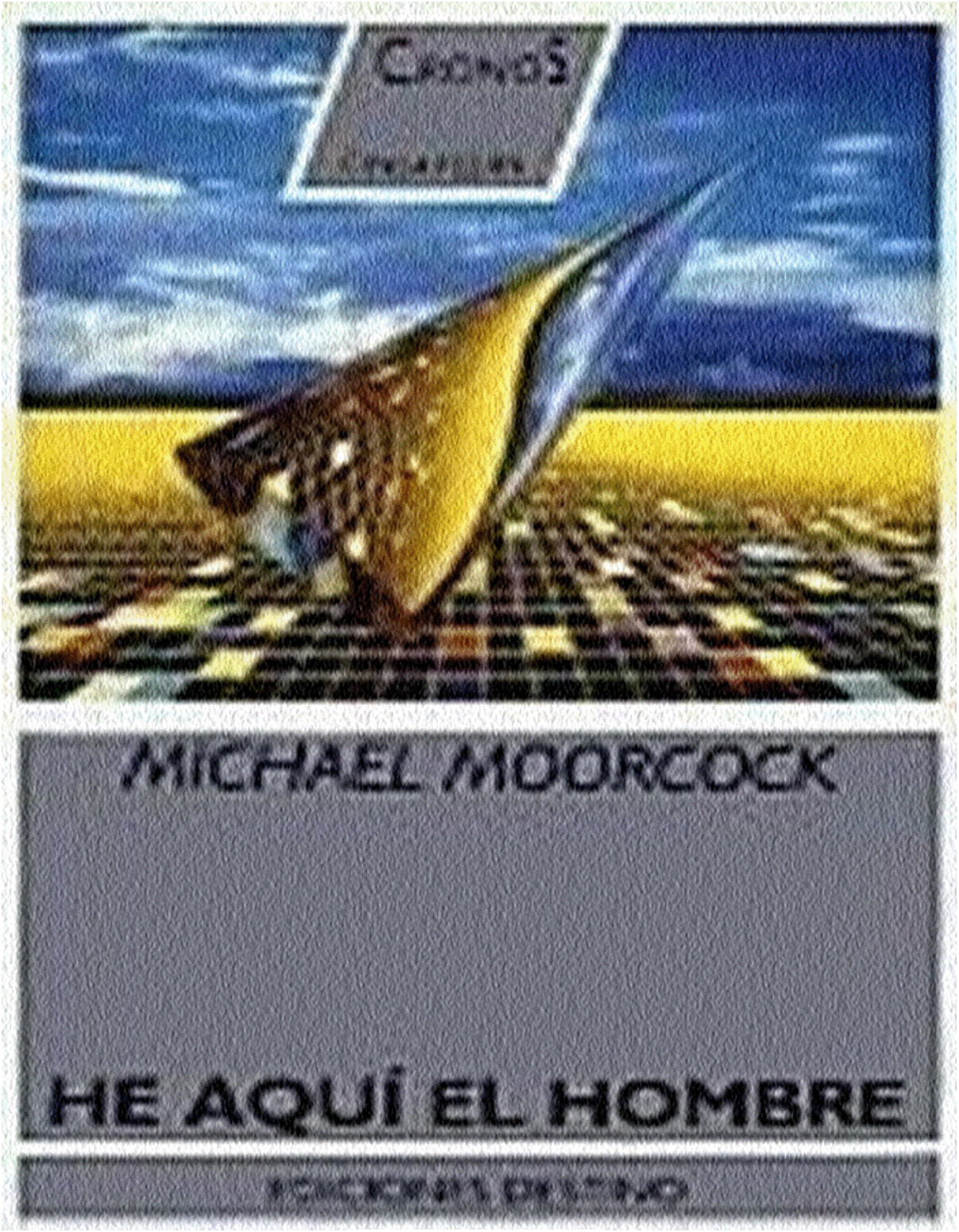
HE AQUÍ AL HOMBRE
Michael Moorcock



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Tom Disch

PRIMERA PARTE

1

La máquina del tiempo es una esfera llena de un fluido lechoso en el que el viajero flota encerrado en un traje de caucho y respira a través de una máscara unida a un tubo que conduce hasta la pared de la máquina.

La esfera se cuartea al aterrizar, y el fluido derramado es absorbido por el polvo de fuera. La esfera empieza a rodar, rebota contra el desnudo suelo y las rocas.

¡Oh, Jesús! ¡Oh, Dios!
¡Oh, Jesús! ¡Oh, Dios!
¡Oh, Jesús! ¡Oh, Dios!
¡Oh, Jesús! ¡Oh, Dios!
¡Cristo! ¿Qué me ocurre?
Estoy jodido. Estoy acabado.
La maldita cosa no funciona.
¡Oh, Jesús! ¡Oh, Dios! ¿Cuándo dejará de rebotar la maldita hija de puta?

Karl Glogauer se encoge en una pelota mientras el nivel del líquido desciende y él se hunde hasta el plástico neumático que protege la parte interior de la máquina.

Los instrumentos, criptográficos, no convencionales, no emiten el menor ruido, no se mueven. La esfera se detiene, se desplaza hacia un lado y rueda de nuevo cuando los últimos restos del líquido gotean fuera por la ancha abertura a un lado.

¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo hice?

Los ojos de Glogauer se abren y se cierran rápidamente, luego su boca se tensa en una especie de bostezo y su lengua vibra y emite un gemido que se transforma en un ulular.

Oye el ulular y piensa, ausente: El Don de Lenguas, el lenguaje del inconsciente... Pero no puede oír lo que dice.

El aire silba y el revestimiento plástico interno empieza a deshincharse, hasta que Glogauer queda tendido de espaldas contra el metal de la pared. Deja de gemir y observa la

dentada brecha en la esfera; no siente curiosidad hacia lo que hay más allá. Intenta mover su cuerpo, pero está completamente aterido. Se estremece cuando nota el frío aire que sopla a través de la rota pared de la máquina del tiempo. Parece que es de noche.

Su paso a través del tiempo ha sido difícil. Ni siquiera el denso fluido lo ha protegido por completo, aunque a buen seguro le ha salvado la vida. Probablemente tiene algunas costillas rotas.

Esta idea trae consigo el dolor, y descubre que de hecho puede estirar brazos y piernas.

Empieza a arrastrarse por la resbaladiza superficie hacia la brecha. Jadea, hace una pausa, luego sigue avanzando.

Se desvanece, y cuando recobra los sentidos el aire es más cálido. Puede ver a través de la brecha una dura luz solar, un cielo de brillante acero. Se arrastra medio fuera de la abertura y cierra los ojos cuando toda la fuerza de la luz del sol le golpea. Pierde de nuevo el conocimiento.

Trimestre de Navidad, 1949

Tenía nueve años, había nacido dos años después de que su padre hubiera llegado a Inglaterra procedente de Austria.

Los otros niños gritaban y reían sobre la gravilla gris del patio de la escuela; estaban jugando a algo. En las esquinas del patio todavía se veían pequeños montones de hielo sucio. Al otro lado de la verja, los mugrientos edificios de la parte sur de Londres parecían negros contra el frío cielo invernal.

El juego había empezado de una forma intensa y, un poco nervioso, Karl había sugerido el papel que podía representar él. Al principio había conseguido toda la atención para él, pero en ese momento estaba llorando.

–¡Bajadme! ¡Por favor, Mervyn, para!

Lo habían atado con los brazos en cruz contra el alambre de la verja que rodeaba el patio. La verja se combaba hacia fuera a causa de su peso, y uno de los postes amenazaba con soltarse. Intentó liberar sus pies.

–¡Bajadme!

Mervyn Williams, el chico de enrojecido rostro que había propuesto el juego, empezó a sacudir el poste de tal modo que Karl fue agitado violentamente hacia adelante y hacia atrás en la verja de alambre.

–¡Parad! ¡Que alguien me ayude!

Se rieron de nuevo, y se dio cuenta de que sus gritos no hacían más que animarles, así que encajó los dientes. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y se sentía lleno de una sensación de desconcierto y traición. Había creído que todos ellos eran sus amigos; había ayudado a algunos de ellos en sus trabajos, a otros les había llevado dulces, había simpatizado con algunos cuando se habían sentido tristes. Estaba convencido de que le querían, le admiraban. ¿Por qué se habían vuelto contra él..., incluso Molly, que le había confiado sus secretos?

–¡Por favor! –chilló–. ¡Esto no estaba en el juego!

–¡Ahora sí lo está! –rió Mervyn Williams, con los ojos brillantes y el rostro más enrojecido que nunca mientras agitaba el poste con mayor fuerza aún.

Por unos momentos Karl soportó los bamboleos y luego, instintivamente, se relajó y fingió estar inconsciente. Había hecho aquello mismo muchas veces antes, para chantajear a su madre, de quien había aprendido el truco.

Las corbatas de la escuela que habían usado como ligaduras mordieron sus muñecas. Oyó que las voces de los niños descendían un poco.

–¿Está bien? –susurró Molly Turner–. No está muerto, ¿verdad?

–No seas tonta –respondió Williams, inseguro–. Sólo está fingiendo.

–De todos modos, será mejor que lo bajemos –era la voz de Ian Thompson–. Vamos a vernos metidos en problemas si...

Notó que lo desataban, los dedos trataban torpemente de deshacer los nudos.

–No puedo desatar éste...

–Aquí tienes mi cortaplumas: córtalo.

–No puedo, es mi corbata; papá me va a...

–¡Apresúrate, Brian!

Deliberadamente, colgado de aquella única corbata, se dejó vencer hacia adelante, con los ojos apretadamente cerrados.

–Déjamela a mí. ¡La cortaré!

Finalmente la corbata cedió y Karl se desplomó de rodillas, se las despellejó contra la grava, y cayó de bruces al suelo.

–Blimey, de veras, está...

–No seas tonta..., todavía respira. Sólo se ha desvanecido.

De una forma distante, porque estaba medio convencido de su propio engaño, escuchó sus preocupadas voces.

Williams lo sacudió.

–Despierta, Karl. Deja de hacer el tonto.

–Voy a buscar al señor Matson –dijo Molly Turner.

–No, ni se te ocurra...

–De todos modos, es un juego asqueroso.

–¡Vuelve, Molly!

La mayor parte de su atención estaba entonces centrada en las puntas de piedra que se clavaban en la parte izquierda de su rostro. Era fácil mantener los ojos cerrados e ignorar las manos sobre su cuerpo. Gradualmente perdió el sentido del tiempo, hasta que oyó la voz del señor Matson, profunda, sardónica y tranquila como siempre, por encima del parloteo general. Se produjo un silencio.

–¿Qué demonios has hecho esta vez, Williams?

–Nada, señor. Era un juego. En parte fue idea de Karl.

Unas fuertes manos masculinas lo volvieron boca arriba. Todavía podía seguir manteniendo los ojos cerrados.

–Era un juego, señor –dijo Ian Thompson–, acerca de Jesús. Karl era Jesús. Hemos jugado a ello otras veces antes, señor. Lo atamos a la verja. Fue idea suya, señor.

–Un tanto irrazonable –murmuró el señor Matson, y suspiró, mientras apoyaba una mano en la frente de Karl.

–Era sólo un juego, señor –dijo de nuevo Mervyn Williams.

El señor Matson le tomó el pulso a Karl.

–Deberías pensar un poco mejor las cosas, Williams. Glogauer no es un muchacho fuerte.

–Lo siento, señor.

–Ha sido una cosa realmente estúpida.

–Lo siento, señor. –Williams estaba a punto de llorar.

–Lo llevaré a la enfermería. Por tu bien, Williams, espero que no le ocurra nada serio. Será mejor que vengas a verme a la sala de profesores una vez hayan terminado las clases.

Karl notó que el señor Matson lo alzaba.

Se sintió satisfecho.

Estaba siendo llevado.

Le dolían tanto la cabeza y el costado que sentía deseos de vomitar. No tenía ningún medio de descubrir hasta dónde le había llevado exactamente la máquina del tiempo, pero giró la cabeza y abrió los ojos, y vio, por la sucia chaquetilla de piel de oveja y el taparrabo de algodón del hombre a su derecha, que estaba casi con toda seguridad en Oriente Medio.

Había intentado aterrizar en el año 29, en el desierto más allá de Jerusalén, cerca de Belén. Se preguntó si lo estarían llevando a Jerusalén en ese momento.

Probablemente estaba en el pasado, porque la camilla en la que lo llevaban estaba hecha evidentemente de pieles de animales y no habían sido muy bien curtidas. Pero quizá no, pensó, porque había pasado el tiempo suficiente entre las pequeñas comunidades tribales de Oriente Medio como para saber que seguían siendo un pueblo que apenas había cambiado sus costumbres y su modo de vida desde los tiempos de Mahoma. Esperaba no haberse roto algunas costillas para nada.

Dos hombres llevaban la camilla sobre sus hombros, mientras otros caminaban junto a él a ambos lados. Todos eran barbudos y de piel oscura y calzaban sandalias. La mayoría de ellos llevaban cayados. Había un olor a sudor y a grasa animal junto con un olor mohoso que no podía identificar. Avanzaban hacia una hilera de colinas en la distancia, y no se había dado cuenta de cuándo había despertado.

El sol no era tan fuerte como cuando se había arrastrado por primera vez fuera de la máquina del tiempo. Probablemente estaba atardeciendo. El suelo a su alrededor era rocoso y yermo, e incluso las colinas allí delante parecían grises.

Hizo una mueca cuando la camilla se bamboleó, gimió cuando el dolor en su costado se convirtió otra vez en algo mareantemente intenso. Se desvaneció por segunda vez.

Padre nuestro que estás en los Cielos...

Había sido educado, como la mayor parte de sus compañeros de escuela, para aceptar la religión cristiana al menos de labios para fuera. Plegarias por las mañanas en la escuela. Se había acostumbrado a rezar dos oraciones por la noche. Una era el Padre Nuestro y la otra Dios bendiga a Mamá, Dios Bendiga a Papá, Dios bendiga a mis hermanas y hermanos y a todos los seres queridos que me rodean, y Dios me bendiga a mí, amén. Ésa se la había enseñado una mujer que cuidaba de él mientras su madre estaba en el trabajo. Le había añadido una lista de «gracias» («Gracias por este hermoso día, gracias por haber respondido bien a las preguntas de historia...») y de «perdón» («Perdón por haber sido grosero con Molly Turner, perdón por no haberlo confesado al señor Matson...»). Había cumplido los diecisiete años antes de ser capaz de dormirse sin haber dicho las plegarias rituales, e incluso entonces había sido su impaciencia por masturbarse lo que finalmente había roto el hábito.

Padre nuestro que estás en los Cielos...

Su último recuerdo de su padre era el de unas vacaciones junto al mar cuando él tenía cuatro o cinco años. La guerra seguía, los trenes estaban llenos de soldados, se habían producido muchas paradas y cambios. Recordaba haber cruzado unas vías para dirigirse a otro andén, haberle hecho a su padre algunas preguntas acerca del contenido de los vagones de mercancías que maniobraban un poco más allá a la luz del sol. ¿Había habido un chiste? ¿Algo acerca de las jirafas?

Recordaba a su padre como un hombre alto y robusto. Su voz era amable, quizás un poco triste, y sus ojos tenían una expresión melancólica.

Ahora sabía que su madre y su padre se habían separado por aquella época, y que su madre le había permitido a su padre aquellas últimas vacaciones con él. ¿Era en Devon o en Cornualles? Lo que recordaba de los acantilados, las rocas y las playas parecía corresponder

con escenas de la zona oeste que luego había visto por la televisión.

Había jugado en un huerto que estaba lleno de gatos y donde había un viejo Ford casi en estado de chatarra por entre el que crecían las hierbas. La granja donde habían permanecido estaba llena también de gatos; mares de gatos que cubrían sillas y mesas y cómodas.

Había alambre espinoso en las playas, pero no se había dado cuenta entonces de que estropeaban el paisaje. Había puentes y estatuas de arenisca talladas por el viento y el mar. Había misteriosas cuevas de las que brotaba el agua.

Era casi el más antiguo, y sin duda el más feliz, de los recuerdos de su infancia.

Nunca volvió a ver a su padre.

Dios bendiga a Mamá, Dios bendiga a Papá...

Era una tontería. No tenía papá, tampoco tenía hermanos ni hermanas.

La vieja mujer le había explicado que su padre estaba en alguna parte, y que todo el mundo era un hermano o una hermana.

Él lo había aceptado.

Solo, pensó. Estoy solo. Y despertó brevemente con la idea de que estaba en el interior del refugio Anderson, con sus planchas de rojizo acero y sus lados de raspante tela metálica, y de que se estaba produciendo un ataque aéreo. Había adorado la seguridad del Anderson. Había sido divertido meterse en él.

Pero las voces hablaban un lenguaje desconocido. Probablemente era de noche, porque parecía muy oscuro. Ya no se estaban moviendo. Sentía calor. Había paja debajo de él. Tocó la paja y, sin saber por qué, se sintió aliviado. Durmió.

Gritos. Tensión.

Su madre estaba arriba, gritándole al señor George. El señor George y su esposa tenían alquiladas las dos habitaciones de atrás de la casa.

Llamó a su madre por las escaleras.

–¡Mamá! ¡Mamá!

La voz de su madre sonó histérica:

–¿Qué ocurre?

–¡Quiero verte!

Quería que dejara de gritar.

–¿Qué pasa, Karl? ¡Miren, han despertado al niño!

Apareció en el descansillo encima de él, inclinándose espectacularmente en la barandilla, ajustándose la bata.

–Mamá. ¿Qué pasa?

Ella hizo una pausa, como indecisa, luego se derrumbó lentamente por las escaleras. Quedó tendida a sus pies, sobre la oscura y deshilachada alfombra. Él sollozó y la sacudió por los hombros, pero era demasiado pesada para poder moverla. Se sintió abrumado por el pánico.

–¡Oh, mamá!

El señor George bajó pesadamente las escaleras. Su expresión era resignada.

–Oh, demonios –dijo–. ¡Greta!

Karl lo miró con ojos furiosos.

El señor George le devolvió la mirada y sacudió la cabeza.

–Está bien, hijo, no le ocurre nada. ¡Vamos, Greta, despierta!

Karl estaba de pie entre el señor George y su madre. El señor George se encogió de hombros y lo apartó a un lado, luego se inclinó y puso de pie a la madre de Karl. Su largo

pelo negro cubría su hermoso rostro desolado. Abrió los ojos, e incluso Karl se sorprendió de que recobrara tan pronto el conocimiento.

–¿Dónde estoy? –dijo.

–Vamos, deja eso ya, Greta. Estás bien.

El señor George empezó a conducirla de vuelta escaleras arriba.

–¿Qué hay de Karl? –preguntó ella.

–No te preocupes por él.

Desaparecieron.

La casa quedó en silencio. Karl fue a la cocina. Había una tabla de planchar abierta, con una plancha sobre ella. Algo se estaba cocinando sobre el hornillo. No olía muy bien. Probablemente era algo que estaba cocinando el señor George.

Oyó a alguien bajar las escaleras, y atravesó corriendo la cocina y salió al jardín.

Estaba llorando. Tenía siete años.

2

> *Por aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea y diciendo: Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos. Éste es aquel que el profeta Isaías había anunciado cuando dijo: Voz que grita en el desierto; preparad el camino del Señor, haced rectas sus veredas. Y el mismo Juan tenía un vestido de pelo de camello y un cinturón de cuero a la cintura, y se alimentaba de langostas y miel silvestre. Acudían a él de Jerusalén, de toda Judea y de toda la región del Jordán, y él los bautizaba en el río Jordán, confesando ellos sus pecados.*
>
> (Mateo 3:1-6)

Le estaban lavando.

Sintió el agua fría correr por encima de su cuerpo y jadeó. Le habían despojado de su traje protector y en ese momento había gruesas capas de piel de oveja contra sus costillas, sujetas con bandas de cuero.

El dolor era menos intenso, pero se sentía muy débil y caliente. La confusión mental de las semanas precedentes a su entrada en la máquina del tiempo, el viaje en sí, y en ese momento la fiebre, le hacían difícil empezar a comprender lo que le estaba ocurriendo. Todo había tenido, desde hacía tanto tiempo, aquella cualidad onírica. Aún seguía sin creer realmente en la máquina del tiempo. Quizá veía las cosas desde demasiado lejos o algo así. Su presa sobre la realidad nunca había sido particularmente fuerte; durante la mayor parte de su adolescencia y de su vida adulta sólo algunos instintos le habían permitido conservar su bienestar físico. Sin embargo, el agua derramándose sobre él, el contacto de la piel de oveja en torno de sus costillas, la paja bajo su cuerpo, todo tenía una cualidad más aguda, a su manera, que cualquier otra cosa que hubiera conocido desde que era un niño.

Se hallaba en un edificio –o quizás una cueva, era demasiado oscuro para decirlo–, y la paja estaba empapada a causa del agua.

Dos hombres con sandalias y taparrabos derramaban agua sobre él con sus jarras de barro. Uno llevaba una tira de algodón echada hacia atrás sobre sus hombros. Ambos tenían

morenos rasgos semíticos, grandes ojos y densas barbas. Sus rostros eran inexpresivos, incluso cuando hicieron una pausa en el momento en que él alzó la vista hacia ellos. Durante unos instantes le devolvieron la mirada, sujetando las jarras de agua contra sus velludos pechos.

El conocimiento de Glogauer del antiguo arameo escrito era bueno, pero no estaba seguro de su habilidad para hablar la lengua a fin de hacerse entender. Intentaría primero el inglés, puesto que resultaría ridículo si no se había movido a través del tiempo e intentaba hablar en una lengua arcaica a unos israelíes o árabes modernos.

–¿Habláis inglés? –dijo débilmente.

Uno de los hombres frunció el ceño y el otro, el de la tira de algodón en los hombros, empezó a sonreír, dijo unas palabras a su compañero y se echó a reír. El otro respondió en un tono más grave.

Glogauer creyó reconocer algunas palabras y él también empezó a sonreír. Hablaban en arameo antiguo. Estaba seguro de ello. Se preguntó si sería capaz de formular una frase que ellos pudieran entender.

Carraspeó. Se humedeció los labios.

–¿Dónde... es... este... lugar? –preguntó con voz densa.

Los dos fruncieron el ceño; agitaron las cabezas y depositaron las jarras en el suelo.

Glogauer notó que sus energías empezaban a disiparse y dijo con urgencia:

–Busco... a un nazareno... Jesús...

–Nazareno. Jesús. –El más alto de los dos repitió las palabras, pero pareció como si no significaran nada para él. Se encogió de hombros.

El otro, sin embargo, repitió solamente la palabra «nazareno», pronunciándola lentamente, como si tuviera algún significado especial para él. Dijo brevemente algo al otro hombre y luego se retiró, fuera del campo de visión de Glogauer.

Glogauer intentó sentarse y hacer un gesto al hombre que se había quedado, que le miraba con pensativo desconcierto.

–¿Cuántos... años... –dijo lentamente Glogauer– el emperador... romano... esta... en Roma?

Se dio cuenta de que era una pregunta confusa de hacer. Cristo había sido crucificado en el decimoquinto año del reinado de Tiberio, y era por eso por lo que había formulado la pregunta. Intentó plantearla mejor:

–¿Cuántos años... hace... que gobierna Tiberio?

–¡Tiberio! –El hombre frunció el ceño.

El oído de Glogauer se estaba ajustando al acento, e intentó imitarlo mejor.

–Tiberio. El emperador de los romanos. ¿Cuántos años hace que gobierna?

–¿Cuántos? –El hombre sacudió la cabeza–. No lo sé.

Al menos, pensó Glogauer, había conseguido hacerse entender. Sus seis meses en el Museo Británico, estudiando el arameo, habían sido útiles después de todo. Este lenguaje era diferente –quizá dos mil años anterior–, y tenía más afinidades con el hebreo, pero había sido sorprendentemente fácil comunicarse con el hombre. Recordó lo extraño que le había parecido cuando no había tenido ninguna de sus habituales dificultades cuando aprendía aquella lengua en particular. Uno o dos de sus amigos más locos habían sugerido que era su memoria racial la que le había ayudado. A veces, casi se había sentido convencido por la explicación.

–¿Dónde es este lugar? –preguntó.

El hombre pareció sorprendido.

–Oh, esto es el desierto –dijo–. El desierto más allá de Maqueronte. ¿No sabes esto?

En los tiempos bíblicos, Maqueronte había sido una gran ciudad ubicada al sudeste de Jerusalén, al otro lado del mar Muerto. Había sido edificada en los flancos de una montaña,

custodiada por un magnífico palacio-fortaleza construido por Herodes Antipas. Glogauer sintió que su espíritu se alzaba de nuevo. En el siglo XX, pocos hubieran conocido el nombre de Maqueronte, y menos aún lo hubieran usado como punto de referencia.

Casi no había ninguna duda de que se hallaba en el pasado, y de que el período era algún momento dentro del reinado de Tiberio, a menos que el hombre con el que hablaba fuera un completo ignorante y no tuviera la menor idea de quién era Tiberio.

Pero, ¿se había perdido la crucifixión? ¿Había llegado en un momento equivocado?

Si era así, ¿qué iba a hacer entonces? Porque la máquina del tiempo estaba inutilizada, quizás incluso más allá de toda posible reparación.

Se dejó caer hacia atrás sobre la paja y cerró los ojos, y la familiar sensación de depresión lo llenó de nuevo por completo.

La primera vez que intentó suicidarse tenía quince años. Ató una cuerda en torno de un gancho a media altura en la pared de los vestuarios de la escuela. Se pasó el nudo corredizo en torno de su cuello y saltó del banco.

El gancho fue arrancado de la pared por el tirón y arrojó sobre él una lluvia de yeso. Le dolió el cuello durante el resto del día.

El otro hombre regresaba en ese momento; alguien más iba con él.

El sonido de sus sandalias sobre la piedra le pareció muy fuerte a Glogauer.

Alzó la vista hacia el recién llegado.

Era un gigante, y se movía como un gato en la semioscuridad. Sus ojos eran grandes, penetrantes y marrones. Su piel estaba muy tostada por el sol, y sus velludos brazos mostraban unos abultados músculos. Una piel de cabra cubría el gran barril de su pecho y descendía hasta más abajo de sus caderas. En la mano derecha llevaba un grueso bastón. Su pelo, negro y rizado, colgaba en torno de su cabeza y rostro; sus rojos labios eran visibles debajo de la poblada barba, que cubría toda la parte superior de su pecho.

Parecía cansado.

Se apoyó en su bastón y miró reflexivamente a Glogauer.

Glogauer le devolvió la mirada, sorprendido ante la impresión que le había proporcionado la tremenda presencia física del hombre.

Cuando el recién llegado habló, lo hizo con una voz profunda, pero demasiado rápida para que Glogauer pudiera seguir sus palabras. Sacudió la cabeza.

–Habla... más lentamente –pidió.

El fornido hombre se acuclilló a su lado.

–¿Quién eres?

Glogauer vaciló. Evidentemente, no podía decirle a aquel hombre la verdad. De hecho, ya había inventado lo que le parecía una historia plausible, pero no había previsto el ser hallado de aquella forma, y su historia original no encajaría en esas circunstancias. Había esperado aterrizar sin ser visto y disfrazarse como un viajero procedente de Siria, contando con la eventualidad de que los acentos locales serían lo bastante distintos como para explicar su poca familiaridad con el lenguaje.

–¿De dónde vienes? –preguntó pacientemente el hombre.

Glogauer respondió con cautela:

–Del norte.

–El norte. ¿No de Egipto? –Miró expectante, casi esperanzado, a Glogauer. Glogauer decidió que, si su acento sonaba como procedente de Egipto, entonces lo mejor sería mostrarse de acuerdo con el hombre y añadió sus propios embellecimientos a fin de evitar

futuras complicaciones.

–Abandoné Egipto hace dos años –dijo

El hombre asintió, al parecer satisfecho

–Eres de Egipto. Eso es lo que pensamos. Y evidentemente eres un mago, con tus extrañas ropas y tu carro de hierro arrastrado por los espíritus. Bien. Tu nombre es Jesús, me han dicho, y eres el nazareno.

Evidentemente, el hombre debía de haber confundido la pregunta de Glogauer como una afirmación de su propio nombre. Sonrió y agitó la cabeza.

–Busco a Jesús, el nazareno –dijo.

El hombre pareció decepcionado.

–Entonces, ¿cuál es tu nombre?

Glogauer había pensado también en esto. Sabía que su propio nombre sonaría demasiado extraño a la gente de los tiempos bíblicos, así que había decidido utilizar el nombre de pila de su padre.

–Me llamo Emmanuel –le dijo al hombre.

–Emmanuel... –Asintió con la cabeza, y pareció satisfecho. Se frotó los labios con la punta de su dedo meñique y miró contemplativamente al suelo–. Emmanuel..., sí.

Glogauer se sintió desconcertado. Tuvo la impresión de que había sido confundido con alguien distinto a quien el hombre estaba esperando, y que sus respuestas no habían hecho más que satisfacer al hombre de que él, Glogauer, era realmente ese hombre. Se preguntó si su elección del nombre había sido prudente en aquellas circunstancias, porque Emmanuel quería decir, en hebreo, «Dios con nosotros», y casi seguramente tenía un significado místico para su interrogador.

Glogauer empezó a sentirse incómodo. Había algunas cosas que tenía que establecer por sí mismo, preguntas que debía formular, y no le gustaba la posición en que estaba. Pero, hasta que no se encontrara en mejores condiciones físicas, no podía marcharse de allí, no podía permitirse enfurecer a su interrogador. Al menos, pensó, no eran antagonistas. Pero, ¿qué era exactamente lo que esperaban de él?

–Tienes que intentar concentrarte en tu trabajo, Glogauer.

–Eres demasiado soñador, Glogauer. Tienes siempre la cabeza en las nubes. Ahora...

–Te quedarás después de la escuela, Glogauer...

–¿Por qué intentaste escapar, Glogauer? ¿Por qué no te sientes feliz aquí?

–Realmente, deberías encontrarte conmigo a mitad de camino si queremos que...

–Creo que voy a tener que pedirle a tu madre que te saque de la escuela...

–Quizá lo estés intentando..., pero deberías intentarlo más intensamente. Esperaba mucho más de ti, Glogauer, cuando viniste aquí por primera vez. El último trimestre lo hiciste todo de forma excelente, y ahora...

–¿En cuántas escuelas has estado antes de venir aquí? ¡Dios de los cielos!

–Mi creencia es que te dejaste arrastrar a esto, Glogauer, así que no voy a ser muy duro contigo esta vez...

–No adoptes esta expresión tan miserable, hijo..., puedes hacerlo.

–Escúchame, Glogauer. Presta atención, por el amor de Dios...

–Tienes la inteligencia necesaria, joven, pero no pareces aplicarte...

–¿Lo sientes? No es suficiente con sentirlo. Debes escuchar...

–Esperamos que te esfuerces mucho más el próximo trimestre.

–¿Y cuál es tu nombre? –preguntó Glogauer al hombre acuclillado.

El hombre se enderezó, miró meditativamente a Glogauer.

–¿No me conoces?

Glogauer negó con la cabeza.

–¿No has oído hablar de Juan, llamado el Bautista?

Glogauer intentó ocultar su sorpresa, pero evidentemente Juan el Bautista se dio cuenta de que su nombre le resultaba familiar. Asintió con su hirsuta cabeza.

–Veo que me conoces.

Una sensación de alivio lo barrió entonces. Según el Nuevo Testamento, el Bautista fue muerto algún tiempo antes de la crucifixión de Cristo. Era extraño, sin embargo, que Juan, de entre toda la gente, no hubiera oído hablar de Jesús de Nazaret. ¿Significaba esto, después de todo, que Cristo no había existido?

El Bautista se peinó la barba con los dedos.

–Bien, mago, ahora debo decidir, ¿eh?

Glogauer, ocupado con sus propios pensamientos, alzó la vista, ausente, hacia él.

–¿Qué es lo que debes decidir?

–Si eres el amigo de las profecías o el falso contra el que hemos sido advertidos por Adonay.

Glogauer empezó a ponerse nervioso.

–Yo no he afirmado nada. Sólo soy un extranjero, un viajero...

El Bautista se echó a reír.

–Sí..., un viajero en un carro mágico. Mis hermanos me dicen que te vieron llegar. Hubo un sonido como un trueno, un destello como un relámpago..., y bruscamente tu carro estaba ahí, rodando en el desierto. Mis hermanos han visto muchas maravillas, pero ninguna tan maravillosa como la aparición de tu carro.

–El carro no es mágico –dijo apresuradamente Glogauer, y se dio cuenta de que lo que decía apenas podía ser comprendido por el Bautista–. Es... una especie de máquina..., los romanos las poseen. Tienes que haber oído hablar de ellas. Son construidas por hombres normales, no por magos...

El Bautista asintió lentamente con la cabeza.

–Sí..., como los romanos. Los romanos me entregarían a manos de mis enemigos, los hijos de Herodes.

Aunque sabía mucho acerca de la historia de aquel período, Glogauer dijo:

–¿Por qué eso?

–Tienes que saber por qué. ¿Acaso no hablo contra los romanos que esclavizan Judea? ¿Acaso no hablo contra las cosas ilícitas que hace Herodes? ¿Acaso no profetizo el tiempo en el que todas las cosas que no son justas serán destruidas, y el reino de Adonay será restablecido en la Tierra, como los antiguos profetas dijeron que lo sería? Yo le digo a la gente: «Estad preparados para ese día en el que deberéis empuñar la espada para hacer cumplir la voluntad de Adonay». Los injustos saben que este día todos ellos perecerán, y quieren destruirme.

Aunque las palabras de Juan eran vehementes, su tono era perfectamente tranquilo. No había ningún asomo de locura, ni siquiera de fanatismo, en su rostro o comportamiento. A Karl le recordó un vicario anglicano leyendo un sermón familiar cuyo significado había perdido todo interés para él.

–Estás levantando a la gente para librar esta tierra de los romanos, ¿no? –preguntó Karl.

–Sí..., de los romanos y de su representante, Herodes.

–¿Y a quién pondrás en su lugar?

–Al rey legítimo de Judea.

–¿Y quién es ése?

Juan frunció el ceño y le lanzó una peculiar mirada de soslayo.

–Adonay nos lo dirá. Él nos ofrecerá un signo cuando el legítimo rey llegue.

–¿Sabes cuál será ese signo?

–Lo sabré cuando aparezca.

–Entonces, ¿hay profecías?

–Sí, hay profecías...

La atribución de su plan revolucionario a Adonay (uno de los nombres públicos de Yahvé y que significaba El Señor) le pareció a Glogauer simplemente un medio de conseguir más peso. En un mundo donde la política y la religión, incluso en Oriente, estaban inextricablemente ligadas, era necesario atribuir un origen sobrenatural al plan.

Por supuesto, pensó Glogauer, era más que probable que Juan creyera realmente que su idea había sido directamente inspirada por Dios, porque los griegos al otro lado del Mediterráneo no habían dejado todavía de discutir acerca de los orígenes de la inspiración..., si era originada en el Hombre o había sido situada allí por los dioses.

Que Juan lo aceptara a él como un mago egipcio de algún tipo no sorprendió tampoco particularmente a Glogauer. Las circunstancias de su llegada debieron parecer extraordinariamente milagrosas y al mismo tiempo aceptables, en particular para un pueblo que deseaba ansiosamente la confirmación de sus creencias en tales cosas.

Juan se volvió hacia la entrada.

–Debo meditar –dijo–.Debo rezar. Permanecerás aquí hasta que me sea enviada la guía.

Salió rápidamente.

Glogauer se dejó caer en la húmeda paja. De algún modo su aparición estaba unida a las creencias de Juan..., o al menos el Bautista intentaba reconciliar esa aparición con sus creencias, interpretar su llegada, quizás, en términos de profecías bíblicas y así. Glogauer se sintió impotente. ¿Cómo iba a usarle el Bautista? ¿Decidiría finalmente que era alguna especie de criatura maligna y lo mataría? ¿O decidiría que era un profeta de alguna clase y le exigiría profecías que él no era capaz de darle?

Glogauer suspiró y tendió cansadamente la mano para tocar la pared del otro lado.

Era piedra caliza. Se hallaba en una cueva de piedra caliza. Las cuevas sugerían que Juan y sus hombres estaban probablemente escondidos allí..., buscados como bandidos por los romanos y los soldados de Herodes. Aquello significaba que él se hallaba también en un peligro físico real si los soldados descubrían el escondite de Juan.

La atmósfera de la cueva era sorprendentemente húmeda.

Debía de hacer mucho calor fuera.

Se sintió adormecer.

Campamento de verano, isla de Wight, 1950

La primera noche que estuvo allí, una jarra de té hirviendo fue volcada sobre su muslo derecho. Fue algo horriblemente doloroso, y le salieron ampollas casi de inmediato.

–¡Sé un hombre, Glogauer! –le dijo el rubicundo señor Patrick, el maestro a cargo del campamento–. ¡Sé un hombre!

Él intentó no llorar mientras le aplicaban torpemente un emplaste sobre el algodón.

Su saco de dormir estaba al lado mismo de un hormiguero. Permaneció tendido allí mientras los demás chicos jugaban.

Al día siguiente el señor Patrick les dijo a los chicos que tenían que «ganarse» su dinero de bolsillo que sus padres le habían dado para que lo guardara.

–Veremos cuáles de vosotros sois valientes y cuáles no –dijo el señor Patrick, haciendo silbar su vara en el aire mientras permanecía de pie en el claro en torno del cual habían sido agrupadas las tiendas. Los chicos permanecían en dos largas filas..., una para las niñas, otra para los niños.

–¡Ponte en la fila, Glogauer! –llamó el señor Patrick–. Tres peniques un golpe en la mano..., seis peniques un golpe en las posaderas. ¡No seas cobarde, Glogauer!

Reluctante, Glogauer se unió a la fila.

La vara se alzó y cayó. El señor Patrick respiraba pesadamente.

–Seis golpes en las posaderas..., eso hace tres chelines. –Tendió el dinero a la niña pequeña.

Más golpes, más dinero pagado.

Karl empezó a ponerse nervioso a medida que se acercaba su turno.

Finalmente se separó de la fila y se alejó caminando hacia las tiendas.

–¡Glogauer! ¿Dónde está tu espíritu, muchacho? ¿No quieres dinero de bolsillo? –le llegó la ronca y burlona voz del señor Patrick a sus espaldas.

Glogauer agitó la cabeza y se echó a llorar.

Entró en su tienda y se dejó caer sobre su saco de dormir, sollozando.

Aún podía oír la voz del señor Patrick fuera.

–¡Sé un hombre, Glogauer! ¡Sé un hombre, muchacho!

Karl tomó su papel de escribir y su bolígrafo. Sus lágrimas cayeron sobre el papel mientras escribía la carta a casa para su madre.

Fuera podía seguir oyendo el sonido de la vara golpeando contra la carne infantil.

El dolor en su muslo se hizo peor durante el día siguiente, y fue generalmente ignorado por los maestros y los demás chicos. Incluso la mujer que se suponía que era la «matrona» (la esposa de Patrick) le dijo que se ocupara de sí mismo, que la escaldadura no era nada.

Los dos días siguientes, antes de que su madre llegara para llevárselo del campamento, fueron los más miserables que hubiera sufrido nunca.

Poco antes de la llegada de su madre, la señora Patrick hizo un intento de cortar las ampollas con unas tijeras para las uñas, a fin de que no parecieran tan malas.

Su madre se lo llevó y luego escribió al señor Patrick para reclamarle que le devolviera su dinero y decirle que era repugnante la forma en que llevaba su campamento.

El maestro le respondió que no pensaba devolverle el dinero y que, si ella se lo preguntaba, señora, podía decirle que tenía a un alfeñique por hijo. «Si desea usted mi opinión –decía en la carta que leyó Karl cuando tuvo la oportunidad–, su hijo es un tanto afeminado.»

Unos cuantos años más tarde, el señor Patrick, su esposa y su personal eran enjuiciados y enviados a prisión por sus diversos actos de sadismo durante los campamentos de verano que dirigían en la isla de Wight.

3

Por las mañanas, y a veces por las tardes, lo ponían en su camilla y lo llevaban fuera.

No se trataba, como había sospechado al principio, de un campamento transitorio de bandidos, sino de una comunidad establecida. Había campos regados por un cercano arroyo en los que crecía el maíz; rebaños de ovejas y cabras pastaban en las colinas

Su vida era tranquila y sosegada, y en su mayor parte ignoraban a Glogauer mientras se dedicaban a sus tareas cotidianas.

A veces aparecía el Bautista y se interesaba por su recuperación. Más raramente le hacía alguna críptica pregunta, que Glogauer respondía de la mejor manera que podía.

Parecían gente amable, dedicada a ritos religiosos considerablemente menores de los que Glogauer hubiera considerado normales incluso en una comunidad como aquélla. Al menos, supuso que eran ritos religiosos los que los llamaban tan frecuentemente, porque eran

realizados allá donde él no podía verlos.

Glogauer era dejado la mayor parte del tiempo con sus propios pensamientos, sus recuerdos y sus especulaciones. Sus costillas curaban muy lentamente, y empezó a preocuparse, preguntándose si alguna vez conseguiría alcanzar la meta para la que había ido hasta allí.

Glogauer se quedó sorprendido de las pocas mujeres que había en la comunidad. La atmósfera era casi la de un monasterio, y la mayor parte de los hombres evitaban a las mujeres. Empezó a darse cuenta de que aquélla era principalmente una comunidad religiosa. ¿Quizás eran esenios?

Si eran esenios, eso explicaría un cierto número de cosas respecto a ellos..., sobre todo la ausencia de mujeres (pocos esenios creían en el matrimonio), las creencias particularmente apocalípticas de Juan, la preponderancia de la observación religiosa, la rígidamente simple vida que llevaban, el hecho de que parecían haberse apartado deliberadamente de los demás...

Glogauer se lo planteó al Bautista a la primera oportunidad que se le presentó.

–Juan..., a los tuyos, ¿los llaman esenios?

El Bautista asintió.

–¿Cómo sabes eso? –le preguntó a Glogauer.

–Yo..., he oído hablar de vosotros. ¿Herodes os ha declarado fuera de la ley?

Juan agitó la cabeza.

–Herodes lo haría si se atreviera, pero no tiene ninguna causa para ello. Llevamos nuestras propias vidas, no le hacemos daño a nadie, no intentamos imponer nuestras creencias a los demás. De tanto en tanto yo salgo a predicar nuestro credo..., pero no hay ninguna ley que impida eso. Respetamos los mandamientos de Moisés, y lo único que hacemos es predicar que otros deberían obedecerlos también. Sólo hablamos de lo que es justo. Ni siquiera Herodes puede hallar nada malo en ello...

Ahora Glogauer comprendía mejor la naturaleza de algunas de las preguntas que Juan le había estado haciendo; comprendía por qué aquella gente creía y vivía de la forma en que lo hacía.

Se dio cuenta también de por qué habían aceptado con tan poco alboroto la forma en que él había llegado. Los miembros de una secta como los esenios, que practicaba la automortificación y el ayuno, debían de estar acostumbrados a ver visiones en aquel ardiente desierto.

Recordó también que, en una ocasión, había elaborado la teoría de que Juan el Bautista había sido un esenio, y que muchas de las primitivas ideas cristianas habían sido derivadas de las creencias esenias.

Los esenios, por ejemplo, practicaban un baño ritual –el bautismo–, creían en un grupo de doce (los apóstoles) que eran los elegidos de Dios y serían los jueces en el último día, predicaban un credo de «ama a tu semejante», y creían, como lo habían hecho los primeros cristianos, que vivían en los días inmediatamente anteriores al Armagedón, cuando la batalla final entre la luz y la oscuridad, el bien y el mal, sería librada, y cuando todos los hombres serían llevados a juicio. Como ocurría con algunas sectas cristianas, había algunos esenios que creían que ellos representaban las fuerzas de la luz, y que los otros –Herodes o los conquistadores romanos– representaban las fuerzas de la oscuridad, y que su destino era destruir esas fuerzas. Esas creencias políticas se hallaban inextricablemente ligadas a las creencias religiosas y, aunque era posible que alguien como Juan el Bautista estuviera utilizando cínicamente a los esenios para conseguir sus propios fines políticos, en realidad era muy improbable.

En términos del siglo XX, pensó Glogauer, esos esenios serían considerados neuróticos, con su misticismo casi paranoico que les conducía a inventar lenguajes secretos y cosas así..., una indicación segura de su condición mentalmente desequilibrada.

Todo esto se le ocurrió a Glogauer el psiquiatra fracasado, pero Glogauer el hombre se sentía desgarrado entre los polos de un racionalismo extremo y el deseo de ser convencido por el propio misticismo.

El Bautista se alejó antes de que Glogauer pudiera hacerle más preguntas. Contempló al alto hombre mientras desaparecía en el interior de una gran cueva, luego volvió su atención a los distantes campos, donde un delgado esenio conducía un arado tirado por otros dos miembros de la secta.

Glogauer estudió las amarillentas colinas y las rocas. Se sentía cada vez más ansioso por ver más de este mundo, y al mismo tiempo se preguntaba qué habría sido de su máquina del tiempo. ¿Se hallaba más allá de toda posible reparación? ¿Sería capaz alguna vez de abandonar esta época y regresar al siglo XX?

Sexo y religión.

El club parroquial en el que se había inscrito para hacer amigos.

Un vagabundeo por la naturaleza, 1954

Él y Verónica habían perdido a los demás en el bosque de Farlowe.

Ella era regordeta y resollante incluso a los trece años, pero era una chica.

–Sentémonos aquí y descansemos –dijo él, indicando un montículo en un pequeño claro rodeado de maleza.

Se sentaron juntos.

No dijeron nada.

Los ojos de él se fijaron no en su redonda cara de áspera piel, sino en el pequeño crucifijo de plata que colgaba de una cadena en torno de su cuello.

–Será mejor que empecemos a buscar a los demás –dijo ella nerviosamente–. Estarán preocupados por nosotros, Karl.

–Deja que nos busquen –respondió él–. Pronto los oiremos gritar.

–Tal vez se vuelvan a casa.

–No lo harán sin nosotros. No te preocupes. Los oiremos gritar...

Se inclinó hacia delante, sujetando sus hombros envueltos en una rebeca azul marino, con sus ojos fijos aún en el crucifijo.

Intentó besar sus labios, pero ella apartó la cabeza hacia un lado.

–Besémonos entonces –dijo él sin aliento. Incluso en aquel momento se dio cuenta de lo ridículo que sonaba, lo estúpidamente que se estaba comportando, pero se obligó a sí mismo a continuar–. Besémonos, Verónica...

–No, Karl. Para.

–Oh, vamos...

Ella empezó a debatirse, se soltó de él y se puso en pie.

Estaba enrojecida.

–Lo siento –dijo él–. Lo siento.

–Está bien...

–Creí que lo deseabas –murmuró él.

–No necesitabas saltarme encima de este modo. No es muy romántico.

–Lo siento...

Ella empezó a alejarse, con el crucifijo oscilando. Karl se sentía fascinado por él. ¿Representaba alguna especie de amuleto para protegerla del tipo de peligro al que consideraba que acababa de evitar?

La siguió.

Pronto oyeron los gritos de los otros por entre los árboles, y Karl se sintió inexplicablemente mal.

Varias de las otras chicas empezaron a reír entre dientes, y uno de los muchachos le guiñó un ojo a Karl.

–¿Qué estabais haciendo?

–Nada –gruñó Karl.

Pero Verónica no dijo nada. Aunque no había estado preparada para besarle, obviamente estaba gozando con las insinuaciones.

Anduvo cogida de la mano de Karl durante todo el camino de regreso.

Ya estaba oscuro cuando llegaron a la parroquia y tomaron una taza de té. Se sentaron juntos. Durante todo el tiempo, él no dejó de mirar el crucifijo que colgaba entre sus ya abultados pechos.

Los demás se habían reunido en el otro extremo de la desnuda sala parroquial. A veces Karl podía oír la risita de alguna de las chicas, y en una ocasión vio a un muchacho mirar en su dirección. Empezó a sentirse muy complacido consigo mismo. Se acercó más a ella.

–¿Quieres que te traiga otra taza de té, Verónica?

Ella miraba fijamente al suelo.

–No, gracias. Será mejor que vuelva a casa. Mamá y papá estarán empezando a preocuparse por mí.

–Te acompañaré, si quieres.

Ella dudó.

–No está muy lejos de mi camino –indicó él.

–De acuerdo.

Se pusieron en pie y él la tomó de la mano, e hizo un gesto a los demás.

–Adiós, todo el mundo. Nos veremos el jueves –dijo.

Las risas de las chicas se volvieron incontrolables, y Karl enrojeció de nuevo.

–No hagas nada que yo no haría –exclamó uno de los muchachos.

Karl le guiñó un ojo.

Recorrieron las bien iluminadas calles suburbanas, ambos demasiado azarados para hablar, la mano de ella fláccida en la de él.

Cuando llegaron a la puerta de entrada de su casa ella se detuvo, luego dijo rápidamente:

–Será mejor que entre.

–¿No vas a darme un beso ahora? –preguntó él. Aún miraba fijamente el crucifijo sobre su rebeca azul marino.

Ella le dio un leve y apresurado beso en la mejilla.

–Puedes hacerlo algo mejor que eso –protestó él.

–Tengo que entrar en casa.

–Oh, vamos –dijo él–, démonos un beso como corresponde. –Estaba bordeando el pánico, completamente ruborizado y sudoroso. Adelantó las manos hacia ella, obligándose a sujetar sus brazos, aunque empezaba a sentir náuseas ante su regordete y áspero rostro y su pesado y macizo cuerpo.

–¡No!

La luz detrás de la puerta se encendió, y Karl oyó la voz del padre de ella gruñir en el vestíbulo:

–¿Eres tú, Verónica?

Dejó caer las manos.

–De acuerdo, si lo quieres así... –murmuró.

–Lo siento –empezó a decir ella–, es sólo que... La puerta se abrió y apareció un hombre en mangas de camisa. Era tan gordo y de rostro tan áspero como su hija.

–Oh, hola –dijo–. Has venido con un amigo, ¿eh?

–Este es Karl –explicó ella–. Me ha acompañado hasta casa. Está en el club.

–Podrías haberla traído a casa un poco más temprano, jovencito –dijo el padre–.

¿Quieres entrar a tomar una taza de té o algo?

–No, gracias –dijo Karl–. Yo también tengo que volver a casa. Adiós, Verónica. Nos veremos el jueves.

–Quizá –dijo ella.

El jueves siguiente, Karl fue al club para el grupo de discusión de la Biblia. Verónica no estaba allí.

–Su padre no la ha dejado venir –le explicó una de las otras chicas–. Puede que sea por causa tuya. –Lo dijo despectivamente, y Karl se sintió desconcertado.

–Apenas hicimos nada –murmuró.

–Eso es lo que ella dijo –respondió la chica, sonriendo–. Dijo que no eras muy bueno en eso.

–¿Qué quieres decir? Ella no...

–Dijo que no sabías besar como corresponde.

–Ella no me dio ninguna oportunidad.

–Eso es lo que ella dijo, al menos –concluyó la chica, y miró a los demás.

Karl supo que se estaban burlando de él, se dio cuenta incluso de que, a su manera, estaban jugando con él, se sentían intrigados por él, pero no pudo evitar sonrojarse y abandonó pronto el grupo de discusión.

Nunca volvió al club parroquial, pero sus fantasías masturbatorias durante las semanas siguientes estuvieron llenas con Verónica y su pequeña cruz de plata colgando entre sus pechos. Incluso cuando la imaginaba desnuda, la cruz seguía allí. De hecho, era esto lo que le excitaba realmente, y mucho tiempo después de que Verónica hubiera desaparecido de sus sueños seguía pensando en muchachas con pequeños crucifijos de plata colgando entre sus pechos, y el pensamiento lo excitaba hasta increíbles excesos de placer.

4

> *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fue hecho por él, y sin él nada se hizo de cuanto ha sido hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz lucía en las tinieblas; y las tinieblas no la sofocaron. Hubo un hombre enviado de Dios, de nombre Juan. Éste vino como testimonio, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos los hombres creyeran por él. Él no era la luz, sino el testimonio de la luz. Existía la luz verdadera que, con su venida a este mundo, ilumina a todo hombre. Estaba en el mundo, el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció. Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. A todos los que le recibieron les dio el ser hijos de Dios; él, que no nació ni de la sangre ni de la carne, sino de Dios.*
>
> (Juan 1:1-13)

Solo, solo, solo...
Oh, Jesús...
¡Alto!
Estú-pido
ALTO Estú
ALTO pido ¡NO!
Jes...

ALTO
Te amo... ALTO.
Jesús, yo... ALTO
Solo...
Solo...
des... necesito... debo estar so...
ALTO
solo, solo, solo...
Oh, solo, solo...

Acné. Lavarse. Solo. Racionalismo. Joder una enorme cruz de plata.

Sus costillas estaban sanando.

Por las tardes, entonces, cojeaba hasta la entrada de su cueva y escuchaba los cantos de los esenios mientras ofrecían su plegaria vespertina. Por alguna oscura razón, el monótono canto hacía brotar lágrimas en sus ojos y empezaba a sollozar incontrolablemente.

En este estadio de su recuperación, a menudo se sintió lleno de depresiones que le hacían pensar casi en el suicidio.

Había abierto todos los mecheros de gas de la casa y calculado las cosas de modo que coincidieran con el regreso de su madre del trabajo.

Justo antes de que abriera la puerta de la verja y empezara a subir el sendero para abrir la puerta de la casa, se tendió en la sala de estar, delante del mechero principal.

Cuando ella entró, gritó, lo recogió, lo puso en el sofá, y rompió todos los cristales de las ventanas de la planta de abajo antes de pensar en cerrar los mecheros y llamar al médico.

Cuando llegó el médico ya tenía una historia para él..., acerca de un accidente. Pero parecía como si el médico lo supiera todo. Nunca se había mostrado muy simpático con Karl.

–Quieres hacerte notar, jovencito –dijo cuando la madre de Karl estuvo fuera de la habitación–. Si quieres mi opinión, simplemente quieres hacerte notar.

Karl se echó a llorar.

–Nos iremos de vacaciones –dijo su madre, cuando el médico se hubo ido–. ¿Qué te pasa? ¿Las cosas no van bien en la escuela? Nos iremos de vacaciones.

–No tiene nada que ver con la escuela –sollozó él.

–Entonces, ¿qué es?

–Eres tú...

–¿Yo? ¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Qué tengo que ver con eso? ¿Qué estás intentando decir?

–Nada. –Su expresión se volvió hosca.

–Tengo que llamar para que vengan a colocar de nuevo los cristales –dijo ella, saliendo apresuradamente de la habitación–. Va a costar una fortuna.

Ámame, ámame, ámame...
Solo...
Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos tu reino...
¡ÁMAME!

Flotando, más grande que el mundo, con la pollita circuncisa en la mano, nubes plateadas con forma de grandes y blandas cruces, derivando, derivando, viniendo, viniendo...

¡ÁMAME!

Bill Halley y sus Cometas. Hasta luego, cocodrilo. Y, durante tres meses y medio, Dios quedó olvidado.

Juan el Bautista estuvo fuera un mes, y Glogauer vivió con los esenios, hallando sorprendentemente fácil, a medida que su salud mejoraba, unirse a su vida cotidiana.

Descubrió que la localidad esenia consistía en una creciente mezcla de casas de una sola planta, construidas con piedra caliza y ladrillos de arcilla, y las cuevas que se hallaban a ambos lados del poco profundo valle. Algunas de las cuevas eran naturales, y otras habían sido excavadas por anteriores ocupantes del valle y por los propios esenios.

Los esenios compartían sus bienes, y algunos miembros de aquella secta en particular tenían, como Glogauer había observado antes, esposas, aunque la mayoría de ellos llevaban vidas completamente monásticas.

Glogauer averiguó, para su sorpresa, que la mayor parte de los esenios eran pacifistas, y se negaban a poseer o fabricar armas. Sus creencias no encajaban en absoluto con algunas de las afirmaciones más belicosas del Bautista y, sin embargo, la secta toleraba y reverenciaba claramente a Juan.

Quizá su odio hacia los romanos había abrumado sus principios. Quizá no estaban del todo seguros de las intenciones de Juan. Posiblemente él se había mostrado adrede oscuro respecto a este punto..., o quizá Glogauer no había conseguido comprenderle. Fuera cual fuese la razón por la que lo toleraban, sin embargo, había muy pocas dudas de que Juan el Bautista era virtualmente su líder.

La vida de los esenios consistía en bañarse ritualmente tres veces al día, en plegarias con todas sus comidas y al amanecer y al anochecer, y en trabajar.

El trabajo no era difícil.

A veces Glogauer guiaba un arado tirado por otros dos miembros de la secta; a veces ayudaba a tirar de un arado; a veces vigilaba las cabras que pastaban en las colinas.

Era una vida pacífica y ordenada, e incluso los aspectos malsanos eran un asunto tan de rutina que al cabo de poco Glogauer apenas los notaba.

Mientras cuidaba de las cabras, se tendía en la cima de una colina y contemplaba el desierto. No era exactamente un desierto, sino más bien una extensión rocosa llena de los suficientes matojos como para alimentar a animales como las cabras y las ovejas.

El paisaje se veía roto ocasionalmente por bajos arbustos y unos cuantos arbolillos que crecían a lo largo de las orillas del río que indudablemente desembocaba en el mar Muerto.

Era un terreno desigual. En sus líneas generales tenía el aspecto de un lago tormentoso, congelado y pintado de amarillo y pardo.

Más allá del mar Muerto se extendía Jerusalén.

Glogauer pensaba a menudo en Jerusalén.

Evidentemente, Cristo aún no había entrado en la ciudad por última vez.

Juan el Bautista (si podía confiarse en el Nuevo Testamento) tenía que morir antes de que esto ocurriera. Salomé bailaría para Herodes y la gran cabeza del Bautista sería seccionada de su cuerpo.

Glogauer se sintió culpable por la forma en que el pensamiento lo excitaba. ¿No debería advertir al Bautista?

Sabía que no debía hacerlo. Se le había advertido específicamente, antes de entrar en la

máquina del tiempo, que no debía efectuar ningún intento de alterar el curso de la historia. Argumentó para sí mismo que no tenía una idea clara del curso que había tomado la historia de esta época. Sólo había leyendas, no registros puramente históricos. Los libros del Nuevo Testamento habían sido escritos décadas o incluso siglos después de los acontecimientos que describían. Nunca habían sido autenticados históricamente. Seguro, pues, que no representaría ninguna diferencia si interfería un poco con los acontecimientos.

Pero, pese a todo, sabía que no debía efectuar ningún intento de advertir a Juan de este peligro.

Se dio cuenta vagamente de que la razón para esto era que deseaba que los acontecimientos se hicieran realidad. Deseaba que el Nuevo Testamento estuviera en lo cierto.

Pronto debía empezar a buscar a Jesús.

Su madre se mudaba con frecuencia, aunque tendía a permanecer más o menos en la misma zona, vendiendo una casa en la parte sur de Londres para comprar otra a un kilómetro de distancia.

Tras su breve fase de fan del rock-and-roll, se mudaron a Thornton Heath, y él se unió al coro de la iglesia local. Su voz era buena y entonada, y el ayudante del párroco que se ocupaba del coro empezó a mostrar un interés especial hacia él. Inicialmente hablaban de música, pero pronto sus conversaciones se volvieron más y más hacia la religión. Karl le pedía consejos al hombre acerca de sus problemas más bien generales de conciencia. ¿Cómo podía vivir una vida normal de actividades normales sin herir los sentimientos de nadie? ¿Por qué la gente era tan violenta entre sí? ¿Por qué había guerras?

Las respuestas del señor Younger eran tan brumosas y tan generales como las preguntas de Karl, pero las pronunciaba con una voz profunda, confiada, tranquilizadora, que siempre hacía que Karl se sintiera mejor.

Iban a pasear juntos. El señor Younger pasaba su brazo por los hombros de Karl.

Un fin de semana, el coro fue a Winchester para un festival, y se alojaron en un albergue para jóvenes. Karl compartió una habitación con el señor Younger.

A última hora de la noche, el señor Younger se arrastró a la cama de Karl.

–Desearía que fueras una chica, Karl –dijo el señor Younger, acariciando la cabeza de Karl.

Karl estaba demasiado turbado para responder, pero reaccionó cuando el señor Younger apoyó una mano sobre sus genitales.

Hicieron el amor toda la noche, pero por la mañana Karl se sintió disgustado y puñeó al señor Younger en el pecho y dijo que si alguna vez intentaba de nuevo alguna cosa así se lo diría a su madre.

El señor Younger lloró y dijo que lo sentía, y que Karl y él podían seguir siendo amigos, pero Karl tenía la sensación de que, de alguna forma, el señor Younger lo había traicionado. El señor Younger dijo que amaba a Karl –no de esa forma, sino de una forma cristiana–, y que había gozado enormemente de su compañía. Pero Karl se negó a hablar con él y lo evitó en el vehículo que los llevó de vuelta a casa en Thornton Heath.

Karl siguió en el coro algunas semanas más, pero había una clara tensión entre él y el señor Younger.

Al final de una tarde de ensayos, el señor Younger le pidió a Karl que se quedara, y Karl se sintió desgarrado entre la aversión y el deseo.

Finalmente se quedó, y dejó que el señor Younger acariciara sus genitales bajo un cartel que mostraba una lisa cruz de madera con el eslogan DIOS ES AMOR debajo.

Karl empezó a reír histéricamente y salió corriendo de la iglesia, y jamás volvió.

Tenía quince años.

Cruces de plata igual a mujeres.

Cruces de madera igual a hombres.

A menudo pensaba en sí mismo como una cruz de madera. Tenía ligeras alucinaciones en la duermevela en las que era una pesada cruz de madera persiguiendo a una delicada cruz de plata a través de campos de oscuridad.

A los diecisiete años había perdido completamente el interés en el cristianismo formal y había empezado a obsesionarse con las religiones paganas, en especial el misticismo celta y el mitraísmo. Había tenido una aventura con la esposa de un brigada que vivía en Kilburn y a la que había conocido en una fiesta dada por una mujer a la que había conocido a través de las secciones de correspondencia de la efímera revista *Avilion.*

La mujer del brigada (él estaba en alguna parte en Extremo Oriente) había llevado una pequeña cruz celta, una «cruz sol», en torno de su cuello, y eso fue lo que primero lo atrajo de ella. Sin embargo, necesitó media botella de ginebra antes de atreverse a pasar una mano por sus delgados hombros y más tarde, en la oscuridad, poner su mano entre sus muslos y sentir su sexo entre sus bragas de raso de algodón.

Después de Deirdre Thompson, tuvo éxito tras éxito con las mujeres de rostros planos del grupo, todas las cuales, descubrió, llevaban exactamente el mismo tipo de bragas de raso de algodón.

Al cabo de seis meses estaba exhausto, odiaba a las neuróticas mujeres, se odiaba a sí mismo, estaba hastiado del misticismo celta. Había estado viviendo fuera de casa durante la mayor parte del tiempo, sobre todo en casa de Deirdre Thompson, pero entonces volvió a casa y sufrió una depresión nerviosa.

Su madre decidió que necesitaba un cambio y le dio el dinero del billete para visitar a unos amigos que había hecho en Hamburgo.

Sus amigos de Hamburgo creían que eran los descendientes de aquellos que habían perecido cuando la Atlántida fue destruida por las bombas atómicas dejadas caer desde platillos volantes tripulados por espíritus hostiles de Marte.

Esta vez fue una sucesión de mujeres alemanas de rostros planos. Al contrario que sus hermanas británicas, todas ellas llevaban *panties* de encaje de nilón negro.

Era un cambio.

En Hamburgo se convirtió en un anticristiano militante tras proclamar que el cristianismo era la perversión de una fe más antigua, una fe nórdica.

Pero nunca pudo aceptar por completo que esta fe, en su forma más pura, había sido la fe de la Atlántida, y al final rompió con sus amigos alemanes, halló que el resto de Alemania era en general hostil, y la abandonó en dirección a Tel Aviv, donde conoció al propietario de una librería especializada en obras de ciencias ocultas, principalmente en francés.

Estaba en Tel Aviv, conversando con un pintor húngaro, cuando oyó hablar por primera vez de Jung y lo desechó como una tontería. Se retiró más en sí mismo, y una mañana tomó un autobús hacia el interior de una zona rural al borde del desierto. Finalmente fue a parar al Antilíbano, donde la gente hablaba lo más cercano al antiguo arameo que jamás hubiera oído. La halló hospitalaria; disfrutó viviendo con ella. Vivió allí durante cuatro meses antes de regresar a Tel Aviv y, en un estado mental receptivo, habló de nuevo de Jung con el húngaro. En la librería ocultista, y en las otras librerías y bibliotecas de Tel Aviv, no pudo descubrir nada de Jung en inglés. Decidió volver a Inglaterra y pidió prestado el dinero necesario en el Consulado británico.

Tan pronto como estuvo de vuelta en la parte sur de Londres fue a la biblioteca local, y pasó allí gran cantidad de tiempo leyendo a Jung.

Su madre le preguntó cuándo iba a buscar un trabajo.

Él le respondió que tenía intención de estudiar psicología y dedicarse finalmente a la psiquiatría.

El modo de vida de los esenios era bastante cómodo, pese a toda su simplicidad.

Le habían dado un taparrabo de piel de cabra y un cayado y, excepto por el hecho de que era vigilado todo el tiempo, parecían haberlo aceptado como una especie de miembro laico de la secta.

A veces le preguntaban casualmente acerca de su carro –la máquina del tiempo que tenían intención de sacar pronto del desierto–, y él les dijo que lo había llevado de Egipto a Siria, y luego allí. Aceptaron tranquilamente el milagro. Estaban acostumbrados a los milagros.

Los esenios habían visto cosas más extrañas que su máquina del tiempo.

Habían visto a hombres caminar sobre las aguas y a ángeles descender de los cielos y volver a subir a ellos; habían oído la voz de Dios y sus arcángeles, así como la tentadora voz de Satán y sus secuaces.

Escribían todas esas cosas en sus rollos de pergamino, que no eran más que un registro de lo sobrenatural, del mismo modo que sus otros rollos eran registros de sus vidas cotidianas y de las noticias que les llevaban los miembros viajeros de su secta.

Vivían constantemente en presencia de Dios, y hablaban con Dios, y Dios les respondía cuando habían mortificado lo suficiente su carne y habían ayunado lo suficiente y habían cantado sus plegarias bajo el ardiente sol de Judea.

Karl Glogauer se dejó crecer el pelo y permitió que su barba se enmarañara. Su rostro y cuerpo estuvieron pronto muy bronceados por el sol. Mortificó su carne y ayunó también, y cantó sus plegarias bajo el sol como ellos hacían.

Pero raras veces oía a Dios, y sólo una vez creyó ver a un arcángel con alas de fuego.

Un día lo llevaron al río y lo bautizaron con el primer nombre que le había dado a Juan el Bautista. Lo llamaron Emmanuel.

La ceremonia, con sus cantos y sus bamboleos, era muy mareante, y le dejó completamente eufórico y más feliz de lo que podía recordar haber estado nunca.

5

Pese a su buena disposición para experimentar las visiones esenias, Glogauer se sentía decepcionado.

Por otra parte, le sorprendía sentirse tan bien, considerando las privaciones autoinfligidas a las que se había sometido. También se sentía relajado en compañía de aquellos extraños hombres y mujeres que, tenía que admitirlo, estaban indudablemente locos bajo cualquier estándar normal. Quizá fuera debido a que su locura no era tan distinta de la suya propia que al cabo de poco dejó de pensar en ello.

Mónica.

Mónica no tenía cruz de plata.

Se habían conocido cuando él trabajaba en el hospital psiquiátrico de Darley Grange de enfermero. Había pensado que así podría progresar en su carrera. Ella era una asistenta social psiquiátrica que se había mostrado más dispuesta a escucharle que los demás cuando él

empezó a intentar que alguien le prestara oídos respecto a las privaciones que se obligaba a sufrir a los pacientes, las mezquinas torturas a las que otros enfermeros y enfermeras les sometían, los golpes, los gritos.

–No podemos conseguir el personal adecuado, ¿sabes? –le había dicho ella–. El dinero es tan escaso...

–Entonces deberían pagar más.

En vez de encogerse de hombros, como hacían los demás, ella había asentido.

–Lo sé. He escrito dos cartas al *Guardian* acerca de ello, sin firmar con mi nombre, por supuesto..., y una de ellas fue publicada.

Él se había marchado poco después, y no volvió a verla durante varios años.

Tenía veinte años.

Juan el Bautista regresó una tarde, caminando por entre las colinas, seguido por unos veinte de sus discípulos más cercanos.

Glogauer lo vio mientras se disponía a conducir las cabras al interior de su cueva para la noche. Aguardó a que Juan se le acercara.

Al principio el Bautista no lo reconoció, y luego se echó a reír.

–Bien, Emmanuel, veo que te has convertido en un esenio. ¿Todavía no te han bautizado?

Glogauer asintió con la cabeza.

–Lo han hecho.

–Bien. –El Bautista frunció entonces el ceño, como si se le ocurriera algún otro pensamiento–. He estado en Jerusalén –dijo–. Para ver algunos amigos.

–¿Y cuáles son las noticias de Jerusalén?

El Bautista le miró sinceramente.

–Que probablemente no eres un espía de Herodes o los romanos.

–Me alegro de que hayas decidido eso –sonrió Glogauer.

La expresión hosca de Juan se suavizó. Sonrió también, y lo cogió por el brazo, a la manera romana.

–Así que... eres nuestro amigo. Quizás algo más que sólo nuestro amigo...

Glogauer frunció el ceño.

–No te sigo. –Se sentía aliviado de que el Bautista, que evidentemente había pasado todo su tiempo comprobando que Glogauer no estaba en la nómina de sus enemigos, hubiera decidido que era un amigo.

–Creo que sabes a lo que me refiero –dijo Juan.

Glogauer estaba cansado. Había comido muy poco, y había pasado la mayor parte del día al sol, cuidando de las cabras. Bostezó y se vio incapaz de seguir la cuestión.

–Yo no... –empezó.

El rostro de Juan se nubló por un momento, luego rió torpemente.

–No digas nada ahora. Come conmigo esta noche. Tengo miel silvestre y langostas.

Glogauer todavía no había comido nunca aquella comida, que era la alimentación básica de los viajeros que no llevaban provisiones consigo, sino que vivían de lo que podían encontrar durante el viaje. Algunos las consideraban deliciosas.

–Gracias –dijo–. Esta noche.

Juan le sonrió, una sonrisa misteriosa, luego se alejó, seguido por sus hombres.

Desconcertado, Glogauer condujo sus cabras al interior de sus cuevas y cerró la puerta de mimbre para mantenerlas dentro. Luego cruzó el claro hasta su propia cueva y se tendió en la paja.

Evidentemente, el Bautista consideraba que él podía tener algún papel en sus planes.

Toda la hierba, todos los árboles, todos los soleados días con Eva, dulce, virginal, admirable. La había conocido en Oxford, en una fiesta dada por Gerard Friedman, el periodista especializado en libros sobre lo sobrenatural.

Al día siguiente habían caminado junto al Isis, contemplando las barcazas amarradas en la otra orilla, los chicos pescando, las torres de las facultades en la distancia.

Ella estaba preocupada.

–No deberías inquietarte tanto, Karl. Nada es perfecto. ¿No puedes tomar la vida tal como viene?

Era la primera muchacha que conseguía hacerle sentirse relajado. Se había echado a reír.

–Supongo que sí. ¿Por qué no?

Era tan cálida. Su rubio pelo era largo y fino, y a menudo caía sobre su rostro y ocultaba sus grandes ojos azules que siempre eran tan sinceros, estuviera seria o regocijada.

Durante aquellas pocas semanas habían tomado la vida tal como venía. Dormían juntos en su pequeña habitación del ático en casa de Friedman, sin sentirse molestos siquiera por el lascivo interés de Friedman en su aventura, sin preocuparse por las cartas que recibían ocasionalmente de los padres de ella preguntándole cuándo iba a volver a casa.

Ella tenía dieciocho años, era su primer año en Somerville, y era época de vacaciones.

Era la primera vez que Karl recordaba haber sido amado por alguien. Ella estaba completamente enamorada de él y él de ella. Al principio, la pasión de ella y su preocupación por él lo habían azarado, le habían hecho sentirse suspicaz, porque no podía creer que nadie pudiera sentir tanto amor por él. Gradualmente fue aceptándolo, y lo devolvió con creces. Cuando estaban separados escribían versos, no muy buenos, dedicados al otro.

–Eres tan bueno, Karl –le decía ella–. Realmente harás algo maravilloso en el mundo.

Él se echaba a reír.

–El único talento que poseo es la autocompasión...

–La autoconsciencia..., es algo muy distinto.

Él intentaba quitarle de la cabeza aquella imagen idealizada de él, pero esto sólo la convencía de su modestia.

–Eres como... como Perceval... –le dijo una noche, y él rió fuertemente, vio que la había herido, y la besó en la frente.

–No seas tonta, Eva.

–Lo digo de veras, Karl. Buscas el Santo Grial. Y lo encontrarás.

Se había sentido impresionado por su fe en él, había empezado a preguntarse si no tendría razón. Quizá hubiera un destino para él. Le hacía sentirse tan heroico. Se bañaba en su adoración.

Hizo algún trabajo de investigación para Friedman y ganó el dinero suficiente para comprarle a ella una pequeña cruz en forma de tau bífida de plata para que se la colgara al cuello. Ella se mostró encantada. Estaba estudiando Religión comparada, y por aquel entonces se sentía particularmente entusiasmada con los egipcios.

Pero no se sintió satisfecho durante mucho tiempo de gozar el amor que ella sentía por él. Tenía que someterlo a prueba. Empezó a emborracharse por las noches, a contarle historias indecentes, a pelearse en los pubs..., peleas que, no se ocultaba de decirlo, era demasiado cobarde como para llevar hasta su final.

Y ella empezó a apartarse de él.

–Me pones nerviosa –le explicó tristemente–. Me haces sentir tan tensa.

–¿Cuál es el problema? ¿No puedes amarme por mí mismo? Así es como soy, ya lo sabes. No soy Perceval.

–Te estás hundiendo, Karl.

–Sólo estoy intentando mostrarte cómo soy realmente.

–Pero tú no eres realmente así. Tú eres dulce..., bueno..., amable...

–Soy un fracaso de autocompasión. Tómalo o déjalo.

Ella lo dejó. Volvió a casa de sus padres dos días más tarde. Él le escribió, y no recibió respuesta. Acudió a verla, y sus padres dijeron que no estaba.

Durante varios meses se sintió lleno de una terrible sensación de pérdida, de desconcierto. ¿Por qué había destruido deliberadamente su relación? Porque deseaba que ella lo aceptara tal como era, no tal como imaginaba que era. Pero, supongamos que ella tuviera razón. ¿Había rechazado deliberadamente la posibilidad de ser algo mejor? No podía decirlo.

Uno de los seguidores del Bautista acudió a él una hora más tarde y lo condujo a la casa al otro lado del valle.

La casa sólo tenía dos habitaciones: una para comer y la otra para dormir.

Juan lo recibió en el apenas amueblado comedor. Le indicó con un gesto que se sentara en la estera de algodón al otro lado de la mesita baja donde había sido colocada la comida.

Se sentó y cruzó las piernas. Al otro lado de la mesa, Juan sonrió y señaló la comida con una mano.

–Empieza.

La miel y las langostas eran demasiado dulces para su gusto, pero fueron un cambio bien recibido después de la cebada y la carne de cabra.

Juan el Bautista comió con fruición. Ya era de noche, y la habitación estaba iluminada por lámparas consistentes en pábilos que flotaban en cuencos de aceite. De fuera les llegaban bajos murmullos y los gemidos y exclamaciones de los que rezaban.

Glogauer mojó otra langosta en el cuenco de miel.

–¿Por qué deseabas verme, Juan?

–Porque el momento ha llegado.

–¿El momento de qué? ¿Planeas conducir al pueblo de Judea a una revuelta contra los romanos?

El Bautista pareció inquieto ante la pregunta directa. Era la primera de esta naturaleza que Glogauer le había planteado.

–Si ésa es la voluntad de Adonay –dijo, sin alzar la vista mientras se inclinaba hacia el cuenco de miel.

–¿Saben esto los romanos?

–No estoy seguro, Emmanuel, pero Herodes el incestuoso les ha dicho sin duda que yo hablo contra los inicuos.

–Pero los romanos no te arrestan.

–Pilatos no se atreve..., no desde que fue enviada la petición al emperador Tiberio.

–¿Petición?

–Sí, la que firmaron Herodes y los fariseos cuando el procurador Pilatos colocó placas votivas en el palacio de Jerusalén e intentó violar el Templo. Tiberio censuró a Pilatos y desde entonces, aunque sigue odiando a los judíos, el procurador es más cauteloso en sus tratos con nosotros.

–Dime, Juan, ¿sabes cuánto tiempo hace que Tiberio gobierna en Roma? –No había tenido la oportunidad de formular de nuevo la pregunta hasta ahora.

–Catorce años.

Era el año 28..., algo menos de un año antes de la fecha en la que la mayor parte de los eruditos concordaban en que se había producido la crucifixión, y su máquina del tiempo estaba rota.

Y Juan el Bautista planeaba una rebelión armada contra los ocupantes romanos, pero, si

había que creer en los Evangelios, pronto sería decapitado por Herodes. Ciertamente, no se había producido ninguna rebelión a gran escala en aquella época.

Ni siquiera aquellos que afirmaban que la entrada de Jesús y sus discípulos en Jerusalén y la invasión del Templo eran claramente acciones de rebeldes armados habían hallado ningún registro que sugiriera que Juan había encabezado una revuelta similar.

Una vez más se le ocurrió que podía advertir a Juan. Pero, ¿le creería el Bautista? ¿Acaso no preferiría no creerle, fueran cuales fuesen las pruebas que le presentara?

Glogauer había llegado a querer al Bautista. El hombre era a todas luces un revolucionario endurecido que había estado planeando desde hacía años una revuelta contra los romanos, y había estado reuniendo lentamente los seguidores suficientes como para conseguir que su intento tuviera éxito.

Le recordaba fuertemente a Glogauer un tipo de líder de la resistencia muy común en la Segunda Guerra Mundial. Poseía una firmeza y una comprensión de las realidades de su posición muy similares. Sabía que sólo tendría una oportunidad de aplastar las cohortes de guarnición en el país. Si la revuelta se dilataba demasiado, Roma tendría tiempo suficiente de enviar más tropas a Jerusalén.

–¿Cuándo crees que Adonay tiene intención de destruir a los inicuos a través de ti? –preguntó Glogauer con tacto.

Juan le miró con cierto regocijo.

–La Pascua judía es una época en la que la gente se siente inquieta y resiente más a los extranjeros –dijo.

–¿Cuándo es la próxima Pascua?

–Todavía faltan muchos meses.

Glogauer comió en silencio durante un rato, luego alzó francamente los ojos al Bautista.

–Yo tengo algún papel asignado en todo esto, ¿verdad? –preguntó.

Juan miró al suelo.

–Fuiste enviado por Adonay para ayudarnos a cumplir con Su voluntad.

–¿Cómo puedo ayudaros?

–Eres un mago.

–No puedo hacer milagros.

Juan se limpió la miel que goteaba por su barba.

–No puedo creer eso, Emmanuel. Tu llegada fue milagrosa. Los esenios no supieron si eras un demonio o un mensajero de Adonay.

–No soy ninguna de las dos cosas.

–¿Por qué me confundes, Emmanuel? Sé que eres el mensajero de Adonay. Eres la señal que esperaban los esenios. El tiempo ya casi ha llegado. El reino de los Cielos quedará pronto establecido en la Tierra. Ven con nosotros. Dile a la gente que hablas con la voz de Adonay. Haz grandes milagros.

–Tu poder se está desvaneciendo, ¿es eso? –Glogauer miró agudamente a Juan–. ¿Me necesitas para renovar las esperanzas de tus rebeldes?

Juan se puso en pie furioso.

–¡Hablas como un romano, con tal falta de sutileza!

Evidentemente, como los esenios con los que vivía, prefería métodos de expresión menos directos. Había una razón práctica para ello, se dio cuenta Glogauer, en el sentido de que Juan y sus hombres temían constantemente la traición. Incluso los registros esenios estaban escritos parcialmente en clave, con una palabra o frase de apariencia inocente que significaba algo completamente distinto.

–Lo siento, Juan. Pero dime si tengo razón –murmuró suavemente Glogauer.

–¿Pretendes afirmar que no eres un mago que apareció de la nada montado en un carro? –El Bautista agitó las manos y se encogió de hombros–. ¡Mis hombres te vieron! Vieron esa

brillante cosa tomar forma en el aire, abrirse y dejarte salir. ¿Acaso no es eso mágico? Las ropas que llevabas..., ¿eran terrenales? Los talismanes dentro del carro..., ¿no hablaban acaso de una magia poderosa? El profeta dijo que vendría un mago de Egipto y que se llamaría Emmanuel. ¡Así está escrito en el libro de Miqueas! ¿Acaso ninguna de esas cosas es cierta?

–La mayor parte de ellas. Pero hay explicaciones... –Se interrumpió, incapaz de pensar en la palabra más próxima a «racional»–. Soy un hombre normal, como tú. ¡No tengo el poder de hacer milagros! ¡Soy sólo un hombre!

Juan llameó.

–¿Quieres decir que te niegas a ayudarnos?

–Me siento agradecido hacia ti y tus esenios. Salvasteis casi con toda seguridad mi vida. Si puedo pagaros de alguna forma por eso...

Juan asintió deliberadamente con la cabeza.

–Puedes pagarnos por eso, Emmanuel.

–¿Cómo?

–Sé el gran mago que necesitamos. Déjame presentarte a todos aquellos que se muestran impacientes y se apartarían de la voluntad de Adonay. Déjame explicarles la forma en que llegaste a nosotros. Entonces puedes decir que todo eso es la voluntad de Adonay, y que deben prepararse para llevarla a efecto.

Juan le miró intensamente.

–¿Lo harás, Emmanuel?

–Juan..., no hay ninguna forma en que pueda ayudarte sin decepcionarte, o decepcionarme a mí mismo, o a la gente...

Juan le miró pensativamente.

–Quizá no seas consciente de tu propio destino –dijo, con voz meditativa–. ¿Por qué no debería ser así? De hecho, si hicieras grandes afirmaciones me sentiría mucho más suspicaz hacia ti. Emmanuel, ¿no aceptarás mi palabra de que tú eres el hombre cuya venida estaba profetizada que ocurriría?

Glogauer sintió la derrota. ¿Cómo podía argumentar contra aquello? Por todo lo que sabía, podía ser precisamente ese hombre. Supongamos que había hombres dotados con alguna especie de poderes clarividentes... Oh, todo eso era una tontería. Sin embargo, ¿qué podía hacer?

–Juan, buscas desesperadamente una señal. Supón que llega el auténtico mago...

–Ya ha llegado. Estás aquí. He rezado, y lo sé.

¿Cómo podía sugerirle a Juan que era su desesperada necesidad de ayuda la que probablemente lo había convencido? Suspiró.

–Emmanuel..., ¿no ayudarás al pueblo de Judea?

Glogauer frunció los labios.

–Déjame pensar, Juan. Déjame dormir. Ven a verme por la mañana, y entonces te lo diré.

Se dio cuenta, con una cierta sorpresa, de que sus papeles habían cambiado. En ese momento, en vez de desear mantener la buena voluntad del Bautista, era el Bautista quien estaba ansioso por mantener la suya.

Cuando regresó a su cueva se sintió exaltado, no pudo evitar el sonreír ampliamente. Sin haber preparado nada en absoluto, se hallaba en una posición de poder. ¿Cómo debía usar ese poder? ¿Tenía realmente una misión? ¿Podía alterar la historia y ser el responsable de ayudar a los judíos a arrojar de sus tierras a los romanos?

6

–Ser judío es ser inmortal –le había dicho Friedman, unos días después de que Eva hubiera vuelto con sus padres–. Ser judío es tener un destino..., aunque ese destino sea simplemente sobrevivir.

Friedman era alto y fornido, con un rostro pálido y grueso y unos ojos cínicos. Era casi completamente calvo. Llevaba pesados trajes de tweed verde. Era extremadamente generoso con Karl y parecía esperar poco a cambio..., sólo su presencia como oyente ocasional.

–Ser judío es ser un mártir. Toma un poco más de jerez. –Cruzó el estudio y sirvió otro generoso vaso para Karl–. Ahí es donde te equivocaste con ella, muchacho. No podías soportar el éxito.

–No estoy seguro de que eso sea cierto, Gerard. Yo sólo deseaba que ella me aceptara tal como soy...

–Tú querías que ella te aceptara tal como tú te ves, no tal como ella te ve. ¿Quién puede decir quién tiene razón? Tú te ves a ti mismo como un mártir, ¿no? Qué lástima. Una chica encantadora como ésa. Hubieras podido pasármela a mí en vez de hacerla huir asustada.

–Oh, no digas eso, Gerard. ¡Yo la amaba!

–Pero te amabas más a ti mismo.

–¿Quién no?

–Muchas personas no se aman en absoluto a sí mismas. Es cosa enteramente tuya el que te ames a ti mismo.

–Haces que suene como si yo fuera Narciso.

–No tienes su aspecto. No te engañes a ti mismo.

–De todos modos, no creo que eso tenga nada que ver con el hecho de ser judío. Tú y tu generación siempre cometéis el mismo gran error ante el hecho de ser judío. Estáis sobrecompensando por lo que ocurrió bajo Hitler.

–Posiblemente.

–De todos modos, yo no soy realmente judío. No fui educado de una forma judía.

–¡Con esa madre tuya, no fuiste educado de una forma judía! Quizá no hayas ido a la sinagoga, hijo, pero has recibido todo lo demás...

–Oh, Gerard. De todos modos, estás oscureciendo la cuestión..., estoy intentando pensar en cómo conseguir que vuelva.

–Olvídala. Búscate a una hermosa chica judía. Lo digo en serio. Ella te comprenderá. Cuando se ha dicho y se ha hecho todo, Karl, esos tipos nórdicos no son buenos para lo que tú quieres...

–¡Cristo! No sabía que fueras un radical.

–Sólo soy realista...

–Ya he oído eso antes.

–De acuerdo. Si quieres problemas...

–Quizá sí.

Padre...

Ojos apenados.

Padre...

Una boca que se mueve. Ningún sonido.

Una pesada cruz de madera se debatía en un pantano mientras, sobre una colina, una delicada cruz de plata observaba.

Ayu... ¡NO!

No debes pedir... Sólo deseo... ¡NO! ¡AYÚ DAME!

no

–Las formas de la religión no sirven para nada –le dijo Johnny en el pub. Johnny era un estudiante amigo de Gerard–. No hacen más que adaptarse a su tiempo. Tienes que hallar la respuesta por ti mismo. Meditación.

Johnny era delgado, con un rostro perpetuamente preocupado. Según Gerard, estaba en su tercer año y las cosas le iban muy mal.

–Obtienes el confort de la religión sin la responsabilidad –dijo Friedman desde donde estaba sentado en un taburete de la barra, justo detrás de Johnny.

Karl se echó a reír.

Johnny se volvió hacia Gerard.

–Eso es típico, ¿no? No sabes de lo que estás hablando. ¿Responsabilidad? Soy un pacifista..., dispuesto a morir por mis creencias. ¡Eso es más de lo que tú haces!

–No creo en nada...

–¡Exacto!

Karl se echó a reír de nuevo.

–¡Resistiré pasivamente a cualquiera en este pub!

–¡Oh, cállate! He descubierto algo que ninguno de vosotros descubriría nunca.

–No parece haberte servido de mucho –observó cruelmente Karl; lo lamentó de inmediato, y puso una mano sobre el hombro de Johnny, pero el joven se desprendió de ella y se marchó del pub.

Karl se sintió muy deprimido.

–No te preocupes por Johnny –dijo Gerard–. Siempre le pasa lo mismo.

–No es eso realmente. Tenía razón. Ha conseguido algo en lo que cree. Parece que yo soy incapaz de encontrar nada.

–Es más sano.

–No sé cómo puedes hablar así, con tu morboso interés hacia los aquelarres y todo eso...

–Todos tenemos nuestros problemas –dijo Gerard–. Toma otro.

Karl frunció el ceño.

–Sólo ataqué a Johnny porque me azaró, me puso en evidencia de algún modo.

–Todos tenemos nuestros problemas. Toma otro.

–Muy bien.

Atrapado. Hundiéndome. No puedo ser yo. Transformado en lo que esperan los demás. ¿Es ése el destino de todo el mundo? ¿Han sido todos los grandes individuos producto de sus amigos que deseaban a un gran individuo por amigo?

Los grandes individuos deben hallarse siempre solos. Todo el mundo necesita pensar que es invulnerable. Y, al final, son tratados menos que nadie como seres humanos. Tratados como símbolos de algo que no puede existir. Deben hallarse siempre solos.

Solo...

Siempre hay una razón para estar solo.

Solo...

–Mamá, quiero...

–¿Quién quiere saber lo que quieres? Has estado fuera casi un año. No has escrito nunca.

¿Qué hay de lo que yo quiero? ¿Dónde estabas? Podías haber muerto...

–Intenta comprenderme.

–¿Por qué debería? ¿Has intentado tú alguna vez comprenderme a mí?

–Lo he intentado, sí...

–Y un infierno has intentado. ¿Qué es lo que quieres esta vez?

–Quiero...

–¿Te cuento lo que me ha dicho el médico...?

Solo...
Necesito...
Quiero...

–No obtendrás nada en este mundo que no te hayas ganado. Y no siempre obtendrás lo que has ganado tampoco.

Borracho, se reclinó contra la barra del bar y observó hablar al hombrecillo de enrojecido rostro.

–Hay un montón de gente que no obtiene lo que se merece –dijo el camarero, y se echó a reír.

–Lo que quiero decir es... –murmuró lentamente el hombre del rostro enrojecido.

–¿Por qué no te callas? –dijo Karl.

–Cállate tú.

–Oh, callaos los dos –dijo el camarero.

Amor...
Delicado. Tierno. Dulce.
Amor...

–Tu problema, Karl –dijo Gerard mientras caminaban a lo largo de la calle principal hacia el Mitre, donde Gerard había decidido invitar a Karl a almorzar– es que te aferras al amor romántico. Mírame: tengo todo tipo de defectos y chifladuras..., como te gusta señalar con esta impetuosa voz tuya. Me vuelvo terriblemente lujurioso al asistir a misas negras y todo eso. Pero no voy por ahí asesinando vírgenes..., en parte porque va contra la ley. Pero a vosotros, los pervertidos del amor romántico..., no hay ninguna ley que os detenga. Yo no puedo hacerlo a menos que ella lleve un velo negro o algo así, pero tú no puedes hacerlo a menos que le hayas jurado tu amor eterno y ella te haya jurado su amor eterno, y todo horriblemente entremezclado. ¡El daño que haces! ¡Tú mismo y esas pobres chicas a las que utilizas! Es repugnante...

–Estás siendo más cínico que de costumbre, Gerard.

–¡No! En absoluto. Hablo con total sinceridad... ¡Nunca me he sentido tan apasionado acerca de nada en mi vida! ¡El amor romántico! Tendría que haber alguna ley contra ello. Repugnante. Desastroso. Mira lo que les ocurrió a Romeo y Julieta. Ahí hay una advertencia para todos nosotros.

–Oh, Gerard...

–¿Por qué simplemente no puedes joder y gozar de ello? Limítate a eso. Dalo por sentado. No perviertas también a alguna pobre chica.

–Normalmente son ellas quienes lo desean así.

–Acabas de apuntarte un tanto, muchacho.

–¿No crees en absoluto en el amor, Gerard?

–Mi querido Karl, si no creyera en alguna clase de amor, ¿me molestaría en advertirte de este modo?

Karl le sonrió.

–Eres muy amable, Gerard...

–¡Oh, buen Dios! ¡No digas eso, Karl, por favor! ¿Ves lo que quiero decir? Si me miras de nuevo de este modo, no voy a invitarte a este caro almuerzo. Lo digo en serio.

Karl suspiró. El único hombre que había parecido demostrar nunca algún afecto desinteresado hacia él era el único hombre que le negaba que le demostrara algún afecto. Realmente, era irónico.

Quiero...

Necesito...

Deseo...

–Mónica. Falta algo en *mí...*

–¿Qué tipo de cosa te falta?

–Bueno, quizá sea más bien la falta de una falta, si entiendes lo que quiero decir.

–¡Oh, por el amor de Dios!

–Eres sensible –le dijo Eva.

–No, de veras..., autocompasivo. Pasa por sensibilidad.

–Oh, Karl. ¿Por qué no te concedes algo de piedad?

–¿Piedad? No me la merezco.

–¿Qué es lo que estás buscando, Karl? –preguntó Gerard mientras almorzaban.

–No lo sé. Quizás el Santo Grial. Eva parecía creer que lo encontraría.

–¿Por qué no? Valdría una fortuna hoy en día! ¿Pedimos otra botella?

–¿Sabes?, no soy un mártir, Gerard. No soy un santo. No soy un héroe. En realidad ni siquiera soy un pobre diablo. Soy simplemente yo. ¿Por qué la gente no me puede aceptar así?

–Karl..., me gusta que seas exactamente tú mismo.

–Porque así puedes mostrarte protector conmigo. Te gusta verme hecho un lío, quieres decir.

–Puede que tengas razón. ¿Otra botella?

–De acuerdo.

Gerard había ofrecido pagar sus estudios de psicología.

–Sólo lo hago porque estoy alarmado por lo que pueda ocurrirte en otro caso –dijo–. ¡A este ritmo, puedes entrar en la Iglesia católica!

Siguió el curso durante un año antes de dejarlo correr. Todo lo que deseaba era estudiar a Jung, y ellos habían insistido en hacerle abarcar una amplia variedad de estudios. Halló que la mayor parte de los demás eran francamente desagradables.

¿Dios?
¿Dios?
¿Dios?
Ninguna respuesta.

Con Gerard era serio, intenso, inteligente.

Con Johnny era superior, burlón.

Con algunos era tranquilo. Con otros, ruidoso. En compañía de estúpidos era tan feliz como un estúpido. En compañía de aquellos a quienes admiraba, se sentía complacido si podía parecer astuto.

–¿Por qué soy todas esas cosas a todos los hombres, Gerard? Simplemente no estoy seguro de quién soy. ¿Cuál de todas esas personas soy realmente, Gerard? ¿Qué es lo que está mal en mí?

–Quizá sólo sea que te sientes un poco demasiado ansioso por complacer, Karl.

7

Encontró de nuevo a Mónica el verano de 1962, poco después de abandonar sus estudios. Estaba haciendo todo tipo de trabajos temporales, y su espíritu se hallaba muy bajo.

En aquel momento Mónica pareció ser una gran ayuda, una gran guía a través de la oscuridad mental que lo envolvía.

Ambos vivían cerca del Holland Park, y fue allí donde se encontraron un domingo, junto al estanque de peces en el jardín ornamental.

Fueron a pasear al Holland Park casi todos los domingos de ese verano. Por aquel entonces él estaba completamente obsesionado con el extraño enfoque de Jung del misticismo cristiano.

Ella, que despreciaba a Jung, empezó pronto a denigrar todas sus ideas.

Aunque nunca llegó a convencerle, pronto consiguió confundirle.

Tuvieron que pasar otros seis meses antes de que se acostaran juntos.

Despertó para ver a Juan de pie junto a él. El Bautista tenía una expresión de ansiosa preocupación en sus barbudos rasgos.

–¿Y bien, Emmanuel?

Karl se rascó su propia barba. Asintió con la cabeza.

–Muy bien, Juan. Te ayudaré porque me lo pides, porque eres amigo mío y me salvaste la vida. Pero, a cambio, ¿enviarás a algunos hombres a traer mi carro hasta aquí tan pronto como sea posible? Me gustaría ver si tiene arreglo.

–Lo haré.

–No debes poner mucha fe en mis poderes, Juan...

–Tengo una fe absoluta en ellos.

–Espero que no te sientas decepcionado.

–En absoluto. –Juan apoyó una mano en el brazo de Glogauer–. Mañana deberás bautizarme, para mostrar a todo el mundo que Adonay está con nosotros.

Todavía estaba preocupado por la fe del Bautista en sus poderes, pero no había nada más que pudiera decir. Si otros compartían la fe del Bautista, entonces era posible que pudiera

hacer algo.

Glogauer sintió la exaltación de la noche antes, y la amplia sonrisa apareció de nuevo, incontrolable, a sus labios.

El Bautista empezó a reír, inseguro al principio, luego más espontáneo.

Glogauer también empezó a reír, incapaz de detenerse, haciendo una pausa de tanto en tanto para jadear en busca de aliento.

Era una absoluta incongruencia que fuera él quien, con Juan el Bautista, preparara el camino para Cristo.

Cristo, sin embargo, todavía no había nacido.

Quizá Glogauer estaba empezando a comprender esto, un año antes de la crucifixión.

> *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y nosotros vimos su gloria, la gloria del unigénito venido del Padre lleno de gracia y de verdad. Juan daba testimonio de él y gritaba: Éste es del que yo dije: El que viene detrás de mí ha sido antepuesto a mí, porque era primero que yo.*
>
> (Juan 1:14-15)

Hacía un calor incómodo.

Estaban sentados a la sombra de la cafetería, contemplando un distante partido de criquet.

Cerca de ellos, dos chicas y un muchacho sentados en el césped bebían naranjada en vasos de plástico. Una de las chicas tenía una guitarra cruzada sobre el regazo, y dejó el vaso a un lado y empezó a tocar, cantando una canción folclórica con voz suave y aguda.

Karl intentó escuchar las palabras. En la universidad había desarrollado un interés hacia la música folclórica tradicional.

–El cristianismo está muerto. –Mónica dio un sorbo a su té–. La religión está agonizando. Dios fue asesinado en 1945.

–Todavía puede haber una resurrección –dijo él.

–Esperemos que no. La religión fue la creación del miedo. El conocimiento destruye el miedo. Sin miedo, la religión no puede sobrevivir.

–¿Crees que no hay miedo en estos días?

–No del mismo tipo, Karl.

–¿Has considerado alguna vez la *idea* de Cristo? –preguntó él, cambiando de táctica–. ¿Lo que eso significa para los cristianos?

–La idea del tractor significa tanto o más para los marxistas –respondió ella.

–Pero, ¿qué llegó primero? ¿La idea o la realidad de Cristo?

Ella se encogió de hombros.

–La realidad, supongo. Jesús fue un alborotador judío que organizó una revuelta contra los romanos. Fue crucificado, para desgracia suya. Eso es todo lo que sabemos y todo lo que necesitamos saber.

–Una gran religión no puede haber empezado de una forma tan simple.

–Cuando la gente necesita una, sacan una gran religión de los inicios más increíbles.

–Eso es lo que yo digo, Mónica. –Gesticuló intensamente, y ella se echó un poco hacia atrás–. La *idea* precedió a la *realidad* de Cristo.

–Oh, Karl, no sigas. La realidad de *Jesús* precede a la idea de *Cristo.*

Una pareja pasó caminando junto a ellos, y les miraron con curiosidad mientras discutían.

Mónica se dio cuenta y guardó silencio.

–¿Por qué estás tan ansiosa de echar abajo la religión, de burlarte de Jung? –preguntó Karl.

Ella se puso en pie y él se levantó también, pero ella agitó la cabeza.

–Me voy a casa, Karl. Tú quédate aquí. Te veré dentro de unos días.

La observó alejarse por el amplio sendero hacia las puertas del parque. Quizás él gozaba de su compañía, pensó, porque ella estaba preparada para discutir tan intensamente como él..., o casi, al menos.

Vampiros.

Vaya pareja que formamos.

Al día siguiente, cuando llegó a casa del trabajo, encontró una carta.

Ella debió de escribirla después de dejarle y enviarla por correo el mismo día. La abrió y empezó a leer.

Querido Karl,

La conversación no parece hacer mucho efecto en ti, ¿sabes? Es como si escucharas el tono de la voz, el ritmo de las palabras, sin escuchar nunca lo que se está intentando comunicar.

Eres un poco como un animal sensible, supongo, que no puede comprender lo que se le dice, pero sí puede decir si la persona que le habla está complacida o furiosa y cosas así. Por eso te escribo..., para intentar hacerte llegar mi idea. Respondes demasiado emocionalmente cuando estamos juntos.

Karl sonrió ante aquello. Una de las razones por las que gozaba tanto en su compañía era porque podía contar con que la mayor parte de las veces sus respuestas a ella fueran apasionadas.

Cometiste el error de considerar el cristianismo como algo que se había desarrollado en el transcurso de unos pocos años, desde la muerte de Jesús hasta la época en que fueron escritos los Evangelios. Pero el cristianismo no era nuevo. Sólo el nombre era nuevo. El cristianismo era simplemente un estadio en el encuentro, una fertilización cruzada, una metamorfosis de la lógica occidental y el misticismo oriental. Observa cómo la propia religión ha ido cambiando a lo largo de los siglos, reinterpretándose a si misma para enfrentarse al cambio de los tiempos. Cristianismo es tan sólo un nuevo nombre para un conglomerado de viejos mitos y filosofías. Todo lo que hacen los Evangelios es recontar el mito del sol y alterar algunas de las ideas de los griegos y los romanos.

¡Incluso en el siglo II, los eruditos judíos los mostraban como el revoltijo que eran!

Señalaron las intensas similitudes entre los diversos mitos del sol y el mito de Cristo. Los milagros no ocurrieron..., fueron inventados más tarde, tomados prestados de aquí y de allá.

¿Recuerdas esos viejos pedantes victorianos que acostumbraban discutir que Platón era en realidad un cristiano porque había anticipado el pensamiento

cristiano?

¡El pensamiento cristiano!

El cristianismo fue un vehículo para una serie de ideas ya en circulación siglos antes de Cristo. ¿Fue Marco Aurelio un cristiano? Escribía según la tradición directa de la filosofía occidental. ¡Es por eso por lo que el cristianismo prendió en Europa y no en Oriente!

Deberías ser un teólogo con tus prejuicios..., no intentar ser un psicólogo. Lo mismo puede decirse de tu amigo Jung.

Intenta limpiar tu cabeza de todas estas morbosas tonterías y convertirás tu vida en algo mucho mejor de lo que es.

Tuya,
Mónica.

Estrujó la carta y la tiró. Después, aquella misma tarde, estuvo tentado de volver a leerla, pero resistió la tentación.

La máquina del tiempo parecía poco familiar. Quizá debido a que se había llegado a acostumbrar tanto a la vida de los esenios, la cuarteada esfera le pareció tan extraña como debía de parecérselo a todos los demás.

Movió la palanca que normalmente hubiera accionado la esclusa de entrada desde el exterior, pero no ocurrió nada.

Se arrastró a través de la abertura. Todo el fluido había desaparecido, como ya sabía, y, sin eso para protegerle, cualquier viaje a través del tiempo probablemente lo mataría.

Juan el Bautista miró dentro, como si temiera que Glogauer intentara escapar en su carro.

Glogauer le sonrió.

–No temas, Juan.

Todo estaba muerto. Los motores no respondían y, aunque los sacara de sus alojamientos, sus conocimientos de ingeniería no eran suficientes para repararlos. Ninguno de los instrumentos funcionaba. La máquina del tiempo estaba muerta.

A menos que Headington construyera otra máquina y se la enviara, estaba definitivamente varado en aquel período.

La comprensión de esto le llegó como un shock.

Probablemente nunca volvería a ver el siglo XX, no podría informar de nada de lo que había sido testigo allí.

Las lágrimas afluyeron a sus ojos y salió tambaleante de la máquina, empujando a Juan a un lado.

–¿Qué ocurre, Emmanuel?

–¿Qué estoy haciendo yo aquí? ¿Qué hago aquí? –exclamó en inglés, y las palabras brotaron densas. También ellas parecían poco familiares. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Empezó a preguntarse si todo aquello no sería una ilusión, algún tipo de extenso y prolijo sueño. En ese momento la idea de una máquina del tiempo le parecía totalmente ridícula. Era una imposibilidad.

–Oh, Dios –gruño–, ¿qué está pasando?

De nuevo le abrumó la sensación de estar completamente abandonado.

8

¿Dónde estoy? ¿Quién soy?
¿Qué soy?
¿Dónde estoy?

–Tiempo e identidad –acostumbraba decir entusiásticamente Headington–, los dos grandes misterios. Angulos, curvas, perspectivas blandas y duras. ¿Qué vemos? ¿Qué somos para ver de una forma en particular? ¿Qué podríamos ser o haber sido? Todos los giros y revueltas del tiempo. Odio esas ideas que insisten en tratar el tiempo como una dimensión del espacio, describiéndolo con metáforas espaciales. No es sorprendente que no lleguen a ninguna parte. El tiempo no tiene nada que ver con el espacio..., tiene que ver con la psique. ¡Ah! Nadie comprende. ¡Ni siquiera vosotros!

Los demás miembros del grupo lo consideraban un poco loco.

–Yo soy el único –había dicho él, con voz suave y ansiosa– que comprende realmente la naturaleza del tiempo...

–Y, hablando de eso –había interpuesto firmemente la señora Rita Blen–, creo que es el tiempo de tomar una taza de té, ¿no creen?

Los otros miembros habían asentido entusiásticamente.

La señora Rita Blen había sido ligeramente poco sutil. Dolido, Headington se había levantado e ido.

–Oh, bueno –había dicho ella–. Oh, bueno...

Pero los demás se habían mostrado irritados con ella. Después de todo, Headington era muy conocido, y le daba al grupo un cierto prestigio.

–Espero que vuelva –había murmurado Glogauer.

Había sufrido migrañas desde la adolescencia. Se sentía terriblemente mareado, vomitaba, se veía sumergido por completo en el dolor.

A menudo, durante los ataques, empezaba a asumir una identidad..., un personaje de un libro que estaba leyendo, algún político que aparecía a menudo en las noticias, alguien histórico si había leído recientemente una biografía.

Lo que los marcaba a todos ellos eran sus ansiedades. Heyst, en *Victoria,* había estado obsesionado con los tres hombres que acudían a la isla, se preguntaba cómo detenerlos, cómo matarlos si era posible (como Heyst, se había convertido en un personaje algo menos sutil que el de Conrad). Tras leer una historia de la revolución rusa, estuvo convencido de que su nombre era Zinoniev, ministro a cargo de Transportes y Telégrafos, con la responsabilidad de emerger del caos en 1918, sabiendo también que tenía que ser cauteloso o de lo contrario sería purgado dentro de pocos años.

Se tendía en una habitación a oscuras, con la cabeza llena de nauseante dolor, incapaz de dormir de manera adecuada porque no podía hallar ninguna solución a los problemas completamente hipotéticos que le obsesionaban. Perdía del todo el rastro de su propia identidad y circunstancias a menos que acudiera alguien a recordarle quién era y dónde estaba.

Mónica se había mostrado divertida cuando se lo había contado.

–Un día –dijo– despertarás y preguntarás quién eres..., ¡y yo no te lo diré!

–¡Vaya espléndida asistenta social psiquiátrica que eres! –rió él.

Ninguno de los dos se preocupaban acerca de aquellas suaves alucinaciones. En su vida cotidiana él no se veía afectado por ninguna tendencia esquizoide anormal, excepto que su rol cambiaba a veces un poco para adaptarse a sus compañías; se descubría a sí mismo imitando

inconscientemente matices del habla de otras personas, pero comprendía que todo el mundo, en cierto grado, hacía lo mismo. Era parte de la vida.

A veces se interrogaba al respecto, se preguntaba acerca de las acreciones de las personalidades de otras personas sobre la suya.

Borracho en algún pub, se levantaba bruscamente de la mesa y agitaba los brazos, saltando arriba y abajo y sonriéndole a Mónica.

–Mírame –le decía–. Mira..., la isla de coral original...

Ella le fruncía malhumoradamente el ceño.

–¿Qué te ocurre ahora? Vas a conseguir que nos echen.

–Sólo estoy yo encima del mar, soy Barnacle Bill el marinero –cantaba él.

–No resistes el licor, Karl; ése es tu problema...

–Resisto demasiado..., ése es mi problema.

–¡Oye!, ¿a qué crees que estás jugando? –decía un hombre en la barra, cuyo codo acababa de golpear Karl.

–Me gustaría saberlo, amigo. Me gustaría saberlo.

–Vámonos, Karl –decía ella, de pie, tirando de su brazo.

–La vida de cualquier hombre me disminuye –decía él, mientras ella lo arrastraba hacia la puerta.

Pubs y dormitorios; dormitorios y pubs. Parecía pasar la mayor parte de su vida en una semioscuridad. Incluso la librería era sombría.

Habían salido algunos días, por supuesto –días soleados y brillantes días de invierno–, pero todos sus recuerdos de Mónica se recortaban sobre fondos oscuros de uno u otro tipo. Avanzando por entre la fangosa nieve en el parque debajo de aquel cielo particularmente inglés, aquel pesado y plomizo cielo.

Fuera cual fuese la hora, siempre habían parecido existir juntos en el crepúsculo, tras aquellos primeros encuentros estivales antes de que durmieran juntos.

Él había dicho en una ocasión:

–Tengo una mente crepuscular.

–Si te refieres a una mente lóbrega, estoy de acuerdo contigo –había respondido ella.

Él había ignorado su observación.

–Es mi madre, creo. Nunca tuvo un asidero muy firme en la realidad...

–No hay nada demasiado malo en ti si te enfrentaras a las cosas..., un narcisismo un poco exagerado es todo lo que tienes.

–Algunos acostumbraban decir que sentía demasiado odio hacia mí mismo...

–Sólo te sientes demasiado a ti mismo.

Sujetaba su circuncidado pene en su mano y lo contemplaba con un afecto sentimental.

–Tú eres el único amigo que he tenido. El único amigo que he tenido.

A menudo tomaba en sus pensamientos la identidad de un personaje creado por él mismo. Un amigo alegre, el dador de placer. Un poco inconsciente, sin embargo, siempre metiéndole en problemas.

Las suaves cruces de plata se extienden contra la superficie del resplandeciente mar.

¡Plonc!

Cruces de madera caen del cielo.

¡Plonc!

Rompen la superficie, hacen pedazos los crucifijos de plata.

–¿Por qué destruyo todo lo que amo?
–¡Oh, Dios! ¡No me salgas con estos lloriqueos de quinceañero, Karl, por favor!

Plonc.

Me abrí camino a través de todos los desiertos de Arabia, esclavo del sol, buscando a mi Dios.

–Tiempo e identidad..., los dos grandes misterios...

¿Dónde estoy?
¿Quién soy?
¿Qué soy?
¿Dónde estoy?

9

Cinco años en el pasado.
Cerca de dos mil en el futuro.
Tendido en la caliente y sudorosa cama con Mónica.
Una vez más, otro intento de hacer normalmente el amor que se había transformado poco a poco en la realización de una serie de aberraciones menores que parecían satisfacerla mejor que cualquier otra cosa.
El auténtico galanteo y realización aún tenían que llegar. Como siempre, sería verbal. Como siempre, alcanzaría su clímax en la furia argumentativa.
–Supongo que vas a decirme de nuevo que no estás satisfecho. –Aceptó el cigarrillo encendido que él le tendió en la oscuridad.
–Estoy bien –dijo Karl.
Hubo un silencio mientras fumaban.
Finalmente, y pese a saber cuál sería el resultado si lo hacía, se dio cuenta de que estaba hablando.
–Es irónico, ¿no crees? –empezó.
Aguardó su respuesta. Ella se tomó su tiempo.
–¿El qué? –dijo finalmente.
–Todo esto. Tú te pasas todo el día intentando ayudar a los neuróticos con sus problemas sexuales. Luego pasas tus noches haciendo lo que ellos hacen.
–No en la misma extensión. Ya sabes que todo es un asunto de grado.
–Eso es lo que tú dices.
Él giró la cabeza y contempló su rostro a la luz de las estrellas que penetraba por la ventana.
Era una pelirroja de rasgos enjutos, con la voz calmada y seductora de los asistentes

sociales psiquiátricos. Era una voz que siempre sonaba suave, razonable, insincera. Sólo en algunas ocasiones, cuando se sentía particularmente agitada, empezaba a asomar en su voz su carácter real.

Sus rasgos, pensó él, nunca parecían estar en reposo, ni siquiera cuando dormía. Sus ojos se mostraban siempre cautelosos, sus movimientos raras veces espontáneos. Cada centímetro de ella estaba protegido, y éste era probablemente el motivo de que hallara tan poco placer en hacer el amor del modo normal.

Karl suspiró.

–Simplemente no puedes relajarte, ¿verdad?

–Oh, cállate, Karl. Échate una mirada a ti mismo si buscas un buen lío neurótico.

Utilizaban libremente la terminología psiquiátrica. Ambos se sentían mejor si podían aplicarle un nombre a algo.

Él se apartó de ella y tanteó en busca del cenicero en la mesilla de noche; captó un atisbo de sí mismo en el espejo del tocador.

Era un superficial, intenso y taciturno clérigo judío, con la cabeza llena de imágenes y obsesiones sin resolver, un cuerpo lleno de conflictivas emociones. Siempre perdía en esas discusiones con Mónica. Verbalmente al menos, ella era la dominante.

Este tipo de intercambio le parecía a menudo más perverso que su hábito sexual, donde al menos, por lo general, su papel era masculino. A esas alturas había decidido que él era esencialmente pasivo, masoquista e indeciso. Incluso su furia, que aparecía con frecuencia, era en esos días impotente.

Mónica tenía diez años más que él, estaba diez años más amargada. Como individuo, creía Karl, ella poseía más dinamismo que él. Sin embargo, había tenido muchos y grandes fracasos en su trabajo. Aunque seguía intentándolo, volviéndose cada vez más cínica en la superficie pero, quizás, esperando algún nuevo y espectacular éxito con sus pacientes.

Intentaban hacer demasiado, ése era el problema, pensó él. Los sacerdotes en el confesionario proporcionaban una panacea; los psiquiatras intentaban curar, y la mayor parte de las veces fracasaban. Pero al menos lo intentaban, pensaba él, y luego se preguntaba si aquello era, después de todo, una virtud.

–Me he mirado a mí mismo –dijo.

¿Se había dormido ella?

Se volvió.

Sus cautelosos ojos seguían abiertos, mirando a través de la ventana.

–Me he mirado a mí mismo –repitió–. Del mismo modo que lo hizo Jung. «¿Cómo puedo ayudar a esas personas si yo mismo soy un fugitivo y quizá sufro también del *morbus sacer* de una neurosis?» Eso es lo que Jung se preguntaba a sí mismo...

–Ese viejo sensacionalista. Ese viejo racionalizador de su propio misticismo. No me sorprende que nunca llegaras a ser psiquiatra.

–No hubiera servido para nada. No tenía nada que ver con Jung...

–No me culpes por ello...

–Deseaba ayudar a la gente. Pero no podía hallar la forma. Tú misma me has dicho que sientes lo mismo..., crees que es inútil.

–Tras una dura semana de trabajo quizás haya dicho eso. Dame otro cigarrillo.

Abrió el paquete de la mesilla de noche y se llevó dos cigarrillos a la boca, los encendió y le tendió uno a ella.

Casi inconscientemente, observó que la tensión se iba incrementando.

La discusión, como siempre, era inútil. Pero lo importante no era la discusión: era simplemente la expresión de la relación esencial. Se preguntó si eso tenía alguna importancia de todos modos.

–No estás diciendo la verdad. –Sabía que ya no había forma de pararlo, ahora que el

ritual había tomado su impulso.

–Estoy diciendo la verdad práctica. No poseo la compulsión necesaria para abandonar mi trabajo. Para abandonar. No deseo convertirme en un fracaso...

–¿Fracaso? ¡Eres más melodramática que yo!

–Tú eres demasiado ansioso, Karl. Querrías salir un poco de ti mismo.

Él rió burlonamente.

–Si yo fuera tú, abandonaría mi trabajo, Mónica. No estás más adaptada a él de lo que lo estaba yo.

Ella se encogió de hombros y tiró de las sábanas.

–Eres un mezquino cabrón.

–No me siento celoso de ti, si es eso lo que piensas. Nunca comprenderás lo que estoy buscando.

La risa de ella era quebradiza.

–El hombre moderno en busca de un alma, ¿eh? El hombre moderno en busca de una muleta, diría yo. Y puedes tomar eso de la manera que más te plazca.

–Estamos destruyendo los mitos que hacen que el mundo gire.

–Y ahora di: «¿Y qué estamos poniendo en su lugar?» Eres rancio y estúpido, Karl. Nunca has contemplado nada racionalmente..., ni siquiera a ti mismo.

–¿Y qué hay con ello? Tú misma dices que el mito no es importante.

–La realidad que crea es lo importante.

–Jung sabía que el mito también puede crear la realidad.

–Lo cual demuestra el viejo estúpido confundido que era.

Karl estiró las piernas. Al hacerlo, tocó las de ella, y ella las retiró. Él se rascó la cabeza. Ella siguió tumbada allí, fumando, pero en ese momento estaba sonriendo.

–Vamos –dijo–. Hablemos un poco de Cristo.

Él no dijo nada.

Ella le tendió la colilla de su cigarrillo y él la aplastó en el cenicero. Miró su reloj.

Eran las dos de la madrugada.

–¿Por qué hacemos esto? –preguntó.

–Porque debemos.

Colocó su mano en la nuca de Karl y tiró de él hacia sus pechos.

–¿Qué otra cosa podemos hacer?

Él se echó a llorar.

Generosa en su victoria, ella acarició su cabeza y le murmuró.

Diez minutos más tarde, él le hizo el amor salvajemente.

Luego, unos minutos después, él estaba llorando de nuevo.

Traición.

Se traicionó a sí mismo, y así resultó traicionado.

–Deseo ayudar a la gente.

–Mejor que primero encuentres a alguien que te ayude a ti.

–Oh, Mónica, Mónica.

> *Nosotros los protestantes debemos enfrentarnos más pronto o más tarde a esta cuestión: ¿Debemos comprender la «imitación de Cristo» en el sentido de que debemos copiar su vida y, si se me permite usar la expresión, remedar sus*

estigmas, o en el sentido más profundo de que tenemos que vivir nuestras propias vidas tan realmente como él vivió la suya, con todas sus implicaciones? No es asunto fácil vivir una vida que esté modelada en la de Cristo, pero es inexpresablemente más difícil vivir la propia vida de uno tan realmente como Cristo vivió la suya. Cualquiera que hiciera esto sería [...] juzgado injustamente, escarnecido, torturado y crucificado [...] Una neurosis es una disociación de la personalidad.

(Jung, *El hombre moderno en busca de un alma)*

Solo...
Estoy solo...

–Así que está muerto, ¿eh? Nunca me envió un penique mientras estaba vivo. Nunca vino a verte. Ahora te deja un negocio.

–Mamá..., es una librería. Probablemente no vaya muy bien.

–¡Una librería! Supongo que eso es típico de él. ¡Una librería!

–La venderé si quieres, mamá..., te daré el dinero.

–Muchas gracias –dijo ella, con ironía–. No, consérvala. Quizá ahora dejes de pedirme prestado.

–Es curioso que no escribieran antes –murmuró él.

–Podrían habernos invitado al funeral.

–¿Hubieras ido?

–Era mi esposo, ¿no? Tu padre.

–Supongo que les costó un poco averiguar dónde vivíamos.

–¿Cuántos Glogauer hay en Londres?

–Cierto. Ahora que pienso en ello..., es extraño que tú tampoco oyeras hablar nunca de él.

–¿Por qué debería? No estaba en la guía telefónica. ¿Cómo se llamaba la tienda?

–Librería Mandala. Está en la calle Great Russell.

–Mandala. ¿Qué clase de nombre es ése?

–Vende libros sobre misticismo y cosas así.

–Bueno, ciertamente has salido a él, ¿no? Siempre dije que habías salido a él.

Se abrió camino entre los libros de su padre. La parte frontal de la tienda estaba relativamente ordenada, con los libros dispuestos en los estantes que atestaban el reducido espacio. La parte de atrás, sin embargo, estaba llena con vacilantes pilas de libros que llegaban hasta el techo, rodeando el desordenado escritorio.

En el sótano había más libros aún, apilados unos sobre otros, con estrechos pasillos sinuosos que formaban como un laberinto entre ellos.

Desesperó de poder ordenar alguna vez el lugar.

Finalmente se limitó a dejar los libros tal como estaban, hizo unas pocas alteraciones en la parte principal de la tienda, trasladó algunos de sus propios muebles a la parte superior, y se consideró aposentado. ¿De qué servía cambiar nada?

Encontró algunos poemas editados privadamente bajo el nombre de John Fry. La extraña muchacha que trabajaba en la tienda le dijo que eran de su padre. Leyó algunos. No eran muy buenos, más bien extravagantes en su simbolismo e imaginación, pero revelaban una

personalidad tan parecida a la suya que no pudo seguir leyéndolos mucho tiempo.

–Era un viejo curioso –dijo el gordo cliente con el rostro enrojecido por la bebida que llegó a comprar libros acerca de ritos de magia negra–. Un poco excéntrico a su manera, creo. Un viejo perverso lo llamaría yo. Siempre gritándole a la gente. ¡Las discusiones que podías oír que salían de la parte de atrás de la tienda! ¿Lo conoció usted?

–No muy bien –dijo Glogauer–. ¡Váyase a la mierda!, ¿quiere?

Fue la primera cosa valiente que recordaba haber hecho. Sonrió mientras el hombre se marchaba echando espuma por la boca.

Sus primeros meses como propietario de la tienda le dieron una sensación de estatura. Pero cuando empezaron a llegar las facturas y tuvo que tratar con los clientes difíciles, la sensación se fue desvaneciendo gradualmente.

Despertó en la cueva y dijo en voz alta:

–No tengo nada que hacer en este lugar. Mi existencia aquí es una imposibilidad. No existe el viaje por el tiempo.

No consiguió convencerse a sí mismo. Su sueño había sido turbado, lleno de pesadillas y recuerdos. Ni siquiera podía estar seguro de que los recuerdos fueran exactos. ¿Había existido realmente en alguna otra parte, en otro tiempo?

Se levantó, se enrolló el taparrabo a la cintura y se dirigió a la entrada de la cueva.

El cielo matutino era gris y el sol aún no había salido. La tierra estaba fría bajo sus pies desnudos cuando caminó hacia el río.

Llegó a él, se inclinó para lavarse la cara y contempló su reflejo en la oscura agua. Su pelo era largo, negro y enmarañado, su barba cubría toda la parte inferior de su rostro, sus ojos parecían un poco locos. No había nada en él que lo distinguiera de cualquier otro de los esenios, excepto sus pensamientos. Y los pensamientos de muchos de los esenios eran también bastante extraños. ¿Acaso eran más locos que su creencia de que era un visitante de un siglo futuro?

Se estremeció mientras se echaba agua fría contra el rostro.

Estaba la máquina del tiempo. El día anterior la había visto. Eso era una prueba.

Sin embargo, este tipo de especulación era una tontería, pensó mientras se enderezaba. No llevaba a ninguna parte. Era egoísta.

Por otra parte, ¿qué decir de la creencia de Juan de que él era un gran mago? ¿Era correcto seguirle la corriente, dejar que creyera que poseía los poderes de un vidente? ¿Y era correcto que Juan lo utilizara a él para restablecer la tambaleante fe de aquellos que aguardaban la revolución?

No importaba. Estaba aquí, eso le estaba ocurriendo a él, no había nada que pudiera hacer al respecto. Tenía que seguir con vida, si era posible, a fin de que al cabo de un año pudiera ser testigo de la crucifixión, si ésta, de hecho, había tenido lugar.

¿Por qué lo obsesionaba de aquel modo la crucifixión en particular? ¿Por qué eso tenía que ser la prueba de la divinidad de Cristo? No lo sería, por supuesto, pero le permitiría captar lo que había ocurrido en realidad, lo que la gente había sentido realmente.

¿Era Cristo como Juan el Bautista? ¿O era un político más sutil, que trabajaba principalmente en las ciudades, haciendo amigos en el *establishment?* Y trabajando en secreto..., porque Juan no había oído hablar de él, y Juan, más que nadie, debería conocerle, porque se suponía que era primo de Jesús.

Quizá, pensó Glogauer, se estaba mezclando con la compañía equivocada.

Sonrió y se volvió hacia el poblado. De pronto se sintió tenso. Algo dramático iba a ocurrir ese día, algo que iba a decidir su futuro por él. Por alguna razón, sin embargo, se rebeló contra la idea de bautizar al Bautista. Era un error. No tenía derecho a posar como un

gran profeta.

Se frotó la cabeza. Sentía un ligero dolor allí. Esperó que desapareciera antes de ver a Juan.

Nuestro nacimiento no es más que un sueño y un olvido...

(Wordsworth)

La cueva era cálida, y densa con sus recuerdos y pensamientos. Entró en ella con un cierto alivio.

Más tarde, la abandonaría por última vez.

Entonces no habría escapatoria.

–Todos nosotros elegimos nuestros roles arquetípicos muy pronto en la vida –le dijo al grupo–. Y no os dejéis engañar por el gran término «arquetípico», porque se aplica tanto al empleado de banca que vive en Shepperton como a las grandes figuras de la historia..., «arquetípico» no significa realmente «heroico». La vida interior de ese empleado de banca es tan rica como la vuestra o la mía, el rol que él ve como algo realizador es tan importante para él como el de cualquier otro. Aunque su traje suburbano pueda engañaros..., y engañar a aquellos que viven y trabajan con él, él...

–Tonterías, tonterías –dijo Sandra Peterson, agitando sus pesados brazos–. No son malditos arquetipos..., son estereotipos...

–No existe tal cosa –insistió Glogauer–. Es inhumano juzgar a la gente de esta forma...

–No sé cómo lo llamarás tú, pero yo sé que esas personas son grises..., ¡las fuerzas de la mediocridad que intentan arrastrar a las otras hacia abajo!

Glogauer se sintió impresionado, estuvo a punto de echarse a llorar.

–De veras, Sandra, estoy intentando explicar...

–Estoy segura de que malinterpretas por completo a Jung –dijo la mujer firmemente.

–¡He estudiado todo lo que escribió!

–Creo que Sandra acaba de suscitar un punto interesante –dijo la señora Rita Blen–. Después de todo..., este tipo de cosas son las que venimos a discutir aquí, ¿no?

Podía funcionar.

Lo había calculado bien.

Los mecheros de gas estaban abiertos cuando Mónica entró en el piso encima de la librería. El olor a gas llenaba toda la habitación. Él estaba tendido cerca de las espitas.

Ella abrió una ventana, luego cruzó hacia donde estaba él.

–Por Dios, Karl, lo que eres capaz de hacer con tal de llamar la atención.

Él empezó a reír.

–Jesús. ¿Tan transparente soy?

–Ya estoy harta –dijo ella.

No le llamó durante cerca de una quincena. Él sabía que al final lo haría. Después de todo, se estaba haciendo mayor, y no era tan atractiva. Sólo le tenía a él.

–Te quiero, Mónica –le dijo mientras se arrastraba dentro de la cama a su lado.

Ella tenía su orgullo. No respondió.

Juan estaba de pie fuera de la cueva entonces. Le estaba llamando.

–Ya es el momento, mago.

Reluctante, Glogauer abandonó la cueva. Miró suplicante al Bautista.

–Juan..., ¿estás seguro?

El Bautista se volvió y echó a andar hacia el río.

–Ven. Están esperando.

–Mi vida es un lío, Mónica.

–¿Acaso no lo es la de todo el mundo, Karl?

SEGUNDA PARTE

10

Y tuyo es el Rostro Humano, y tuyos
son las Manos y los Pies y el Aliento Humano,
entrando a través de las Puertas del Nacimiento
y saliendo a través de las Puertas de la Muerte.
(William Blake, *Jerusalén: a los judíos)*

Juan estaba hundido hasta la cintura en las perezosas aguas del río. Todos los esenios habían acudido a presenciar el bautismo. Permanecían de pie en las orillas, sin emitir ningún sonido.

Manteniendo el equilibrio en el arenoso terreno entre la parte superior de la orilla y el agua, Glogauer le miró y habló con su curioso y fuertemente acentuado arameo.

–Juan, no puedo. No me corresponde a mí hacer eso.

El Bautista frunció el ceño.

–Tienes que hacerlo.

Glogauer empezó a jadear, y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras lanzaba a Juan una agónica súplica.

Pero el Bautista no mostró ninguna compasión.

–Tienes que hacerlo. Es tu deber.

Glogauer sintió que le daba vueltas la cabeza, y bajó hasta el río y se situó al lado del Bautista. Temblaba.

Permaneció temblando en el agua, incapaz de moverse.

Su pie resbaló sobre las rocas del lecho del río, y Juan adelantó una mano y sujetó su brazo, sosteniéndole.

En el claro y duro cielo el sol estaba en su cenit, golpeando sin piedad su no protegida cabeza.

–¡Emmanuel! –exclamó Juan de pronto–. ¡El espíritu de Adonay está dentro de ti!

Glogauer se sobresaltó.

–¿Qué...? –dijo en inglés. Parpadeó rápidamente.

–¡El espíritu de Adonay está dentro de ti, Emmanuel!

Glogauer seguía hallando difícil hablar. Agitó ligeramente la cabeza. El dolor de cabeza no había desaparecido, y en ese momento estaba creciendo. Apenas podía ver. Supo que sufría su primer ataque de migraña desde que había llegado allí.

Sintió deseos de vomitar.

La voz de Juan sonaba distorsionada, distante.

Se tambaleó en el agua.

Mientras empezaba a caer hacia el Bautista, toda la escena a su alrededor se volvió indistinta.

Notó que Juan lo sujetaba, y se oyó decir desesperadamente:

–Juan..., ¡eres tú quien debe bautizarme *a mí*!

–Y entonces hubo agua en su boca y garganta, y empezó a toser.

No había sentido aquella especie de pánico desde la noche que se había acostado por primera vez con Mónica y creyó que era impotente.

La voz de Juan estaba gritando algo.

Fueran cuales fuesen las palabras, obtuvieron una respuesta de la gente en las orillas.

El rugir en sus oídos se incrementó, cambió de tono. Chapoteó en el agua, luego se sintió alzado sobre sus pies.

El dolor y el pánico seguían abrumándole. Empezó a vomitar en el agua, tambaleándose mientras las manos de Juan sujetaban dolorosamente sus brazos y lo conducían hacía la orilla.

Le había fallado a Juan.

–Lo siento –dijo–. Lo siento. Lo siento. Lo siento...

Le había hecho perder a Juan su oportunidad de victoria.

–Lo siento. Lo siento.

Una vez más, no había tenido las fuerzas necesarias para hacer lo correcto.

–Lo siento.

Un peculiar canturreo rítmico brotaba de las bocas de los esenios mientras oscilaban a uno y otro lado; ascendía cuando oscilaban a un lado, descendía cuando lo hacían al otro.

Cuando Juan lo soltó, Glogauer se tapó los oídos. Aún sentía arcadas, pero en ese momento su estómago estaba completamente vacío, y la sensación era peor que nunca.

Se apartó, tambaleante, casi incapaz de mantenerse en pie, y echó a correr, con las manos aún en sus oídos; corrió por el rocoso terreno, corrió mientras el sol pulsaba en el cielo y su calor resonaba en su cabeza; y siguió corriendo, alejándose.

> *Pero Juan se lo quería impedir, diciendo: Soy yo el que necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mi? Y Jesús le respondió: ¡Déjame ahora, pues conviene que se cumpla así toda justicia! Entonces le dejó hacer. Y, una vez bautizado, Jesús salió del agua, y he aquí que los cielos se abrieron, y vio al Espíritu de Dios descender en forma de paloma y caer sobre él. Y una voz dijo desde los cielos: Éste es mi hijo amado, en el que me complazco.*
>
> (Mateo, 3:14-17)

Tenía entonces quince años, y se las apañaba muy bien en la escuela secundaria.

Había leído en los periódicos acerca de las pandillas de Teddy Boys que merodeaban por la parte sur de Londres, pero los ocasionales jóvenes que había visto vestidos al estilo

pseudoeduardiano le habían parecido bastante inofensivos y estúpidos.

Había ido al cine a Brixton Hill, y decidió volver caminando a Streatham, porque había gastado la mayor parte del dinero del autobús en un helado.

Salieron del cine al mismo tiempo que él. Apenas se dio cuenta de su presencia mientras le seguían colina abajo.

Luego, de pronto, le habían rodeado.

Eran muchachos pálidos y de rostro vulgar, la mayoría de ellos uno o dos años mayores que él. Se dio cuenta de que conocía vagamente a dos. Estaban en la escuela municipal de la misma calle que su escuela secundaria. Utilizaban el mismo campo de fútbol.

–Hola –dijo débilmente.

–Hola, hijo –dijo el mayor de los Teddy Boys. Mascaba chicle, allí de pie con una rodilla ligeramente doblada, sonriéndole–. ¿Adónde vas?

–A casa.

–Hac'sssa –dijo el más grande del grupo, imitando su acento.

–¿Y qué piensas hacer cuando llegues allá?

–Irme a la cama.

Karl intentó cruzar el círculo, pero no le dejaron.

Lo empujaron hacia atrás, contra el portal de una tienda. Tras ellos, los coches zumbaban en la calzada. La calle estaba brillantemente iluminada, con las farolas y las luces de neón de las tiendas.

Pasaba gente, pero nadie se detuvo. Karl empezó a sentir pánico.

–¿No tienes deberes, hijo? –dijo el muchacho que estaba al lado del jefe. Era pelirrojo, lleno de pecas, y sus ojos tenían un duro color gris.

–¿Quieres pelear con alguno de nosotros? –preguntó otro de los muchachos. Era uno de los que Karl había reconocido.

–No. No quiero pelear. Dejadme ir.

–¿Estás asustado, hijo? –dijo el jefe, con una sonrisa. Ostentosamente, extrajo un hilo de chicle de su boca y luego volvió a metérselo. Empezó a masticar de nuevo, con la sonrisa aún en su rostro.

–No. ¿Por qué tendría que querer pelear con vosotros? Creo que nadie debería pelear.

–No tienes mucha elección, ¿sabes, hijo?

–Mirad, es tarde. Tengo que volver a casa.

–Tienes tiempo para unos cuantos rounds...

–Ya os lo he dicho. No quiero pelear con vosotros.

–Piensas que eres mejor que nosotros, ¿no es así, hijo?

–No. –Estaba empezando a temblar. Las lágrimas querían brotar de sus ojos–. Por supuesto que no.

–Por supuesto que no, hijo.

Intentó avanzar de nuevo, pero lo empujaron hacia atrás, hacia el portal.

–Tú eres el tipo ése con el nombre teutón, ¿verdad? –dijo el otro chico al que conocía–. Glú-agua o algo así.

–Glogauer. Dejadme ir.

–¿Se enfadará tu mamá si llegas tarde?

–Creo que es más bien un nombre judío que teutón.

–¿Eres judío, hijo?

–Pareces judío.

–¿Eres judío, hijo?

–¿Eres un chico hebreo, hijo?

–¿Eres judío, hijo?

–¡Callaos! –chilló Karl–. ¿Por qué os metéis conmigo?

Se lanzó contra ellos, intentando abrirse camino. Uno de ellos le lanzó un puñetazo al estómago. El dolor le hizo gruñir. Otro le empujó, y trastabilló.

La gente seguía apresurándose por la acera. Algunos miraban hacia el grupo al pasar.

Un hombre se detuvo, pero su mujer tiró de él.

–Sólo son unos chicos divirtiéndose un poco –dijo.

–Bajadle los pantalones –sugirió uno de los muchachos, riendo–. Comprobémoslo.

Karl empujó desesperadamente por entre ellos, y esta vez no opusieron resistencia.

Echó a correr colina abajo.

–Démosle un poco de ventaja –oyó decir a uno de los muchachos.

Siguió corriendo.

Empezaron a seguirle, riendo y burlándose.

No lo habían alcanzado cuando dobló la esquina hacía la avenida donde vivía. Quizá no tenían intención de alcanzarle. Se ruborizo.

Llegó a su casa y corrió por el oscuro pasadizo junto a ella. Abrió la puerta de atrás. Su madre estaba en la cocina.

–¿Qué te ocurre? –preguntó.

Era una mujer alta y delgada, nerviosa e histérica. Llevaba el oscuro pelo muy sucio.

Pasó junto a ella en dirección al comedor.

–¿Qué te ocurre, Karl? –gritó. Su voz era aflautada.

–Nada –respondió.

No deseaba una escena.

11

Hacía frío cuando despertó. El falso amanecer era gris, y no podía ver nada excepto desierto en todas direcciones. Podía recordar muy poco del día anterior, excepto que de alguna manera le había fallado a Juan y había corrido hasta muy lejos.

Estaba aturdido. Su cráneo parecía vacío. Todavía le dolía la nuca.

El rocío se había pegado a su taparrabo. Lo desenrolló y se mojó los labios con él, luego frotó la tela contra su rostro.

Como siempre después de un ataque de migraña, se sentía débil y completamente vacío, tanto mental como físicamente.

Contempló su desnudo cuerpo y se dio cuenta de lo delgado que estaba.

–Soy como una víctima de Belsen –pensó en voz alta.

Se preguntó por qué lo había invadido de aquel modo el pánico cuando Juan le había pedido que lo bautizara. ¿Era simple honestidad..., algo en él que se resistía en el último minuto a engañar a los esenios? Era difícil saberlo.

Volvió a enrollarse el arrugado taparrabo en torno de sus caderas y lo ató fuertemente justo encima de su muslo izquierdo. Supuso que lo mejor que podía hacer era volver al campamento y buscar a Juan y disculparse, preguntarle si podía remediar de algún modo lo que había hecho.

Luego, quizá, se iría.

La máquina del tiempo estaba todavía en el poblado esenio. Si podía hallar un buen herrero, o algún tipo de orfebre, quizá tuviera alguna posibilidad de repararla. Era una débil esperanza. Aunque pudiera ser remendada, el viaje de regreso sería peligroso.

Se preguntó si debía regresar inmediatamente, o intentar trasladarse a una época más cercana a la crucifixión. Era importante que experimentara el ambiente de Jerusalén durante la Fiesta de la Pascua judía, cuando se suponía que Jesús había entrado en la ciudad.

Mónica creía que Jesús había entrado violentamente en ella con una banda armada. Le había dicho que todas las pruebas apuntaban a ello.

Todas las pruebas de un tipo muy determinado apuntaban a ello, suponía, pero no podía aceptar esas pruebas. Tenía que haber algo más, estaba seguro.

Si tan sólo pudiera conocer a Jesús.

Al parecer, Juan no había oído hablar nunca de él, aunque había mencionado que existía una profecía que decía que el Mesías sería un nazareno.

Pero existían muchas profecías, y gran parte de ellas eran contradictorias.

Empezó a caminar en lo que suponía que era la dirección general del poblado esenio. No podía haber ido muy lejos.

Al mediodía hacía mucho más calor y el terreno era mucho más desértico. Mantenía los ojos entrecerrados para protegerlos del resplandor del sol, y el aire rielaba. La sensación de agotamiento con la que había despertado se había incrementado; su piel ardía, su boca estaba seca, y sus piernas apenas le sostenían. Estaba hambriento y sediento, y no tenía nada que comer o beber. No había el menor signo de la cadena de colinas donde los esenios tenían su poblado.

Estaba perdido, y apenas le importaba. Mentalmente se había convertido casi en una sola cosa con el desierto paisaje. Si perecía allí, la transición entre la vida y la muerte apenas sería sentida. Podría tenderse, y su cuerpo se mezclaría con el pardo suelo.

Mecánicamente, siguió avanzando por el desierto.

Más tarde, vio una colina a unos tres kilómetros al sur. La visión trajo de regreso a su mente algo de conciencia. Decidió encaminarse hacia allí. Desde aquel lugar probablemente podría ver mejor sus alrededores, incluso quizá divisar alguna aglomeración donde pudiera obtener comida y agua.

Se frotó la frente y los ojos, pero el contacto de su propia mano le resultaba doloroso. Empezó a caminar torpemente hacia la colina.

El arenoso suelo alzaba nubecillas de flotante polvo a su alrededor cuando sus pies lo alteraban. Los pocos y primitivos matojos que se aferraban al suelo arañaban sus tobillos, y las rocas que sobresalían del suelo le hacían tropezar.

Estaba arañado y sangrante cuando alcanzó la ladera de la colina.

Descansó unos momentos, mirando vagamente a su alrededor, al paisaje casi carente de rasgos, luego empezó a trepar la ladera.

El viaje hasta la cima (que estaba mucho más lejos de lo que había juzgado originalmente) fue difícil.

Resbalaba en las piedras sueltas de la ladera y caía de bruces, crispando sus arañadas manos y pies para frenarse e impedir resbalar hacia abajo, aferrándose a las matas de hierba y líquenes que crecían aquí y allá, sujetándose a los grandes salientes de roca cuando podía, descansando con frecuencia, su mente y su cuerpo ateridos por el dolor y la debilidad.

Olvidó por qué subía, pero siguió avanzando, como una forma de vida vagamente sensitiva, decidido a alcanzar la cima. Como un escarabajo, se arrastró montaña arriba.

Sudaba bajo el sol. El polvo se pegaba a la humedad de su casi desnudo cuerpo y formaba en él una costra de pies a cabeza. Su taparrabo estaba hecho jirones.

El yermo mundo rielaba a su alrededor, y el cielo se mezclaba de alguna forma con el suelo, rocas amarillas con nubes blancas. Nada parecía inmóvil.

Cayó, y su cuerpo se deslizó montaña abajo. Se había hecho una herida en la cadera, y su cabeza estaba llena de hematomas.

Tan pronto como dejó de resbalar empezó a subir de nuevo, arrastrándose lentamente por las ardientes piedras.

El tiempo se había convertido en algo sin sentido, sin identidad. Entonces, por primera vez, estaba en posición de apreciar las teorías de Headington, pero la conciencia había desaparecido también. Era una cosa que se movía montaña arriba.

Alcanzó la cima y dejó de arrastrarse.

Por un corto tiempo permaneció allá, parpadeando, y luego sus ojos se cerraron.

Oyó la voz de Mónica y alzó la cabeza. Por un momento creyó divisarla con el rabillo del ojo.

No seas melodramático, Karl...

Se lo había dicho tantas veces. Su propia voz respondió ahora:

He nacido fuera de mi tiempo, Mónica. Esta era de la razón no tiene lugar para mí. Finalmente me mataré.

La voz de ella respondió:

Culpabilidad y miedo y cobardía y tu propio masoquismo. Hubieras podido ser un brillante psiquiatra, pero te has hundido tan completamente en tus propias neurosis...

–¡Cállate!

Rodó sobre su espalda. El sol ardía en su roto cuerpo.

–¡Cállate!

Todo el síntoma cristiano, Karl. Pronto llegarás a ser un converso al catolicismo, no lo dudo en absoluto. ¿Dónde está tu fortaleza mental?

–¡Cállate! ¡Vete, Mónica!

El miedo modela tus pensamientos. No estás buscando un alma, ni siquiera un significado a la vida. Estás buscando consuelo.

–¡Déjame solo, Mónica!

Sus sucias manos cubrieron sus oídos. Su pelo y su barba estaban apelmazados con polvo. La sangre se había coagulado en las heridas que tenía por todas partes de su cuerpo. Encima, el sol parecía golpear al unísono con los latidos de su corazón.

Vas colina abajo, Karl, ¿no te das cuenta de eso? Colina abajo. Recomponte. No eres enteramente incapaz de pensar de una forma racional...

–¡Oh, Mónica! ¡Cállate!

Su voz era dura y quebradiza.

Unos cuantos cuervos trazaban círculos sobre su cabeza en ese momento. Los oyó llamarle en una voz no muy distinta a la suya propia.

Dios murió en 1945...

–Esto no es 1945..., es el año 28. ¡Dios está vivo!

¿Cómo puedes molestarte en hacerte preguntas acerca de una religión tan obviamente sincretista como el cristianismo..., el judaísmo rabínico, la ética estoica, los cultos al misterio griegos, el ritual oriental...

–¡No importa!

No para ti y en tu actual estado mental.

–¡Necesito a Dios!

A eso es a lo que se reduce todo, ¿no? Un ser humano inadecuado termina siempre como tú. De acuerdo, Karl, talla tus propias muletas. Sólo piensa en lo que podrías haber sido si hubieras llegado a un acuerdo contigo mismo...

Glogauer izó su maltrecho cuerpo hasta ponerse de pie en la cima de la colina y gritó.

Los cuervos se sobresaltaron. Se dispersaron en el cielo y se alejaron.

El cielo empezaba a oscurecerse.

Luego Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y, después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre.

(Mateo 4:1-2)

12

El loco entró tambaleante en la ciudad.

Su cabeza estaba vuelta hacia arriba para enfrentarse al sol; sus ojos giraban en sus órbitas; sus brazos colgaban fláccidos a sus lados y sus labios se movían sin pronunciar ninguna palabra.

Sus pies agitaban el polvo y lo hacían danzar a su alrededor y los perros ladraban en torno de él mientras caminaba. Los niños se reían de él, luego le arrojaban piedras, luego se alejaban.

El loco empezó a hablar.

Las palabras que oyeron de sus labios no eran en ningún lenguaje al que la gente de la ciudad estuviera familiarizada; sin embargo, eran pronunciadas con tal intensidad y convicción que el propio Dios podía estar muy bien utilizando a aquella esquelética criatura desnuda como su portavoz.

Se preguntaron de dónde había venido el loco.

En una ocasión, algunos legionarios romanos lo detuvieron y, con brusca amabilidad, le preguntaron si tenía familiares que pudieran hacerse cargo de él. Se dirigieron a él en un arameo corrompido, y se sorprendieron cuando él les respondió en un latín con extraño acento que era más puro que el que ellos mismos hablaban.

Le preguntaron si era un rabino o un erudito. Les respondió que ninguna de las dos cosas.

El oficial de los legionarios le ofreció un poco de carne seca y vino. Comió la carne y pidió agua. Se la dieron.

Los hombres formaban parte de una patrulla que pasaba por allí una vez al mes. Eran hombres recios, curtidos, de duros rostros afeitados. Iban vestidos con manchados faldellines de cuero y petos y sandalias, y llevaban cascos de hierro en sus cabezas y espadas cortas envainadas en sus caderas.

Ni siquiera mientras permanecían de pie rodeándole a la luz del sol del atardecer parecían relajados. El oficial, con una voz más suave que sus hombres, pero por lo demás muy parecido a ellos excepto que su peto era de metal y llevaba una larga capa y una pluma en su casco, le preguntó al loco cuál era su nombre.

Por un momento el loco hizo una pausa, abriendo y cerrando la boca, como si no pudiera recordar cómo se llamaba.

–Karl –dijo finalmente, con voz dudosa. Era más bien una sugerencia que una afirmación.

–Suena casi como un nombre romano –dijo uno de los legionarios.

–O griego, tal vez –dijo otro–. Hay un montón de griegos por aquí.

–¿Eres un ciudadano? –preguntó el oficial.

Pero la mente del loco estaba evidentemente divagando. Apartó la vista de ellos,

murmurando para sí mismo.

De pronto, les miró fijamente y dijo:

–Nazaret. ¿Dónde está Nazaret?

–Por aquí. –El oficial señaló hacia la carretera que avanzaba por entre las colinas.

El loco asintió como si aquello le satisficiera.

–Karl..., Karl..., Carlus..., no sé... –El oficial adelantó un brazo, cogió la barbilla del loco con la mano y miró fijamente a sus ojos–. ¿Eres judío?

Aquello pareció sobresaltar al loco.

Dio un salto e intentó abrirse camino por entre el círculo de soldados. Le dejaron pasar, riendo. Era un loco inofensivo.

Lo observaron alejarse corriendo por el camino.

–Uno de sus profetas, quizá –dijo el oficial, dirigiéndose hacia su caballo. El país estaba lleno de ellos. Uno de cada dos hombres que uno se encontraba afirmaba estar difundiendo el mensaje de su dios. No creaban problemas y, en realidad, la religión parecía mantener sus mentes lejos de la rebelión.

Deberían sentirse agradecidos, pensó el oficial.

Sus hombres aún estaban riendo.

Siguieron su camino, en dirección opuesta a la que había tomado el loco.

Más tarde, tropezó con un grupo de gente tan esquelética como él mismo. Realizaban un oscuro peregrinaje a una ciudad de la que nunca había oído hablar. Como los esenios, su secta exigía un regreso estricto a la ley mosaica, pero eran vagos en otros asuntos, excepto con referencia a alguna idea de que el rey David sería enviado a ellos por Dios para ayudarles a expulsar a los romanos y conquistar Egipto, un país que, de alguna forma, identificaban con Roma y con Babilonia.

Lo trataron como a un igual.

Viajó con ellos durante varios días. Luego, una noche, mientras permanecían acampados a un lado del camino, una docena de hombres a caballo, con armaduras y uniformes mucho más resplandecientes que los de los romanos, cargaron al galope contra ellos, derribaron los calderos y cabalgaron por encima de los fuegos.

–¡Soldados de Herodes! –exclamó uno de la secta.

Las mujeres gritaban y los hombres corrían a la noche. Pronto la mayoría de ellos habían desaparecido, y sólo quedaban dos mujeres y el loco.

El jefe de los soldados tenía un rostro muy moreno y agraciado y una barba densa y aceitada. Hizo poner al loco de rodillas tirando de sus cabellos y le escupió al rostro.

–¿Eres tú uno de esos rebeldes de los que venimos oyendo tanto últimamente?

El loco murmuró algo, pero negó con la cabeza.

El soldado lo abofeteó. Estaba tan débil que cayó instantáneamente al suelo.

El soldado se encogió de hombros.

–No es ninguna amenaza. No hay armas aquí. Nos hemos equivocado.

Miró calculadoramente por un momento a las mujeres, y luego se volvió a sus hombres, con las cejas alzadas.

–Si alguno de vosotros la tiene lo suficientemente dura..., son vuestras.

El loco permaneció tendido en el suelo y escuchó los gritos de las mujeres mientras eran violadas. Tuvo la sensación de que debería ponerse en pie y acudir en su ayuda, pero estaba demasiado débil para moverse, demasiado asustado por los soldados. No quería que lo mataran. Eso significaría que nunca podría alcanzar su meta.

Los soldados de Herodes acabaron por marcharse, y los miembros de la secta empezaron a volver arrastrándose.

–¿Cómo están las mujeres? –preguntó el loco.

–Están muertas –le dijo alguien.

Una voz empezó a cantar textos de las escrituras, versículos acerca de venganza y justicia y el castigo del Señor.

Abrumado, el loco se alejó arrastrándose en la oscuridad.

Abandonó la secta a la mañana siguiente, cuando descubrió que su camino no pasaba por Nazaret.

El loco cruzó muchas ciudades –Filadelfia, Gerasa, Pella y Escitópolis–, siguiendo los caminos romanos.

A cada viajero con el que se cruzaba y al que podía parar le hacía la misma pregunta, con su acento extranjero:

–¿Dónde está Nazaret?

En cada ciudad se aseguraba de que la abandonaba por el camino que conducía a Nazaret.

En algunas ciudades le daban comida. En otras le arrojaban piedras y le obligaban a huir. En otras le pedían su bendición y él hacía lo que podía, porque deseaba la comida que le darían, imponiéndoles las manos y hablando en su extraña lengua.

En Pella curó a una mujer ciega.

Cruzó el Jordán por el viaducto romano, y siguió en dirección norte hacia Nazaret.

Aunque no había ninguna dificultad en obtener indicaciones del camino hacia Nazaret, resultaba cada vez más difícil obligarse a sí mismo a dirigirse hacia la ciudad.

Había perdido una gran cantidad de sangre y comido muy poco durante el viaje. Su modo de viajar era caminar hasta que se derrumbaba, entonces permanecía tendido allí hasta que podía seguir o, como ocurría cada vez con más frecuencia, alguien lo encontraba y le daba un poco de vino ácido o pan para revivirlo.

Tras el incidente con los soldados de Herodes se mostró más cauto, y siempre viajaba solo, sin identificarse nunca con ninguna secta o grupo en particular con el que se encontrara.

A veces, la gente le preguntaba:

–¿Eres tú el profeta al que aguardamos?

Él agitaba la cabeza y decía:

–Encontrad a Jesús. Encontrad a Jesús.

La blanca ciudad consistía principalmente en casas de uno y dos pisos de piedra y ladrillos de arcilla, edificada en torno de una plaza del mercado frente a una antigua y sencilla sinagoga. Fuera de la sinagoga, una serie de hombres viejos, vestidos con ropajes negros y chales sobre sus cabezas, se sentaban y hablaban.

La ciudad era próspera y limpia, y medraba con el comercio romano. Sólo había uno o dos mendigos por las calles, y parecían bien alimentados. Las calles seguían las subidas y bajadas de la colina sobre la que estaba construida la ciudad. Eran calles sinuosas, umbrías y pacíficas: calles campesinas.

Por todas partes había en el aire el olor de madera recién cortada y los sonidos propios de la carpintería, porque la ciudad era famosa principalmente por sus hábiles carpinteros. Estaba situada en el límite de la llanura de Jezrel, cerca de la ruta comercial entre Damasco y Egipto, y los carros la abandonaban constantemente, cargados con el trabajo de los artesanos de la ciudad.

La ciudad se llamaba Nazaret.

El loco había encontrado Nazaret.

La gente de la ciudad lo miró con curiosidad y algo más que una cierta suspicacia cuando entró tambaleándose en la plaza del mercado. Podía ser un profeta errante, o podía estar poseído por los demonios. Podía ser un mendigo o algún miembro de una secta como los zelotes, que eran muy impopulares en aquellos días a causa del desastre que habían causado en Jerusalén cuarenta años antes La gente de Nazaret no quería ni rebeldes ni fanáticos. Estaban bien como estaban, más ricos de lo que nunca lo habían sido antes de que llegaran los romanos.

Cuando el loco pasaba junto a los grupos de gente de pie ante los tenderetes de los mercaderes, guardaban silencio hasta que había pasado. Las mujeres apretaban sus pesados chales de lana en torno de sus bien alimentados cuerpos, y los hombres tiraban de sus túnicas de algodón a fin de que no los tocara a su paso. Normalmente su instinto habría sido preguntarle qué hacía en la ciudad, pero había tal intensidad en su mirada, tal agitación y vitalidad en su rostro, pese a su flaca apariencia, que los hacía tratarlo con un cierto respeto y mantener las distancias.

Cuando alcanzó el centro de la plaza del mercado, el loco se detuvo y miró a su alrededor. Parecía lento en observar a la gente. Parpadeó y se lamió los labios.

Pasó una mujer, mirándole cautelosamente. Se dirigió a ella con voz suave, formando cuidadosamente las palabras.

–¿Es esto Nazaret?

–Lo es –asintió ella, y aceleró el paso.

Un hombre cruzaba la plaza. Iba vestido con una túnica de lana a franjas rojas y marrones. Llevaba un casquete rojo en la cabeza que cubría su rizado pelo negro. Su rostro era regordete y alegre.

El loco se cruzó en el camino del hombre y lo detuvo.

–Busco a un carpintero.

–Hay muchos carpinteros en Nazaret. ¡Es una ciudad de carpinteros! Yo mismo soy carpintero. –El hombre parecía condescendientemente divertido–. ¿Puedo ayudarte?

–¿Conoces a un carpintero llamado José? Un descendiente de David. Tiene una esposa llamada María y varios hijos. Uno de ellos se llama Jesús.

El alegre hombre frunció el rostro en una burlona mueca de meditación y se rascó la nuca.

–Conozco a más de un José. Y conozco a muchas Marías... –sus ojos se volvieron reflexivos y sus labios se curvaron como ante recuerdos agradables–. Creo que sé a quién buscas. Es un pobre tipo que tiene su taller en la calle de allá. –Señaló–. Tiene una esposa llamada María. Prueba allí. Deberías encontrarle, a menos que haya ido a entregar su trabajo. Busca a un hombre que nunca ríe.

El loco miró en la dirección que había señalado el hombre. Tan pronto como vio la calle, pareció olvidar todo lo demás y empezó a avanzar mecánicamente hacia ella.

El olor a madera recién cortada era más fuerte aún en la estrecha calle. Caminó hundido en virutas hasta los tobillos.

En Nazaret el calor era menos seco de lo que estaba acostumbrado. Era más parecido a un suave día de verano inglés, un día dulce y perezoso.

El corazón del loco empezó a latir fuertemente.

De cada edificio brotaba el ruido de los martillos, el sisear de las sierras. Había tablas de todos los tamaños apoyadas contra las pálidas paredes en sombra de las casas, y apenas quedaba sitio para pasar entre ellas.

El loco hizo una pausa. El miedo le hizo temblar. Muchos de los carpinteros tenían sus bancos justo fuera de sus puertas. Tallaban cuencos, manejando tornos sencillos, modelaban

la madera en todas las formas imaginables.

El loco avanzó de nuevo.

Los carpinteros alzaron la cabeza cuando vieron al loco bajar por su calle. Se acercó a un viejo carpintero con un delantal de cuero que estaba sentado ante su banco, tallando una figurilla. El hombre tenía el pelo gris, y parecía miope cuando alzó la vista hacia el loco.

–¿Qué deseas? No tengo dinero para los mendigos.

–No soy ningún mendigo. Estoy buscando a alguien que vive en esta calle.

–¿Cómo se llama?

–José. Tiene una esposa llamada María.

El viejo hizo un gesto con la mano que sostenía la figurilla a medio acabar.

–Dos casas más allá, al otro lado de la calle.

Empezó a temblar y empezó a sudar.

Estúpido..., sólo es...

Oh, Dios...

Probablemente descubriré que no saben nada. Todo esto es una coincidencia.

¡Oh, Dios!

La casa a la que llegó el loco tenía muy pocas tablas apoyadas contra ella, y la calidad de la madera parecía más pobre que la otra que había visto. El banco cerca de la entrada tenía un pie torcido, y el hombre que se sentaba inclinado sobre él reparando un taburete parecía torcido también, como deforme.

El loco le dio un golpecito en el hombro, y el carpintero se enderezó. Su rostro estaba surcado de arrugas y bolsas. Sus ojos eran cansados, y su pequeña barba tenía prematuras estrías grises. Tosió ligeramente, quizá sorprendido por el hecho de ser interrumpido.

–¿Eres José? –preguntó el loco.

–No tengo dinero.

–No deseo nada..., sólo hacerte algunas preguntas.

–Soy José. ¿Qué es lo que quieres saber?

–¿Tienes un hijo?

–Varios, e hijas también.

El loco hizo una pausa. José le miró curiosamente. Parecía asustado. Era una nueva experiencia para José descubrir que él podía ser la causa del miedo de alguien.

–¿Qué ocurre?

El loco negó con la cabeza.

–Nada. –Su voz era ronca–. Tu esposa, ¿se llama María? ¿Eres de la estirpe de David?

El hombre hizo un gesto impaciente.

–Sí, sí..., aunque para lo que me ha servido...

–Quiero conocer a uno de tus hijos. ¿Tienes uno que se llama Jesús? ¿Puedes decirme dónde está?

–Ese inútil. ¿Qué ha hecho ahora?

–¿Dónde está?

Los ojos de José se volvieron calculadores mientras miraba al loco.

–¿Eres acaso un vidente de algún tipo? ¿Has venido para ayudar a mi hijo?

–Soy un poco profeta. Creo que puedo predecir el futuro.

José se levantó con un suspiro.

–No tengo mucho tiempo. Debo entregar un trabajo en Nain lo antes posible.

–Déjame verle.

–Puedes verle, sí. Ven.

José condujo al loco a través de la puerta hasta el atestado patio de la casa. Estaba lleno de trozos de madera, muebles rotos, herramientas, sacos medio podridos de virutas.

Entraron en la penumbrosa casa.

El loco respiraba pesadamente.

En la primera habitación, evidentemente una cocina, había una mujer de pie delante de un amplio hornillo de arcilla. Era alta, y empezaba a ponerse gorda. Su largo pelo negro estaba enmarañado y grasiento, y caía sobre unos grandes y lustrosos ojos que aún tenían el calor de la sensualidad. Miró al loco de pies a cabeza.

–Veo que has encontrado a otro cliente rico, José –dijo sardónicamente.

–Es un profeta.

–Oh, un profeta. Y hambriento, supongo. Bueno, no tenemos comida para mendigos o profetas, como sea que quieran llamarse. –Hizo un gesto con una cuchara de madera hacia una pequeña figura sentada en las sombras en un rincón–. Esa cosa inútil devora todo lo que pilla. –La figura se agitó ante aquellas palabras.

–Busca a nuestro Jesús –le dijo José a la mujer–. Quizás haya venido para aliviar nuestra carga.

La mujer dirigió al loco una mirada de soslayo y se encogió de hombros. Se lamió los rojos labios con una gruesa lengua.

–Quizá tengas razón. Hay algo en él...

–¿Dónde está? –preguntó roncamente el loco.

La mujer colocó sus manos debajo de sus abundantes pechos y cambió su posición en el tosco vestido marrón que llevaba. Se frotó el estómago con una mano y luego lanzó al loco una ceñuda mirada.

–¡Jesús! –llamó, sin volverse.

La figura en el rincón se puso en pie.

–Es él –dijo la mujer, con una cierta satisfacción.

¿Cómo?
Es imp...
¡Jesús!
Necesito...
¡NO!

El loco frunció el ceño y agitó rápidamente la cabeza.

–No –dijo–. No.

–¿Qué quieres decir con «no»? –preguntó beligerantemente ella–. No me importa lo que le hagas, si puedes impedir que siga robando. No sabe hacer nada mejor, pero algún día se meterá en un auténtico problema cuando le robe a alguien que no le conozca...

–No...

La figura era deforme.

Tenía una pronunciada joroba y una clara desviación en su ojo izquierdo. Su rostro era vacío y estúpido. De sus labios asomaba un poco de baba.

–¿Jesús?

Rió quedamente cuando oyó repetir su nombre. Dio un cojeante paso hacia adelante.

–Jesús –dijo. La palabra sonó confusa–. Jesús.

–Eso es todo lo que sabe decir –indicó la mujer–. Siempre ha sido así.

–El juicio de Dios –dijo José.

–¡Oh, cállate! –Le lanzó a su esposo una salvaje sonrisa.

–¿Qué es lo que le ocurre?

Había una nota patética, desesperada, en la voz del loco.

–Siempre ha sido así. –La mujer se volvió hacia el hornillo–. Puedes quedártelo si quieres. Llévatelo contigo. Está podrido por dentro y por fuera. Lo llevaba ya dentro de mí cuando mis padres me casaron con este medio hombre...

–¡Zorra! Desvergonzada... –José se detuvo cuando su esposa sonrió de nuevo, retándole a continuar. Haciendo un intento por conservar su orgullo, trató de devolver la sonrisa–. Tuviste una buena historia para ellos, ¿eh? ¡La más vieja excusa de todas! ¡Seducida por un ángel! ¡Seducida por un demonio más bien!

–Era un demonio –sonrió ella–. Y era un hombre...

José languideció por un momento; luego, como si recordara el miedo que había parecido inspirar antes al loco, se volvió hacia él y dijo en tono beligerante:

–¿Qué asuntos tienes que tratar con nuestro hijo?

–Deseaba hablar con él. Yo...

–No es ningún oráculo, ningún vidente..., nosotros pensábamos que tal vez llegaría a serlo. Todavía hay personas aquí en Nazaret que acuden a que los cure y les diga la buenaventura, pero él se limita a reírles tontamente y pronuncia su propio nombre una y otra vez...

–¿Estáis seguros... de que no hay... nada en él... nada en lo que no hayáis reparado?

–¡Seguro! –bufó enfáticamente María–. Necesitamos desesperadamente dinero. Si tuviera algunos poderes mágicos, a estas alturas ya los sabríamos.

Jesús rió de nuevo tontamente.

–Jesús –dijo–. Jesús. Jesús.

Se alejó cojeando hacia otra habitación.

José corrió tras él.

–¡No puede entrar ahí! ¡No le voy a permitir que moje otra vez todo el suelo!

Mientras José estaba en la otra habitación, María dirigió al loco otra mirada evaluadora.

–Si sabes decir la buenaventura, ven y dime la mía en otro momento. Él partirá esta noche hacia Nain...

José condujo al tullido de vuelta a la cocina y le hizo sentarse en un taburete en el rincón.

–¡Quédate aquí, maldito bastardo!

El loco agitó negativamente la cabeza.

–Es imposible...

¿Había cambiado por sí misma la historia?

¿Era en esto sobre lo que se basaba toda la historia?

Era imposible...

José pareció darse cuenta de la expresión de agonía en los ojos del loco.

–¿Qué ocurre? –preguntó– . ¿Qué es lo que ves? Dijiste que leías el futuro. ¡Dinos lo que nos espera!

–No *ahora* –murmuró el profeta, y dio media vuelta–. ¿Cómo puedo? No ahora.

Salió corriendo de la oscura casa al sol. Corrió calle abajo, con el olor de roble, cedro y ciprés cepillados persiguiéndole.

Algunos de los carpinteros alzaron la vista, preguntándose si no sería un ladrón. Pero vieron que no llevaba nada consigo.

Corrió de vuelta a la plaza del mercado, se detuvo y miró a su alrededor con ojos vacíos.

El loco, el profeta, Karl Glogauer, el viajero por el tiempo, el neurótico psiquiatra fracasado, el buscador de significado, el masoquista, el hombre con deseos de muerte y complejo de mesías, el anacronismo, se abrió camino por la plaza del mercado, jadeando en busca de aliento.

Había visto al hombre que había estado buscando. Había visto a Jesús, el hijo de María y José.

Había visto a un hombre al que reconoció, sin la menor duda, como un idiota congénito.

El alegre hombre con la capa roja estaba aún en la plaza del mercado, comprando potes de cocina para un regalo de boda. Cuando el extranjero pasó tambaleándose por su lado, hizo un gesto hacia él con la cabeza.

–Ése es.

–¿De dónde viene?

–Ni idea. No es de esta parte, a juzgar por el acento. Supongo que debe de ser algún familiar de ese viejo José de rostro siempre triste..., ya sabes, el que tiene la esposa...

El hombre que vendía cacharros de cocina sonrió.

Lo observaron desaparecer en las sombras junto a la pared de la sinagoga.

–¿Qué es? ¿Un fanático religioso? ¿Un zelote o algo así? –dijo el vendedor de cacharros.

El otro agitó la cabeza.

–Tiene la expresión de un profeta, ¿no? Pero no lo sé. Quizá simplemente lo estaba pasando muy mal allá de donde viene y decidió acudir en busca de la ayuda de sus familiares...

–¡Buscar la ayuda del viejo José! –El hombre se echó a reír.

–Quizá fue expulsado de allá donde vivía –dijo el hombre de la capa roja–. ¿Quién sabe? No puede haber obtenido mucho consuelo de José. No ha estado allí mucho tiempo.

–Pues no tiene ningún otro lugar donde pueda ir –dijo firmemente el vendedor de cacharros.

Permaneció junto a la pared de la sinagoga hasta la caída de la noche. Empezó a sentirse muy hambriento. También, por primera vez en más de un mes, empezó a sentirse lujurioso. Era como si la urgencia acudiera a su rescate, como si a través de la lujuria pudiera olvidar la confusión que llenaba su cabeza.

Se levantó lentamente y empezó a abrirse camino de vuelta hacia la calle.

Bajó por la calle de los carpinteros, en ese momento silenciosa. Pudo oír algunas voces ocasionales dentro de las casas, y el ladrido de un perro.

Llegó a la casa. El banco había desaparecido, y la madera. La puerta estaba cerrada.

Llamó.

No hubo respuesta.

Llamó un poco más fuerte, casi sin comprender su instinto hacia la discreción.

La puerta se abrió, y el rostro de la mujer le miró. Le dirigió una amplia sonrisa de complicidad.

–Entra –dijo–. Hace horas que partió hacia Nain.

–Tengo hambre –dijo él.

–Te traeré algo de comer.

En la cocina, algo se agitó en la oscuridad, pero no miró hacia allá. Se apresuró hacia la siguiente habitación. Allí ardía una lámpara. Una escalera conducía hasta una abertura en el techo.

–Espera aquí –dijo ella–. Te traeré comida.

Entró y salió de la cocina varias veces: primero le llevó agua para que se lavara, luego un plato de carne seca, pan y una jarra de vino.

–Es todo lo que tenemos –dijo.

Examinó el tostado y taciturno rostro del hombre. Se había limpiado el polvo del cuerpo y peinado pelo y barba. Parecía presentable. Pero sus ojos estaban vueltos hacia dentro mientras comía, y no la miró directamente ni una sola vez.

Ella respiraba agitadamente. La lujuria de su gran cuerpo se estaba volviendo difícil de controlar. Se subió la falda hasta los muslos y abrió mucho las piernas cuando se sentó en el taburete cerca de él.

Él siguió masticando, pero ahora sus ojos estaban posados en el cuerpo de ella.

–Apresúrate –dijo ella.

Él terminó de comer y, lentamente, bebió el resto del vino.

Y entonces ella estuvo sobre él, y sus manos desgarraron los restos de su taparrabo, sus dedos sobaron sus genitales, sus labios se aplastaron contra su rostro, su gran cuerpo se apretó contra él.

Él jadeó y le acabó de subir la falda, hundió sus dedos en ella, se frotó contra ella, la tendió en el suelo y le abrió apresuradamente las piernas.

Ella gimió, gritó, gruñó, se agitó y le clavó las uñas, luego se quedó inmóvil mientras él seguía bombeando dentro de ella. Pero la lujuria se había desvanecido y no pudo terminar. Suspiró, y alzó bruscamente la vista.

El idiota permanecía de pie en el umbral, mirándoles, con un hilillo de baba colgando de su barbilla, una sonrisa vacía en su rostro.

TERCERA PARTE

13

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.
(Juan 1:14)

Cada martes, en la habitación libre encima de la Librería Mandala, el grupo de discusión jungiano se reunía para discutir a fondo los puntos difíciles de su doctrina y para propósitos de análisis de grupo y terapia de grupo.

Glogauer no había organizado el grupo, pero le había cedido voluntariamente el local. Era un gran alivio hablar una vez a la semana con gente que pensaba como él.

Su mismo interés en Jung los había reunido, pero cada uno tenía otros intereses particulares. La señora Rita Blen trazaba mapas de las trayectorias de los platillos volantes, aunque no quedaba claro si creía realmente en ellos o no. Hugh Joyce estaba convencido de que todos los arquetipos jungianos derivaban de la raza original de los lemurios que habían perecido hacía milenios. Alan Cheddar, el más joven del grupo, estaba interesado en el misticismo indio, y Sandra Peterson, la organizadora, era una gran especialista en brujería.

James Headington estaba interesado en el tiempo. Era el orgullo del grupo: sir James Headington el físico, inventor en tiempo de guerra, muy rico y con todo tipo de condecoraciones por su contribución a la victoria aliada. Había conseguido la reputación de ser un gran improvisador durante la contienda, pero después se había convertido en algo muy parecido a una molestia para el Ministerio de la Guerra. Estaba loco, pensaban, y lo peor era que aireaba su locura en público.

Sir James poseía un rostro delgado y aristocrático (aunque había nacido en Norwood de padres de clase media), una boca fina y ligeramente remilgada, algunas greñas de largo pelo blanco y unas pesadas cejas negras. Llevaba trajes pasados de moda y camisas y corbatas estampadas con flores muy llamativas. Con mucha frecuencia contaba a los demás miembros los progresos que estaba haciendo con su máquina del tiempo. Ellos le seguían la corriente. La mayoría de ellos se sentían un poco inclinados a exagerar sus propias experiencias conectadas con sus diferentes intereses.

Un martes por la tarde, después de que todos los demás se hubieran ido, Headington le preguntó a Glogauer si le gustaría ir con él a Banbury y echar un vistazo a su laboratorio.

–Estoy haciendo todo tipo de experimentos espectaculares en estos momentos. Enviar conejos a través del tiempo, ese tipo de cosas. Realmente, debería ver el laboratorio.

–No puedo creerlo –dijo Glogauer–. ¿Realmente es usted capaz de enviar cosas a través del tiempo?

–Oh, sí. Usted es el primero al que le he dicho algo al respecto.

–¡No puedo creerlo! –Y realmente no podía.

–Venga a verlo y compruébelo por usted mismo.

–¿Por qué me cuenta todo esto?

–Oh, no lo sé. Porque me cae usted bien, supongo.

Glogauer sonrió.

–Está bien, de acuerdo. Iré a verlo. ¿Cuándo cree que será el mejor momento?

–Cuando le vaya mejor. ¿Por qué no viene el viernes y se queda el fin de semana?

–¿Está seguro de que no le importa?

–¡En absoluto!

–Tengo una amiga...

–Hummm –Headington pareció dudar–. No me siento demasiado inclinado a mostrárselo a todo el mundo en estos momentos...

–La dejaré de lado.

–¡Bien dicho! Tome el tren de las seis y diez para Paddington, si puede. Me reuniré con usted en la estación. Hasta el viernes.

–Hasta el viernes.

Glogauer lo contempló marcharse y empezó a sonreír. Probablemente el viejo estaba loco. Probablemente tenía allí todo tipo de cara basura electrónica, pero sería divertido pasar un fin de semana fuera de Londres y ver qué era exactamente lo que sucedía en Banbury.

Headington era dueño de una enorme y vieja rectoría en un pequeño pueblo a unos tres kilómetros de Banbury. Los edificios del laboratorio eran completamente nuevos.

Headington empleaba a dos jóvenes como ayudantes a tiempo completo; estaban a punto

de marcharse cuando el físico condujo a Glogauer al interior del edificio principal.

Como Glogauer había sospechado, el lugar era un amasijo de artilugios a lo Heath-Robinson, con cables colgando por todas partes.

–Por aquí –dijo Headington, al tiempo que arrastraba a Glogauer por el brazo hasta una parte algo más despejada del laboratorio. Sobre un amplio banco de trabajo había varias cajas negras unidas por cables. En el centro había otra caja, de un color gris plateado.

Headington miró su reloj y estudió los diales de las cajas negras.

–Bien. Veamos. –Ajustó varios controles. Luego fue a una bancada de jaulas al otro lado de la habitación y cogió un conejo blanco que no dejaba de agitarse y fruncir el hocico. Colocó el conejo en la caja plateada, hizo unos cuantos ajustes más en los controles de las cajas negras, luego accionó un interruptor atornillado al banco.

–Energía –dijo.

Glogauer parpadeó. El aire había parecido temblar por unos instantes. La caja plateada había desaparecido.

–¡Buen Dios!

Headington rió quedamente.

–¿Lo ve?... ¡Ha partido a través del tiempo!

–Ha desaparecido –admitió Glogauer–. Pero eso no prueba que haya ido al futuro.

–Cierto. De hecho, ha ido al pasado. No puedo ir al futuro. Por el momento es una imposibilidad.

–Bueno..., quiero decir que eso no prueba que el conejo esté viajando a través del tiempo.

–¿A qué otro lugar puede haber ido? Acepte mi palabra, Glogauer. Ese conejo ha retrocedido un centenar de años.

–¿Cómo lo sabe?

–Algunos tests de corto alcance lo han demostrado. Puedo enviar cualquier cosa hacia atrás hasta una fecha bastante exacta determinada con antelación. Créame.

Glogauer cruzó los brazos sobre el pecho.

–Le creo, sir James.

–Ahora estamos construyendo el modelo grande. Capaz de enviar a un hombre al pasado. El único problema es que el viaje es un tanto brusco por ahora. Mire...

Movió una palanca en la caja negra más cercana. Inmediatamente, la caja plateada estuvo de vuelta sobre el banco. Glogauer la tocó. Estaba bastante caliente.

–Observe. –Headington metió la mano en la caja y sacó el conejo. Tenía la cabeza ensangrentada, y parecía como si todos sus huesos estuvieran rotos. Estaba vivo, pero evidentemente sometido a tremendos dolores–. ¿Ve lo que quiero decir? –murmuró Headington–. Pobre animalillo. Glogauer volvió la cabeza hacia un lado.

De vuelta al estudio, Headington habló de sus experimentos, pero dio por sentado que Glogauer estaba familiarizado con el lenguaje de la física. Y Glogauer era demasiado orgulloso para admitir que apenas sabía nada de física, de modo que permaneció sentado en su silla durante varias horas, asintiendo inteligentemente mientras Headington seguía hablando con entusiasmo.

Headington le mostró más tarde su dormitorio. Era una habitación artesonada en roble con una amplia, moderna y confortable cama.

–Que duerma bien –dijo Headington.

Aquella noche, Glogauer se despertó y vio a una figura sentada al borde de su cama. Era Headington, y estaba completamente desnudo. Tenía una mano apoyada sobre el hombro de Karl.

–Supongo que no... –empezó a decir Headington.

Glogauer agitó la cabeza.

–Lo siento, sir James.

–Oh, bueno –dijo Headington–. Oh, bueno.

Inmediatamente después de que se marchara, Glogauer empezó a masturbarse.

Headington le telefoneó varios días más tarde para preguntarle si desearía hacer otro viaje a Banbury, pero Glogauer rehusó educadamente.

–Estamos eliminando algunos de los problemas menores –le dijo Headington–. Por ejemplo, hemos decidido la mejor manera de proteger al pasajero. Ninguno de mis chicos, sin embargo, se presentará voluntario al experimento. Había pensado... ¿No estaría usted interesado, Glogauer?

–No –dijo Glogauer–. Lo siento, sir James.

Durante las siguientes semanas, Glogauer se sintió inquieto. Mónica iba a verle con menos frecuencia y, cuando lo hacía, no parecía estar entusiasmada en hacer el amor de ninguna de las maneras.

Una noche, él perdió la calma y empezó a chillarle.

–¿Qué es lo que te pasa? ¡Eres tan fría como una barra de helado!

Ella aguantó media hora de esto antes de decir, con voz lenta:

–Bueno, supongo que en algún momento tendré que decírtelo. Por si quieres saberlo, tengo a alguien más.

–¿Qué? –Se calmó de inmediato–. No lo creo. –Siempre había estado tan confiado de que nadie más se sentiría atraído por ella. Casi estuvo a punto de preguntar qué demonios podía querer alguien de ella, pero se contuvo a tiempo.

–¿Quién es él? –preguntó al fin.

–Ella –rectificó Mónica–. Es una chica del hospital. Significa un cambio.

–¡Oh, Jesús!

Mónica suspiró.

–Realmente, es un alivio. No es que saque mucha cosa de ello..., pero me siento enferma con tu emotividad, Karl. Enferma y cansada.

–Entonces, ¿por qué simplemente no me abandonas? ¿Qué tipo de compromiso es éste?

–Supongo que no puedo abandonar por completo las esperanzas –dijo Mónica–. Aún sigo creyendo que hay algo que vale la pena en ti. Supongo que soy una estúpida.

–¿Qué es lo que intentas hacerme? –Se había vuelto histérico–. ¿Qué..., qué? ¡Me has traicionado!

–Entiéndeme, por favor. No se trata de una traición, Karl..., son unas malditas vacaciones.

–Entonces será mejor que las hagas permanentes –dijo él con voz alocada; fue hacia las ropas de ella y se las arrojó a la cara–. ¡Vete a la mierda, puta!

Ella se levantó con expresión resignada y empezó a vestirse.

Cuando estuvo lista, abrió la puerta. Él estaba llorando en la cama.

–Adiós, Karl.

–¡Vete a la mierda!

La puerta se cerró.

–¡Maldita puta! ¡Oh, maldita puta!

A la mañana siguiente telefoneó a sir James Headington.

–He cambiado de opinión –dijo–. Haré todo lo que quiera que haga. Seré su sujeto. Sólo hay una condición.

–¿Cuál?

–Quiero elegir yo el tiempo y el lugar a donde quiero ir.

–Me parece justo.

Una semana más tarde estaban a bordo de un barco fletado privadamente en dirección a Oriente Medio. Una semana después de eso, Karl abandonaba 1970 y llegaba al año 28.

14

La sinagoga era fresca y tranquila, con un sutil aroma a incienso. Vestido con la túnica blanca limpia que le había dado María cuando se marchó a primera hora de la mañana, dejó que los rabinos lo guiaran al patio. Ellos, como la gente de la ciudad, no sabían qué hacer con él, pero estaban seguros de que no se hallaba poseído por ningún demonio.

De tanto en tanto contemplaba su cuerpo y lo tocaba, como sorprendido, o palpaba la ropa entre sus dedos, desconcertado. Ya casi había olvidado a María.

–Todos los hombres poseen un complejo de mesías, Karl –le había dicho Mónica en una ocasión.

Los recuerdos eran menos completos ahora..., si eran recuerdos. Empezaba a sentirse confuso.

–Había docenas de mesías en Galilea en todo momento. El que Jesús fuera el que llevara adelante el mito y la filosofía no fue más que una coincidencia histórica...

–Tiene que haber algo más que eso, Mónica.

Era costumbre de los rabinos dar albergue a muchos de los profetas errantes que podían hallarse por aquel entonces por todas partes en Galilea, siempre y cuando no fueran miembros de alguna secta fuera de la ley.

Éste era más extraño que los demás. Su rostro permanecía inmóvil la mayor parte del tiempo y su cuerpo rígido, pero las lágrimas surcaban con frecuencia sus mejillas. Nunca antes habían visto tal agonía en los ojos de un hombre.

–La ciencia puede decir cómo, pero nunca puede decir por qué –le había dicho Mónica–. No tiene ninguna respuesta.

–¿Quién desea saber? –replicó él.

–Yo.

–Bueno, nunca lo descubrirás, ¿verdad?

¡Puta! ¡Traidora! ¡Zorra!

¿Por qué siempre lo hundían de aquel modo?

–Siéntate, hijo mío –dijo el rabino–. ¿Qué deseas saber de nosotros?

–¿Dónde está Cristo? –preguntó.

No comprendieron la lengua.

–¿Es griego? –preguntó uno, pero otro negó con la cabeza.

Kyrios: El Señor.
Adonay: El Señor.
¿Dónde estaba el Señor?

Frunció el ceño y miró vagamente a su alrededor.
–Debo descansar –dijo en su lengua.
–¿De dónde vienes?
No supo qué responder.
–¿De dónde vienes? –repitió un rabino.
Finalmente, murmuro:
–Ha-Olam Hab-Bah...
Se miraron los unos a los otros.
–Ha-Olam Hab-Bah –dijeron.

Ha-Olam Hab-Bah; Ha-Olam Haz-Zeh: El mundo que ha de venir y el mundo que es.

–¿Nos traes un mensaje? –preguntó uno de los rabinos. Este profeta era tan distinto. Tan extraño, que uno casi podía creer que era el auténtico profeta–. ¿Un mensaje?

–No lo sé –dijo con voz ronca el profeta–. Debo descansar. Estoy sediento. He pecado.

–Ven. Te daremos comida y un lugar donde dormir. Te mostraremos dónde bañarte y dónde rezar.

Los sirvientes le llevaron agua caliente, y limpió su cuerpo. Recortaron su barba y su cabello y sus uñas.

Luego, en la celda que los rabinos habían dispuesto para su visitante, le llevaron buena comida, que le costó engullir. Y la cama, con su colchón relleno de paja, le resultó demasiado blanda. No estaba acostumbrado a aquello. Pero, en realidad, no había descansado en casa de José, de modo que se tendió en ella.

Durmió mal, gritando en sueños, y, fuera de su celda, los rabinos escucharon, pero pudieron comprender muy poco de lo que decía.

–¡De todas las cosas que deberías estudiar, Karl, pensé que el arameo sería lo último! No me sorprendería que...

Mi demonio, mi tentadora, mi deseo, mi cruz, mi amor, mi lujuria, mi necesidad, mi comida, mi ancla, mi maestro, mi esclavo, mi carne, mi satisfacción, mi destructor.

Oh, por todos los días de amor que habrían podido ser si yo hubiera sido fuerte; por Eva y aquellas que no me desearon por mi debilidad; por todas las recompensas acordadas a los valientes, por todas las realidades concedidas a los fuertes, por todo eso suspiro. Ésta es la ironía definitiva.

La ironía formal, inevitable y justa.

Y no estoy satisfecho.

Karl Glogauer permaneció varias semanas en la sinagoga. Pasaba la mayor parte del

tiempo leyendo en la biblioteca, rebuscando entre los largos rollos alguna respuesta a su dilema. Las palabras de los Testamentos, en muchos casos capaces de una docena de interpretaciones, no hacían más que confundirle. No había nada que pudiera aferrar, nada que le dijera qué había hecho mal.

Esto es una comedia. ¿Es lo que merezco? ¿No hay esperanza? ¿Ninguna solución?

Los rabinos, en general, mantenían sus distancias. Lo habían aceptado como un hombre santo. Estaban orgullosos de tenerlo en su sinagoga. Estaban seguros de que era uno de los especialmente elegidos por Dios, y aguardaban pacientemente a que les hablara.

Pero el profeta decía poco, sólo murmuraba para sí mismo jirones de frases en la lengua incomprensible que utilizaba a menudo, incluso cuando se dirigía directamente a ellos.

En Nazaret, la gente hablaba de muy poca cosa excepto del misterioso profeta en la sinagoga. Sabían que era un familiar de José, y José se mostraba orgulloso de reconocer el hecho. Sabían que José era de la estirpe de David, pese a todas las demás cosas que era el hosco carpintero. Así pues, el profeta era también de la estirpe de David. Un signo importante, admitían todos.

Hacían preguntas a los rabinos, pero los hombres sabios no les decían nada, excepto que se ocuparan de sus propios asuntos, que había cosas que no se suponía que debieran saber. De esta forma, como habían hecho siempre los sacerdotes, evitaban las preguntas a las que no podían responder mientras al mismo tiempo parecían poseer muchos más conocimientos de los que realmente poseían.

Luego, un sábado, apareció en la parte pública de la sinagoga y ocupó su lugar con los demás que habían acudido a los cultos.

El hombre que estaba leyendo de un rollo a su izquierda se trabucó con sus palabras y miró al profeta con el rabillo del ojo.

El profeta se sentó y escuchó, con expresión remota.

El rabino jefe le miró inseguro, luego hizo una seña de que el rollo fuera pasado al profeta. Un muchacho, vacilante, depositó el rollo en las manos del profeta.

El profeta contempló durante largo tiempo las palabras y pareció que iba a negarse a leer, porque adoptó una expresión sorprendida. Luego enderezó los hombros y empezó a leer con voz clara, casi sin ningún rastro de su habitual acento. Leyó del libro de Isaías.

La gente escuchó con gran atención.

> *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió. Me envió a evangelizar a los pobres, a predicar a los cautivos la liberación y a los ciegos la recuperación de la vista, a libertar a los oprimidos y a promulgar un año de gracia del Señor. Y enrolló el libro, y se lo dio al sirviente y se sentó; los ojos de todos en la sinagoga estaban clavados en él.*
>
> (Lucas 4:18-20)

Glogauer no reanudó su estudio de los Testamentos, sino que se dedicó a pasear por las calles y a hablar con la gente. Todos se mostraban respetuosos con él y le pedían su consejo sobre todo tipo de cosas, y él hacía todo lo posible por darles un buen consejo.

Desde sus primeras semanas con Eva no se había sentido así.

Decidió no perderlo por segunda vez.

Cuando al principio le pedían que impusiera sus manos sobre los enfermos, se mostraba reluctante y se negaba, pero en una ocasión, con lo que parecía ser un caso claro de ceguera histérica, a juzgar por lo que le habían dicho los familiares, impuso sus manos sobre los ojos de la mujer, y su ceguera la abandonó.

Pese a sí mismo, Glogauer regresó excitado a su celda en la sinagoga. Había tantos ejemplos de afecciones histéricas de todo tipo allí.

Quizás era la creación de la época, no podía decirlo. Finalmente apartó de sí esos pensamientos. Se preocuparía por ellos más tarde.

Al día siguiente vio a María cruzar la plaza del mercado. Llevaba a su hijo bastardo agarrado por la túnica.

Glogauer se dio apresuradamente la vuelta y regresó a la sinagoga.

15

Ahora le seguían, mientras se alejaba de Nazaret hacia el mar de Galilea. Iba vestido con la nueva túnica de lino blanco que le habían dado, y avanzaba con una maravillosa dignidad y gracia; un gran líder, un gran profeta; pero, aunque ellos pensaban que le seguían, en realidad eran ellos quienes, por delante de él, le conducían.

A aquellos que preguntaban en su camino les decían:

–Es nuestro mesías. –Y corrían ya rumores de muchos milagros.

Mí redención, mi rol, mi destino. Para superar una tentación debo sucumbir a otra; cobardía y orgullo. Vivir una mentira para crear la verdad. He traicionado a tantos que me han traicionado porque yo me traicioné a mí mismo.

Pero Mónica aprobaría ahora mi pragmatismo...

Cuando veía a los enfermos, se apiadaba e intentaba hacer por ellos todo lo posible, porque sabía que ellos esperaban algo de él. Para muchos no podía hacer nada, pero a otros, evidentemente con afecciones psicosomáticas fácilmente remediables, sí podía ayudarles. Creían más intensamente en sus poderes de lo que creían en su enfermedad. Así que los curaba.

Cuando llegó a Cafarnaúm, unas cincuenta personas le seguían por las calles de la ciudad. Ya era sabido que de alguna forma estaba asociado con Juan el Bautista, el cual gozaba de un prestigio considerable en Galilea y había sido declarado un auténtico profeta por muchos fariseos. Sin embargo, este hombre tenía un poder más grande, en algunos sentidos, que Juan. No era tan buen orador como el Bautista, pero había hecho milagros.

Cafarnaúm era una extensa ciudad al lado del cristalino mar de Galilea, cuyas casas estaban separadas por grandes huertos de legumbres. Había barcas de pesca amarradas al blanco muelle, así como algunos barcos mercantes que unían las distintas ciudades costeras.

Aunque las verdes colinas descendían por todas partes hasta casi la misma costa, la propia Cafarnaúm se alzaba sobre terreno llano, protegida por esas mismas colinas. Era una ciudad tranquila y, como la mayoría de las demás en Galilea, tenía una amplia población de gentiles. Comerciantes griegos, romanos y egipcios recorrían sus calles, y muchos tenían allí moradas permanentes. Había una próspera clase media de mercaderes, artesanos y tenderos, así como médicos, abogados y eruditos, porque Cafarnaúm se hallaba en la frontera de las

provincias de Galilea, Traconítida y Siria y, aunque era una ciudad comparativamente pequeña, era un útil punto de unión para el comercio y el viaje.

El extraño profeta loco con su remolineante túnica de lino, seguido por la heterogénea multitud compuesta principalmente por pobres, aunque también podían verse algunos hombres de cierta distinción, entró en Cafarnaúm.

Se había extendido ya la noticia de que el hombre podía realmente predecir el futuro, que había predicho ya el arresto de Juan por Herodes Antipas, y que poco después Herodes había encerrado al Bautista en Perea.

Eso era lo que les impresionaba. No hacía sus predicciones en términos generales, utilizando palabras vagas de la misma forma que hacían otros profetas. Hablaba de cosas que iban a ocurrir en un futuro próximo, y hablaba de ellas con detalle.

Nadie, en este punto, sabía su nombre. Eso le proporcionaba un misterio añadido, una estatura adicional. Era simplemente el profeta de Nazaret, o el nazareno.

Algunos decían que era un familiar, quizás el hijo, de un carpintero de Nazaret, pero esto podía deberse a que las palabras escritas para «hijo de un carpintero» y «mago» eran casi las mismas, y la confusión podía haber llegado por este lado.

Incluso había un muy débil rumor de que su nombre era Jesús. El nombre había sido utilizado una o dos veces, pero cuando se le preguntaba si ése era realmente su nombre lo negaba o, a su manera abstraída, se negaba a contestar.

Sus prédicas tendían a carecer del fuego y la precisión de las de Juan, y muchas de sus referencias parecían particularmente solapadas, incluso para los hombres religiosos y los eruditos, cuya curiosidad les llevaba a escucharle.

El hombre hablaba suave, casi vagamente, y sonreía a menudo. Hablaba de Dios de una extraña forma también, y parecía estar conectado, como el propio Juan, con los esenios, porque predicaba contra la acumulación de riquezas personales y, como ellos, hablaba de la humanidad como de una hermandad.

Pero eran los milagros lo que buscaban mientras era conducido a la grácil sinagoga de Cafarnaúm.

Ningún profeta antes que él había curado a los enfermos y había parecido comprender los problemas de los que la gente raras veces hablaba. Era a su simpatía a lo que respondían, antes que a las palabras que pronunciaba.

Sin embargo, a veces se encerraba en sí mismo y se negaba a hablar, se perdía en sus propios pensamientos, y algunos observaban lo torturados que parecían sus ojos, y entonces lo dejaban solo, creyendo que en estas ocasiones se comunicaba con Dios.

Esos períodos fueron haciéndose menos largos y pasaba más tiempo con los enfermos y los miserables, haciendo lo que podía por ellos, e incluso los sabios y los ricos de Cafarnaúm empezaban a respetarle.

Quizás el mayor cambio en él fue que, por primera vez en su vida, Karl Glogauer había olvidado a Karl Glogauer. Por primera vez en su vida, estaba haciendo lo que siempre se había considerado demasiado débil para hacer al tiempo que llenaba su más grande ambición, conseguir lo que había esperado conseguir antes de abandonar la psiquiatría.

Había algo más, algo que reconoció instintiva antes que intelectualmente. Entonces tenía la oportunidad de descubrir al mismo tiempo la redención y la confirmación de su vida hasta el momento en que había huido de Juan el Bautista en el desierto.

Pero no era su propia vida la que llevaba entonces. Estaba haciendo nacer un mito, una generación antes de que ese mito debiera nacer. Estaba completando un cierto tipo de circuito psíquico. Se dijo a sí mismo que no estaba cambiando la historia; simplemente estaba dándole a la historia más sustancia.

Puesto que nunca había sido capaz de pensar que Jesús solamente había sido un mito, era para él un deber convertir a Jesús en una realidad física antes que en la creación de un proceso de mitogénesis. ¿Por qué debería importar eso?, se preguntaba; pero rápidamente dejaba a un lado la pregunta, porque tales preguntas lo confundían, parecían ofrecer una trampa, una escapatoria y la posibilidad, una vez más, de autotraicionarse.

Así que hablaba en las sinagogas, y hablaba de un Dios más benévolo del que la mayoría de ellos habían oído hablar nunca; y, hasta el punto en que podía recordarlas, les contaba parábolas.

Y, de forma gradual, la necesidad de justificar intelectualmente lo que estaba haciendo se fue desvaneciendo, y su sentido de la identidad se volvió cada vez más tenue y fue reemplazado por un sentido distinto de identidad, en el que proporcionaba más y más sustancia al rol que había elegido. Era un rol arquetípico en todos los sentidos, un rol que no podía hacer otra cosa más que atraer a un discípulo de Jung. Era un rol que iba mucho más allá de la mera imitación. Era un rol que debía representar ahora hasta su último detalle.

Karl Glogauer había descubierto la realidad que había estado buscando. Lo cual no significaba que no siguiera teniendo dudas.

> *Y en la sinagoga había un hombre con el espíritu de un demonio impuro, y se puso a gritar con voz potente: ¡Ah! ¿Qué hay entre ti y nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Viniste a perdernos? Sé quién eres: el Santo de Dios. Pero Jesús le increpó: Cállate y sal de ese hombre. Lo derribó el demonio en medio de todos y salió de él sin haberlo dañado. Y llenos todos de estupor se decían unos a otros: ¿Qué es esto? ¡Manda con autoridad y energía a los espíritus inmundos, y éstos salen! Y su fama se divulgaba por todos los lugares de la comarca.*
>
> (Lucas 3: 33-37)

16

> *Mas bien sé que mi defensor está vivo, y que él, el último, sobre el polvo se alzará.*
>
> (Job 19: 25)

> *O felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem.*
>
> *(Misal – Exultet del Sábado Santo)*

–Alucinaciones en masa. Milagros, platillos volantes, fantasmas, la bestia del id, todo es lo mismo –había dicho Mónica.

–Es muy probable –había respondido él–. Pero, ¿*por qué* los ven?

–Porque lo desean.

–¿Y por qué lo desean?

–Porque tienen miedo.

–¿Crees que eso es todo?

–¿Crees que no es suficiente?

Cuando abandonó Cafarnaúm por primera vez, mucha más gente lo acompañaba.

Había resultado imposible seguir en la ciudad, porque todos los negocios se habían visto casi paralizados por la multitud que deseaba verle realizar sus más simples milagros.

Así que les habló en los espacios abiertos entre las ciudades, desde las laderas de las colinas y en las orillas de los ríos.

Habló con hombres inteligentes y eruditos que parecían tener algo en común con él. Entre ésos estaban los propietarios de las flotas de barcas de pesca: Simón, y Jaime, y Juan, y otros. Otro era médico, otro un funcionario público que lo había oído hablar por primera vez en Cafarnaúm.

–Tiene que haber doce –les dijo un día, y les sonrió–. Tiene que haber un Zodíaco.

Y los eligió por sus nombres.

–¿Hay aquí un hombre llamado Pedro? ¿Hay uno llamado Judas?

Y, cuando los hubo elegido, pidió a los demás que se fueran por un tiempo, porque deseaba hablar con esos doce a solas.

Tiene que ser todo tan exacto como puedo recordar. Habrá dificultades, discrepancias, pero al menos debo proporcionar la estructura básica.

No era cauteloso en lo que decía, observó la gente. Era más específico aún en sus ataques y en sus ejemplos que Juan el Bautista. Pocos profetas eran tan valientes; pocos ofrecían tanta confianza.

Muchas de sus ideas eran extrañas. Muchas de las cosas de las que hablaba les resultaban poco familiares. Algunos fariseos pensaron que blasfemaba.

Ocasionalmente alguien intentaba advertirle, sugerirle que en bien de su causa modificara algunas de sus declaraciones, pero él sonreía y negaba con la cabeza.

–No. Debo decir lo que debo decir. Ya está decidido así.

Un día encontró a un hombre al que reconoció como uno de los esenios de la colonia cerca de Maqueronte.

–Juan querría hablar contigo –le dijo el esenio.

–¿Todavía no ha muerto Juan? –preguntó al hombre.

–Está confinado en Perea. Creo que Herodes está demasiado asustado para matarle. Deja que Juan se pasee dentro de los muros y jardines de palacio, le deja hablar con sus hombres, pero Juan teme que Herodes halle pronto el valor necesario para hacerlo lapidar o decapitar. Necesita tu ayuda.

–¿Cómo puedo ayudarle? Tiene que morir. No hay esperanza para él.

El esenio miró sin comprender a los alocados ojos del profeta.

–Pero, maestro, no hay nadie más que pueda ayudarle.

–No debe ser ayudado. Debe morir.

–Me dijo que, si te negabas la primera vez, te recordara que ya le fallaste una vez, que no vuelvas a hacerlo.

–No estoy fallándole. Ahora estoy redimiendo mi otro fallo. He hecho todo lo que debía hacer. He curado a los enfermos y he predicado a los pobres.

–No sabía que él deseara esto. Ahora necesita tu ayuda, maestro. Puedes salvar su vida. Eres poderoso, y la gente escucha tus palabras. Herodes no puede rechazarte.

El profeta apartó al esenio lejos de los doce.

–Su vida no puede ser salvada.

–¿Es la voluntad de Dios?

El profeta hizo una pausa y miró al suelo.

–Juan debe morir.

–Maestro... ¿es la voluntad de Dios?

El profeta alzó la vista y habló solemnemente.

–Si yo soy Dios, entonces es la voluntad de Dios.

Abrumado, el esenio dio media vuelta y se alejó del profeta.

El profeta suspiró, al recordar al Bautista y cómo lo había amado. Indudablemente Juan había sido el principal responsable de salvar su vida. Pero no había nada que pudiera hacer. Juan el Bautista estaba condenado a morir.

Siguió recorriendo, con sus seguidores, toda Galilea. Aparte sus doce hombres instruidos, el resto que le seguían continuaban siendo principalmente gente pobre. A ellos les ofrecía su única esperanza de buena suerte. Eran muchos los que habían estado dispuestos a seguir a Juan contra los romanos. Pero ahora Juan estaba encarcelado.

Quizás este hombre los condujera a la revuelta, a despojar a los ricos de Jerusalén y Jericó y Cesarea.

Cansados y hambrientos, con los ojos vidriosos por el ardiente sol, seguían al hombre de la túnica blanca. Necesitaban tener esperanzas, y allí hallaban razones para sus esperanzas. Le veían realizar grandes milagros.

En una ocasión les predicó desde una barca, como era a menudo su costumbre, y, mientras regresaba a la orilla por los bajíos, les dio la impresión de que caminaba sobre las aguas.

Recorrieron toda Galilea durante el otoño, oyendo de todo el mundo la noticia de la decapitación de Juan. La desesperación ante la muerte del Bautista se convirtió en renovadas esperanzas en este nuevo profeta que lo había conocido.

En Cesarea fueron arrojados de la ciudad por los guardias romanos, acostumbrados a los locos con sus profecías que vagaban por los distritos rurales.

Fueron echados también de otras ciudades a medida que la fama del profeta aumentaba. No sólo las autoridades romanas, sino también las judías, parecía que no estaban dispuestas a tolerar al nuevo profeta como habían tolerado a Juan. El clima político estaba cambiando.

Empezó a hacerse difícil conseguir comida. Vivían de lo que podían encontrar, merodeando como animales hambrientos.

Karl Glogauer, hechicero, psiquiatra, hipnotista, mesías, les enseñó cómo fingir que comían y apartar sus mentes del hambre.

> *Los fariseos y los saduceos se le acercaron para tentarle, y le pidieron que les mostrase una señal del cielo. Mas él les respondió: Por la tarde decís que hará buen tiempo, porque el cielo se enrojece. Y por la mañana decís que hará mal tiempo, porque el cielo se enrojece con sombras. Sabéis interpretar el aspecto del cielo, ¿y no sois capaces de interpretar las señales de los tiempos?*
>
> (Matías 16:1-3)

–Tienes que ser más prudente. Serás lapidado. Te matarán.

–No me lapidarán.

–Esa es la ley.
–No es mi destino.
–¿No temes a la muerte?
–No es el mayor de mis temores.
Temo mi propio fantasma. Temo que el sueño terminará. Temo...
Pero ahora no estoy solo.

A veces, su convicción de su rol elegido se tambaleaba, y aquellos que le seguían se mostraban inquietos cuando se contradecía a sí mismo.

A menudo le llamaban ahora con el nombre que habían oído, Jesús el nazareno.

La mayor parte del tiempo él no les impedía usar ese nombre, pero en otras ocasiones se ponía furioso y gritaba unas palabras guturales y peculiares:

–¡Karl Glogauer! ¡Karl Glogauer!

Y decían: Mirad, habla con la voz de Adonay.

–¡No me llaméis por ese nombre! –les gritaba, y ellos se mostraban desconcertados, y se alejaban para que meditara hasta que su furia había remitido. Normalmente, entonces, él iba en su busca, como si se sintiera ansioso de su compañía.

Temo mi propio fantasma. Temo al solitario Glogauer.

Observaron que no le gustaba ver su propio reflejo, y decían que eso era pura modestia, e intentaban emularle.

Cuando el clima cambió y llegó el invierno, regresaron a Cafarnaúm, que se había convertido en una fortaleza de sus seguidores.

En Cafarnaúm, aguardó el invierno hablando a aquellos que querían escucharle, y la mayor parte de sus palabras se referían a profecías.

Muchas de esas profecías se referían a él mismo y al destino de aquellos que le seguían.

> *Entonces ordenó a sus discípulos que no dijesen a nadie que él era el Cristo. Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y padecer mucho de parte de los ancianos, pontífices y escribas, ser muerto y resucitar al tercer día.*
>
> (Mateo 16: 20-21)

Estaban viendo la televisión en el piso de ella. Mónica comía una manzana. Eran entre las seis y las siete de una cálida tarde de domingo. Mónica hizo un gesto hacia la pantalla con su manzana a medio comer.

–Mira ese disparate –dijo–. Honestamente, no puedes decirme que significa nada para ti.

Era un programa religioso acerca de una ópera pop en una iglesia de Hampstead. La ópera contaba la historia de la crucifixión.

–Grupos pop en el púlpito –dijo ella–. Qué indignidad.

Él no respondió. El programa, de una forma oscura, le parecía obsceno. No podía discutir con ella.

–En realidad el cadáver de Dios está pudriéndose aquí y ahora –se burló ella–. ¡Uf! ¡Vaya hedor!

–Apágala, entonces...

–¿Cómo se llama el grupo pop? ¿La Gusanera?

–Muy divertido. ¿La apago?

–No, quiero mirar. Es divertido.

–¡Oh, apágala!

–¡La imitación de Cristo! –bufó ella–. Es una sangrienta caricatura.

Un cantante negro, que interpretaba el papel de Cristo y desafinaba al ritmo de un acompañamiento banal, empezó a desgranar una letra carente de vida sobre la fraternidad humana.

–Si hablaba realmente así, no me extraña que lo crucificaran –dijo Mónica.

Él tendió la mano y apagó el televisor.

–Me gustaba –dijo ella, con burlona decepción–. Era un adorable canto del cisne.

Más tarde, con un rastro de afecto que le preocupó, dijo:

–Eres un viejo aturdido. Qué lástima. Podrías haber sido John Wesley o Calvino o alguien así. No puedes ser un mesías en nuestros días, no en tus condiciones. No hay nadie que esté dispuesto a escuchar.

17

El profeta estaba viviendo en casa de un hombre llamado Simón, aunque el profeta prefería llamarle Pedro. Simón estaba agradecido al profeta porque había curado a su esposa de una dolencia que llevaba sufriendo desde hacía algún tiempo. Había sido una dolencia misteriosa, pero el profeta se la había curado casi sin ningún esfuerzo.

Había muchos extranjeros en Cafarnaúm por aquel tiempo, muchos de ellos llegados a ver al profeta. Simón le advirtió que algunos eran agentes conocidos de los romanos o de los fariseos hostiles. En su conjunto, los fariseos no se habían mostrado hostiles hacia el profeta, aunque desconfiaban de los milagros que habían oído que realizaba. Sin embargo, la política en general estaba alterada, y las fuerzas de ocupación romanas, desde Pilatos, siguiendo por sus oficiales y hasta sus tropas, estaban tensas, a la espera de algún estallido pero incapaces de ver ningún signo realmente tangible de lo que se preparaba.

Pilatos, un hombre anormalmente abstemio, echó agua en la pequeña medida de vino que llenaba el fondo de su copa y consideró su posición.

Esperaba problemas a gran escala.

Si alguna especie de banda rebelde, como los zelotes, atacaban Jerusalén, eso demostraría a Tiberio que, contra el consejo de Pilatos, había sido demasiado blando con los judíos sobre el asunto de las placas votivas. Pilatos se vería vindicado y su poder sobre los judíos incrementado. Quizás entonces podría empezar a practicar una auténtica política. En esos momentos estaba en malas relaciones con todos los tetrarcas de las provincias..., en particular con el inestable Herodes Antipas, que en su tiempo había parecido ser su único apoyo.

Aparte la situación política, su propia situación doméstica estaba alterada en el sentido de que su neurótica esposa seguía teniendo de nuevo sus pesadillas y le estaba exigiendo más atención de la que podía permitirse darle.

Podía haber una posibilidad, pensó, de provocar un incidente, pero tendría que ir con cuidado de que Tiberio nunca llegara a enterarse.

Se preguntó si este nuevo profeta podía proporcionarle una base. Hasta ahora el hombre

había demostrado ser un tanto decepcionante. No había hecho nada contra las leyes ni de los judíos ni de los romanos, aunque se había mostrado un tanto acerbo contra el sacerdocio establecido. Sin embargo, esto no era preocupante..., era muy común atacar al sacerdocio en general. Los propios sacerdotes eran demasiado complacientes la mayor parte del tiempo como para prestar mucha atención a los ataques. No había ninguna ley que prohibiera a un hombre afirmar que era un mesías, como algunos decían que había hecho éste, y era muy difícil, en este estadio, incitar a la gente a la revuelta..., antes al contrario. Uno tampoco podía arrestar a un hombre porque algunos de sus seguidores fueran exseguidores de Juan el Bautista. Todo el asunto del Bautista había empezado a ser manejado mal cuando Herodes fue presa del pánico.

Mirando a través de la ventana de su habitación, que ofrecía una espléndida vista de los alminares y agujas de Jerusalén, Pilatos consideró la información que le habían dado sus agentes.

Poco después del festival que los romanos llamaban saturnales, el profeta y sus seguidores abandonaron de nuevo Cafarnaúm y empezaron a viajar por todo el país.

Había pocos milagros en ese momento que el clima cálido había pasado, pero sus profecías eran buscadas ávidamente. Les advirtió de todos los errores que serían cometidos en el futuro, y de todos los crímenes que serían cometidos en su nombre, y les suplicó que pensaran antes de actuar en el nombre de Cristo.

Recorrió toda Galilea y toda Samaria, siguiendo las buenas carreteras romanas hacia Jerusalén.

El tiempo de la Pascua judía se estaba acercando.

He hecho todo lo que podía pensar que debía hacer. He obrado milagros, he predicado, he elegido a mis discípulos. Pero todo esto ha sido fácil, porque he sido lo que la gente me pedía. Soy su creación.

¿He hecho lo suficiente? ¿Ha sido establecido irrevocablemente el camino?

Pronto lo sabremos.

En Jerusalén, los oficiales romanos hablaban de la próxima fiesta. Siempre era la época de los peores disturbios. Se habían producido tumultos antes durante la Fiesta de la Pascua judía e indudablemente habría tumultos de algún tipo ese año también.

Pilatos pidió a los fariseos que acudieran a verle. Cuando llegaron, habló con ellos de una forma tan insinuante como le fue posible y les pidió su cooperación.

Los fariseos dijeron que harían lo que pudieran, pero que no podían impedir que la gente actuara estúpidamente.

Pilatos se sintió complacido. Los otros lo habían visto como alguien que intentaba evitar los problemas. Si se producían, no podría culpársele a él.

–¿Lo veis? –les dijo a los otros oficiales–. ¿Qué podéis hacer con ellos?

–Conseguiremos cuantas tropas puedan ser llamadas a Jerusalén tan pronto como sea posible –dijo su segundo al mando–. Pero nuestra cobertura del país ya es un poco precaria.

–Debemos hacer todo lo que podamos –dijo Pilatos.

Cuando se hubieron ido, Pilatos envió a buscar a sus agentes. Éstos le dijeron que el nuevo profeta estaba en camino.

Pilatos se frotó la barbilla.

–Parece bastante inofensivo –dijo uno de los hombres.

–Tal vez sea inofensivo ahora –dijo Pilatos–, pero, si llega a Jerusalén durante la Pascua, puede que no sea tan inofensivo.

Dos semanas antes de la Fiesta de la Pascua judía, el profeta llegó a la ciudad de Betania, cerca de Jerusalén. Algunos de sus seguidores galileos tenían amigos en Betania, y esos amigos se mostraron más que dispuestos a alojar al hombre del que habían oído hablar en boca de otros peregrinos en camino a Jerusalén y el Gran Templo.

La razón de que hubieran llegado a Betania era que el profeta se había sentido inquieto por el número de gente que le seguía.

–Son demasiados –le había dicho a Simón–. Demasiados, Pedro.

Su rostro tenía un aspecto demacrado. Sus ojos estaban profundamente hundidos en sus órbitas, y hablaba muy poco.

A veces miraba vagamente a su alrededor, como si no estuviera seguro de dónde estaba.

Llegaron noticias a la casa de Betania de que algunos agentes romanos habían estado haciendo averiguaciones respecto a él. Eso no lo alteró. Al contrario, asintió pensativamente, como si se sintiera satisfecho.

–Se dice que Pilatos está buscando un chivo expiatorio –advirtió Juan.

–Entonces tendrá uno –respondió el profeta.

En una ocasión, salió con dos de sus seguidores a campo traviesa para echarle una mirada a Jerusalén. Las brillantes murallas amarillas de la ciudad tenían un aspecto espléndido a la luz del atardecer. Las torres y los altos edificios, muchos de ellos decorados con mosaicos rojos, azules y amarillos, podían verse desde varios kilómetros de distancia.

El profeta regresó a Betania.

Ya estamos aquí, y tengo miedo. Miedo a la muerte y miedo a la blasfemia.

Pero no hay otro camino. No hay ninguna manera segura de realizar esto salvo llegar hasta el final.

–¿Cuándo iremos a Jerusalén? –le preguntó uno de sus seguidores.

–Todavía no –dijo Glogauer. Sus hombros estaban hundidos, y se sujetaba el pecho con manos y brazos, como si tuviera frío.

Dos días antes de la Fiesta de la Pascua judía en Jerusalén, el profeta llevó a sus hombres hacia el Monte de los Olivos y un suburbio de Jerusalén edificado en las laderas del monte y llamado Betfage.

–Conseguidme un asno –les dijo–. Joven. Debo cumplir con la profecía ahora.

–Entonces, todos sabrán que tú eres el Mesías –dijo Andrés.

–Sí.

El profeta suspiró.

Este miedo no es el mismo. Es más el miedo de un actor a punto de representar su última y más dramática escena...

Había un sudor frío en los labios del profeta. Lo secó.

Miró, a la pobre luz, a los hombres reunidos a su alrededor. Todavía no estaba seguro de algunos de sus rostros. Había estado interesado sólo en sus nombres y en su número. Había diez allí. Los otros dos estaban buscando el asno.

Soplaba una brisa ligera y cálida. Permanecían de pie en la herbosa ladera del Monte de los Olivos, mirando hacia Jerusalén y el Gran Templo que se encontraban abajo.

–¿Judas? –dijo Glogauer, vacilante.

Había uno llamado Judas.

–Sí, maestro –dijo éste. Era alto y apuesto, con un rojo pelo rizado y unos ojos inteligentes y neuróticos. Glogauer creía que era un epiléptico.

Miró pensativamente a Judas Iscariote.

–Más tarde necesitaré tu ayuda –dijo–, cuando hayamos entrado en Jerusalén.

–¿Cómo, maestro?

–Debes llevar un mensaje a los romanos.

–¿A los romanos? –Judas pareció turbado–. ¿Por qué?

–Tienen que ser los romanos. No pueden ser los judíos. Ellos utilizarían piedras o una estaca o un hacha. Te diré más cuando llegue el momento.

El cielo estaba oscuro ahora, y las estrellas habían aparecido sobre el Monte de los Olivos. Empezaba a hacer frío. Glogauer se estremeció.

18

Salta de júbilo, hija de Sión,
alégrate, hija de Jerusalén:
¡He aquí que el rey viene a ti!
Él es justo y victorioso,
humilde, y montado en un asno,
la joven cría de una asna.

(Zacarías, 9: 9)

–*¡Osha'na! ¡Osha'na! ¡Osha'na!*

Mientras Glogauer penetraba en la ciudad montado en el asno, sus seguidores corrían delante, arrojando al suelo ramas de palma a su paso. A ambos lados de la calle se había reunido una multitud, advertida por sus seguidores de su llegada.

Ahora podía verse que el profeta estaba cumpliendo con las profecías de los antiguos profetas y así cada vez más personas creían en él, creían que había llegado, en el nombre de Adonay, para conducirles contra los romanos. Incluso ahora, posiblemente, se estaba dirigiendo hacia la casa de Pilatos para enfrentarse con el procurador.

–*¡Osha'na! ¡Osha'na!*

Glogauer miró distraídamente a su alrededor. El lomo del asno, aunque ablandado con las capas de sus seguidores, era incómodo. Se tambaleaba y tenía que sujetarse de la crin del animal. Oía las palabras, pero no podía distinguirlas claramente.

–*¡Osha'na! ¡Osha'na!*

Al principio sonaba como «hosanna», antes de que se diera cuenta de que estaban gritando «libéranos», en arameo.

–¡Libéranos! ¡Libéranos!

Juan había planeado alzarse en armas contra los romanos esa Pascua judía. Muchos habían esperado tomar parte en la rebelión.

Creían que él estaba tomando el lugar de Juan como líder rebelde.

–No –les murmuró mientras miraba a su alrededor, a sus expectantes rostros–. No. Soy el mesías. No puedo liberaros. No puedo...

Su fe era infundada, pero no le oían por encima de sus propios gritos.

Karl Glogauer entró en Cristo y Cristo entró en Jerusalén. La historia se estaba acercando a su clímax.

–*¡Osha'na!*

Eso no estaba en la historia. No podía ayudarles.

Era su carne.

Era su carne siendo entregada trozo a trozo a quienquiera que la deseara. Ya no le pertenecía.

> *En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará. Entonces los discípulos se miraron unos a otros, pues no sabían de quién hablaba. Uno de ellos, el predilecto de Jesús, estaba junto a Jesús. Hízole señas Simón Pedro y le dijo: Pregunta a quién se refiere. Recostándose entonces aquél en el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Y Jesús respondió: Aquél a quien yo dé un bocado mojado. Y, mojando el bocado, lo tomó y se lo dio a Judas, el hijo de Simón, el Iscariote. Y tras el bocado entró Satanás en él. Y Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo pronto.*
>
> (Juan 13: 21-28)

Judas Iscariote frunció el ceño, desconcertado, cuando abandonó la habitación, salió a la atestada calle y se abrió camino hacia el palacio del gobernador. Indudablemente tenía que representar una parte en el plan para engañar a los romanos y hacer que la gente se alzara en defensa de Jesús, pero consideraba aquel plan muy arriesgado. El estado de ánimo entre los hombres, mujeres y niños que poblaban las calles era tenso. Había muchos más soldados romanos de lo habitual patrullando la ciudad.

–Pero no tienen ningún motivo para arrestarte, Señor –le había dicho al profeta.

–Yo les daré el motivo –le había respondido el profeta.

No había ninguna otra forma de organizarlo.

No creía que importara. Los cronistas lo arreglarían.

Pilatos era un hombre recio pese a que comía y bebía poco. Su boca mostraba complacencia, y sus ojos eran duros y poco profundos.

Miró desdeñosamente al judío.

–No pagamos a los informadores cuyas informaciones demuestran ser falsas –advirtió.

–No busco dinero, señor –dijo Judas, fingiendo los modales congraciadores que los romanos parecían esperar de los judíos–. Soy un súbdito leal del emperador.

–¿Quién es este rebelde?

–Jesús de Nazaret, señor. Ha entrado hoy en la ciudad...

–Lo sé. Lo vi. Pero oí que predica la paz y la obediencia de la ley.

–Para engañarte, señor. Pero hoy se ha traicionado, al enfurecer a los fariseos, al hablar contra los romanos. Ha revelado sus auténticas intenciones.

Pilatos frunció el ceño. Era probable. Encajaba con el tipo de engaño que había aprendido a esperar de esa gente de habla suave.

–¿Tienes pruebas?

–Hay un centenar de testigos.

–Los testigos tienen mala memoria –dijo Pilatos con cierta emoción–. ¿Cómo los identificaremos?

–Entonces yo testificaré acerca de su culpabilidad. Soy uno de sus lugartenientes.

Parecía demasiado bueno para ser cierto. Pilatos frunció los labios. No podía permitirse ofender a los fariseos en ese momento. Ya le habían causado suficientes problemas. Caifás, en particular, se apresuraría a gritar: «¡Injusticia!», si arrestaba al hombre.

–¿Dices que ha ofendido a los sacerdotes?

–Afirma ser el auténtico Rey de los Judíos, el descendiente de David –dijo Judas, repitiendo lo que su maestro le había dicho que dijera.

–¿De veras? –Pilatos miró pensativamente por la ventana.

–En cuanto a los fariseos, señor...

–¿Qué pasa con ellos?

–Lo querrían ver muerto. Lo sé de buena fuente. Algunos de los fariseos que están en desacuerdo con la mayoría intentaron advertirle de que abandonara la ciudad, pero él se negó.

Pilatos asintió. Frunció los ojos mientras consideraba aquella información. Los fariseos podían odiar al profeta, pero serían rápidos en capitalizar su arresto en su propio beneficio.

–Los fariseos desean que sea detenido –prosiguió Judas–. La gente se arracima a su alrededor para escuchar al profeta, y hoy algunos de ellos organizaron un tumulto en el Templo en su nombre.

–Fue cosa de él, ¿verdad? –Era cierto que como media docena de personas habían atacado a los cambistas del Templo y habían intentado robarles.

–Pregunta a los que arrestaste quién les inspiró su crimen –dijo Judas–. Eran hombres del nazareno.

Pilatos se mordisqueó el labio inferior.

–No puedo arrestarle –dijo. La situación en Jerusalén era ya peligrosa, pero si arrestaban a este «rey» podían precipitar una revuelta a gran escala que no sería capaz de controlar. Deseaba tumultos, pero no que pareciera que él era su causa. Tiberio le culparía a él, no a los judíos. Sin embargo, si los judíos efectuaban el arresto, eso desviaría lo suficiente la furia de los romanos como para que las tropas pudieran manejar el asunto. Los fariseos tenían que ser convencidos. Tenían que ser ellos quienes lo arrestaran.

–Espera aquí –le dijo a Judas–. Enviaré un mensaje a Caifás.

> *Y llegaron al huerto llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Quedaos aquí mientras voy a orar. Tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y comenzó a sentir terror y abatimiento, y les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí y velad.*
>
> (Marcos 14: 32-34)

Glogauer podía ver ahora acercase a la multitud. Por primera vez desde Nazaret se sintió físicamente débil y exhausto.

Iban a matarle. Tenía que morir: aceptaba eso, pero temía el dolor que acarrearía. Se sentó en el suelo de la colina y observó acercarse las antorchas.

–El ideal del martirio nunca ha existido más que en las mentes de unos cuantos ascetas –había dicho Mónica–. De otro modo no es más que masoquismo morboso, una forma fácil de

olvidar las responsabilidades ordinarias, un método de mantener bajo control a la gente reprimida...

–No es tan sencillo como eso...

–Lo es, Karl.

Ahora podría mostrárselo a Mónica.

La lástima era que resultaba muy poco probable que ella llegara a saberlo nunca. Había pensado en ponerlo todo por escrito y meterlo en la máquina del tiempo y esperar que alguna vez fuera recuperada. Era extraño. No era un hombre religioso, no en el sentido habitual. Era un agnóstico. No era la convicción lo que le había conducido a defender la religión contra el cínico desprecio de Mónica hacia ella; era más bien la falta de convicción en el ideal sobre el que ella había basado su propia fe, el ideal de la ciencia como resolvedora de todos los problemas. No podía compartir su fe, y no había nada más excepto la religión, aunque no podía creer en el tipo de Dios del cristianismo. El Dios visto como una fuerza mística de los misterios del cristianismo y otras grandes religiones no había sido lo suficientemente personal para él. Su mente racional le había dicho que Dios no existía en ninguna forma personal. Su inconsciente le había dicho que la fe en la ciencia no era suficiente. Recordaba el autodesprecio que había sentido una vez, y se preguntó por qué lo había sentido.

–La ciencia se halla básicamente opuesta a la religión –le había dicho Mónica en una ocasión–. No importa cuántos jesuitas se reúnan y racionalicen su visión de la ciencia, permanece el hecho de que la religión no puede aceptar las actitudes fundamentales de la ciencia, y se halla implícito en la ciencia atacar los principios fundamentales de la religión. La única área en la que no hay diferencia y no es necesario que haya guerra es en la asunción definitiva. Uno puede o no puede asumir que existe un Dios. Pero, tan pronto como uno empieza a defender su asunción, tiene que haber lucha.

–Estás hablando de la religión organizada...

–Estoy hablando de la religión como opuesto a creencia. ¿Quién necesita el ritual de la religión cuando tenemos el ritual muy superior de la ciencia para reemplazarlo? La religión es un sustituto razonable para el conocimiento. Pero ya no se necesitan sustitutos, Karl. La ciencia ofrece una base más sólida sobre la que formular sistemas de pensamiento y ética. No necesitamos la zanahoria del cielo y el gran palo del infierno cuando la ciencia puede mostrar las consecuencias de las acciones y los hombres pueden juzgar fácilmente por si mismos si esas acciones son correctas o equivocadas.

–No puedo aceptarlo.

–Eso se debe a que estás enfermo. Yo también estoy enferma, pero al menos puedo ver la promesa de la curación.

–Yo sólo puedo ver la amenaza de la muerte...

Tal como habían acordado, Judas le besó en la mejilla, y las fuerzas combinadas de los guardias del Templo y los soldados romanos le rodearon.

–Soy el Rey de los Judíos –les dijo a los romanos, con cierta dificultad; y a los servidores de los fariseos–: Soy el mesías que ha venido a destruir a vuestros amos.

Ahora se había comprometido, y el último ritual podía empezar.

19

Fue un juicio caótico, una mezcla arbitraria de ley romana y ley judía que no satisfizo a nadie. El objetivo fue alcanzado tras varias conferencias entre Poncio Pilatos y Caifás y tres intentos de doblar y unir sus respectivos sistemas legales a fin de que encajaran con los requisitos de la situación. Ambos necesitaban un chivo expiatorio para sus diferentes propósitos, y así al final se consiguió el resultado y el loco fue condenado, por un lado por rebelión armada contra Roma, y por el otro por herejía.

Un rasgo peculiar del juicio fue que todos los testigos fueron seguidores del hombre y, sin embargo, parecieron ansiosos por verlo condenado.

–Ah, esos fanáticos morbosos –dijo Pilatos. Estaba contento.

Los fariseos se mostraron de acuerdo en que el método romano de ejecución era el que mejor encajaba con el momento y la situación del caso, de modo que se decidió crucificarlo. El hombre tenía prestigio, sin embargo, así que sería necesario utilizar antes algunos de los probados métodos romanos de humillación a fin de convertirlo en una figura patética y ridícula a los ojos de los peregrinos.

Pilatos aseguró a los fariseos que él se encargaría de eso, pero se aseguró de que firmaran los documentos necesarios que daban su aprobación a sus acciones.

El prisionero parecía casi contento, aunque ensimismado. Había dicho lo suficiente durante el juicio como para condenarse a sí mismo, pero había dicho muy poco en su defensa.

Ya está hecho.

Mi Vida está confirmada.

> Y *los soldados condujeron a Jesús dentro del palacio, que es el pretorio, y, llamando a toda la cohorte, le vistieron una túnica de púrpura, le pusieron una corona trenzada de espinas, y comenzaron a saludarlo: Salve, Rey de los Judíos. Y le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y, doblando la rodilla, le hacían reverencias. Después de haberse burlado de él, lo despojaron del manto de púrpura y le vistieron sus ropas, y lo sacaron para crucificarlo.*
>
> (Marcos 15:16-20)

–Oh, Karl, harás cualquier cosa para llamar la atención...

–Quieres hacerte notar, jovencito...

–Por Dios, Karl, lo que eres capaz de hacer con tal de llamar la atención...

No ahora. No esto. Es demasiado noble.

¿Se estaban riendo de él aquellos rostros a través del velo de dolor?

¿Estaba su propio rostro allí, con una expresión de ridícula autocompasión en sus ojos? ¿Su propio fantasma...?

Pero no podían retirarle la profunda sensación de satisfacción que había allí. La primera experiencia completa de aquel tipo que jamás hubiera sentido.

Su cerebro estaba nublado ahora, por el dolor y por la humillación ritual; por el hecho de

que se había entregado completamente a su papel.

Estaba demasiado débil para cargar con la pesada cruz, y caminó tras ella mientras era arrastrada hacia el Gólgota por un cirineo al que los romanos habían enrolado con este fin.

Mientras se tambaleaba por entre la atestadas y silenciosas calles, observado por aquellos que habían creído que iba a conducirles contra los señores romanos, sus ojos se negaron a enfocarse y ocasionalmente se tambaleó fuera del camino, y fue empujado a codazos de vuelta a él por uno de los guardias romanos.

–Eres demasiado emotivo, Karl. ¿Por qué no usas ese cerebro tuyo y te pones de acuerdo contigo mismo?

Recordaba las palabras, pero era difícil recordar quién las había dicho, o quién era Karl.

El camino que conducía hasta la cima de la colina era pedregoso y resbaló varias veces, lo que le hizo recordar otra colina que había subido. Tenía la impresión de que entonces había sido un niño, pero el recuerdo se mezclaba con los otros, y era imposible saberlo.

Respiraba pesadamente y con cierta dificultad. Apenas notaba el dolor de las espinas en su cabeza, pero todo su cuerpo parecía pulsar al unísono con su corazón. Era como un tambor.

Era por la tarde. El sol se estaba poniendo. Cayó de bruces y se hizo un corte con una piedra afilada, justo cuando alcanzaba la cima de la colina. Se desvaneció.

Había sido un niño. ¿Seguía siendo todavía un niño? No podían matar a un niño. Si les dejaba ver claro que era un niño...

> *Y lo condujeron al lugar del Gólgota, que significa lugar de la calavera. Y le dieron vino mirrado, pero no lo tomó.*
>
> (Marcos 15: 22-23)

Volcó la copa. El soldado se encogió de hombros y sujetó uno de sus brazos. Otro soldado sujetaba ya el otro brazo.

Cuando recobró la conciencia se puso a temblar con violencia. Sintió intensamente el dolor cuando las cuerdas mordieron en la carne de sus muñecas y tobillos. Se debatió.

Notó que colocaban algo frío contra su palma. Aunque sólo cubría una pequeña zona en el centro de su mano, parecía muy pesado. Oyó un sonido que seguía también el ritmo de los latidos de su corazón. Volvió la cabeza para mirar la mano. Era la mano de un hombre.

El largo clavo de hierro fue hundido en la mano por un soldado que manejaba un martillo mientras él se hallaba tendido sobre una pesada cruz de madera que en esos momentos estaba colocada horizontalmente en el suelo. Observó, preguntándose por qué no había dolor. El soldado alzó más el martillo cuando el clavo halló la resistencia de la madera. Dos veces falló el clavo y golpeó violentamente sus dedos.

Miró hacia el otro lado y vio que el segundo soldado estaba martilleando también otro clavo. Evidentemente había fallado muchas más veces, porque los dedos de esa mano estaban ensangrentados y terriblemente aplastados.

El primer soldado terminó de martillear su clavo y dirigió su atención a los pies.

Sintió el hierro deslizarse a través de su carne, oyó el martilleo.

Utilizando una polea, empezaron a izar la cruz en una posición vertical. Glogauer observó que estaba solo. No había nadie más crucificado este día.

La pequeña cruz de plata colgando entre los pechos, la áspera cruz de madera avanzando.

Su erección vino y se fue.

Podía ver claramente las luces de Jerusalén delante y debajo de él. Había un pequeño resplandor en el cielo, pero se estaba desvaneciendo.

Pronto estaría completamente oscuro.

Había una pequeña multitud mirando. Una de las mujeres parecía familiar. La llamó.

–¿Mónica?

Pero su voz era quebrada y la palabra no fue más que un susurro. La mujer no alzó la vista.

Sintió su cuerpo colgar de los clavos que lo sostenían. Creyó notar una punzada de dolor en su mano izquierda. Parecía estar sangrando copiosamente.

Era extraño, reflexionó, que tuviera que ser él quien colgara allí. Suponía que ése era el acontecimiento que originalmente había ido a presenciar. En realidad, había pocas dudas al respecto. Todo había ido perfectamente.

El dolor en su mano izquierda se incrementó.

Bajó la vista hacia los guardias romanos, que estaban jugando a los dados al pie de la cruz. Sonrió. Se hallaban absortos en su juego. No podía ver los puntos de los dados desde aquella distancia.

Suspiró. Los movimientos de su pecho parecieron arrojar una tensión extra a sus manos. El dolor era muy fuerte ahora. Se encogió e intentó apoyarse en lo posible en la madera.

Respiraba con dificultad. El dolor empezaba a extenderse por todo su cuerpo. Rechinó los dientes. Era horrible. Jadeó y gritó. Se agitó.

Ya no había luz en el cielo. Pesadas nubes oscurecían las estrellas y la luna.

Desde abajo le llegaron voces susurradas.

–Bajadme –llamó–. ¡Oh, por favor, bajadme!

Sólo soy un niño pequeño.

–¡Vete a la mierda, puta!

El dolor lo llenaba por completo. Jadeaba rápidamente en busca de aire. Se derrumbó hacia delante, pero nadie lo liberó.

Un poco más tarde alzó la cabeza. El movimiento causó un regreso de la agonía, y empezó a agitarse de nuevo en la cruz. Estaba asfixiándose lentamente.

–Bajadme. Por favor. ¡Por favor, parad!

Cada parte de su carne, cada músculo y tendón y hueso de su cuerpo, estaban llenos de un dolor imposible.

Supo que no sobreviviría hasta el día siguiente como había pensado que lo haría.

Y a la hora nona gritó Jesús con voz potente: Eloí, Eloí, lamá Sabajthaní, que

quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

(Marcos 15: 34)

Glogauer tosió. Fue un sonido seco, apenas audible. Los soldados que estaban debajo de la cruz lo oyeron porque la noche estaba ahora muy tranquila.

–Es curioso –dijo uno–. Ayer estaban adorando a ese pobre bastardo. Hoy parecían desear matarlo..., incluso aquellos que estaban más cerca de él.

–Me alegraré cuando salgamos de este país –dijo su compañero.

No deberían matar a un niño, pensó.

Oyó de nuevo la voz de Mónica:

–Es la debilidad y el miedo, Karl, lo que te lleva a esto. El martirio no es más que vanidad.

Tosió una vez más y el dolor regresó, pero era más sordo esta vez. Su respiración se iba haciendo más superficial.

Justo antes de morir empezó a hablar de nuevo, murmurando las mismas palabras hasta que se quedó sin aliento:

–Es una mentira..., es una mentira..., es una mentira...

Luego, después de que su cuerpo fuera robado por los sirvientes de algunos médicos que creían que podía tener propiedades especiales, hubo rumores de que no había muerto. Pero el cuerpo ya se estaba pudriendo en las salas de disección de los médicos, y pronto sería destruido.